

Selección RNR

¿Solo una
chica buena?

Fabiola Arellano



Romance Actual

Solo una chica buena

Fabiola Arellano



1.ª edición: agosto, 2017

© 2017 by Fabiola Arellano

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa
del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-818-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas
y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*La nostalgia es mi inseparable compañera,
la pérdida y los recuerdos de lo que ya fue son aves de paso.*

Vuelan, emigran, pero siempre regresan.

Te amo, papá, ahora eres infinito, la luz que me guía en la oscuridad.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Nota editorial

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Nota editorial

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

CAPÍTULO I

Maricela se preparó para enfrentar el que, creía, sería el día más importante de su vida. Los años de lucha en contra del machismo y acoso por fin se verían recompensados. El tan ansiado ascenso al puesto de dirección comercial en SAACSA era prácticamente un hecho.

Se duchó con calma, disfrutando en todo momento de la refrescante sensación del agua al resbalar por su piel como si se tratase de la suave caricia de un amante. Salió del cuarto de baño sintiéndose renovada.

«Este será el comienzo de una nueva vida», prometió a su doble opuesto mirándose al espejo con aprobación. Su rostro ovalado de finas facciones estaba adornado con unos ojos color caramelo de largas pestañas y mirada penetrante. Labios suaves y llenos de un apetecible tono rosado. No solía llevar mucho maquillaje, apenas si usaba algo de rímel, un *gloss* brillante en los labios y listo. Acostumbraba llevar su larga cabellera castaña en un rígido moño.

«Atrás quedaron los miedos. ¡Hoy es el día!». No cabía de júbilo, había llegado el momento de mostrar a todos esos machistas, en especial a su padre, la auténtica valía de una mujer decidida. Ella sería la primera persona del sexo femenino en ocupar un puesto directivo en esa empresa, mismo que durante generaciones había sido destinado en exclusiva para los varones.

El móvil sonó indicándole que tenía un mensaje:

Hoy

Cinthy:

Hola, señora manda más, solo quiero desearte suerte en el gran día de tu coronación.
;) 07:15 a.m.

Maricela:

Adoro tu sarcasmo, me levanta el ánimo, pues estoy muy nerviosa. X3. 07:16 a.m.

Cinthy:

Eso es normal, este paso es decisivo para tu carrera. Relájate, bonita, y disfruta de lo que con tanto esfuerzo te has ganado. 07:17 a.m.

Maricela:

No puedo estar tranquila, el imbécil de Luis Alfredo tiene días de lo más amable conmigo, y eso no me da buena espina. Sé que algo grande se trae entre manos. 07:18 a.m.

Cinthy:

Amiga, tú siempre tan imaginativa. Deja esa costumbre de crearte telenovelas en la cabeza. Lo más probable es que *don Acosador* esté feliz por el puesto que le ofrecieron en el extranjero y no pueda ocultar su regocijo. 07:19 a.m.

Maricela:

Tal vez tengas razón, quizá estoy siendo un poco paranoica, pero esa actitud en él no es normal. Tengo la certeza de que no se irá sin dejarme un recuerdito. Los tipos como él jamás olvidan ni perdonan un rechazo. 07:21 a.m.

Cinthy:

Hiciste bien en ponerlo en su lugar. Lo que no estoy de acuerdo contigo es que no lo denunciaras. Las ratas como esa tienen que estar en donde pertenecen: las cloacas. 07:23 a.m.

Maricela:

Sé que mis motivos pueden parecerle absurdos, pero créeme cuando te digo que el

tipo tiene demasiada influencia sobre los viejos accionistas, para ellos es *San Luis Alfredo*, su palabra es incuestionable y no hay quien lo baje del pedestal en el cual lo han colocado. Yo siempre he llevado las de perder, pues, para mi desgracia, no tengo modo de probar mis acusaciones. Por fortuna ya se va y me libraré del él. 07:25 a.m.

Cinthy:

¿Lo ves? No hay de qué preocuparse, don Acosador ya es cosa del pasado y no volverá a molestarte. Pobres de las chicas en la filial a la que irá, serán ellas las que tengan que soportar sus constantes acosos. 07:27 a.m.

Maricela:

No sé, tengo el extraño presentimiento de que esta guerra entre nosotros no ha terminado. 07:28 a.m.

Cinthy:

Tranquila, bonita, como ya te dije: relax... Nos vemos el viernes, recuerda que tenemos que celebrar a lo grande tu ascenso; con bombos y platillos. 07:29 a.m.

Maricela:

De acuerdo. Ya me urge que llegues, te extraño. Me encantaría ir a recibirte al aeropuerto, pero como comprenderás me es imposible. 07:31 a.m.

Cinthy:

Lo sé, no te preocupes, Dante estará esperándome, supongo que con todo y comitiva de bienvenida. Ya nos pondremos al día cuando nos veamos. Arrasa con toda esa sarta de machos arcaicos, ¿de acuerdo? Besos. 07:33 a.m.

Maricela:

Ok. Deséame suerte, amiga. 07:35 a.m.

Cinthy:

¡Suerte, bonita!!! :* 07:36 a.m.

Durante un momento, estuvo tentada a preguntar, una vez más, sobre el asunto de la inminente boda de Alex, pero la actitud de Cinthy era de lo más normal y relajada, mostrándole que estaba bien y que sus palabras en la anterior conversación, cuando creyó haber metido la pata al decirle sin más la buena nueva, eran verdad; la obsesión de su amiga por Alex era cosa del pasado. Esto la hizo reflexionar; quizá debía cortar cuerda a su desbocada imaginación y centrarse más en sus problemas reales.

Emocionada, miró el traje sastre que descansaba sobre su cama. Lo había comprado especialmente para la ocasión. El color azul metal era único y el estilo elegante y discreto le concedía la imagen que deseaba dar a los accionistas de la empresa: una mujer exitosa, en la cúspide de su carrera. Y lo mejor de todo, que no necesitaba valerse de sus atributos físicos para conseguirlo.

La falda de tubo llegaba debajo de la rodilla, el saco no delataba el cuerpo que se escondía debajo y la sobria camisa blanca con rayas azul claro era el toque perfecto entre seriedad y buen gusto.

El trayecto a su trabajo le pareció inusualmente lento, se dijo que quizá era debido a la ansiedad que sentía. Se quedó unos minutos mirando la fachada acristalada del edificio central, tomó una gran bocanada de aire y entró decidida a enfrentarse a los buitres.

—¡Buenos días, Claudia! ¿Alguna novedad? —preguntó tratando de ocultar su nerviosismo bajo la máscara de profesionalismo con la cual a diario se revestía al cruzar la puerta de su oficina.

—No, Mary. Todo está en orden. ¿Preparada para tu gran día? —la cuestionó su secretaria con una sonrisa cómplice.

—Por supuesto.

—¿Crees que tengamos algún problema con la nueva jefa si abrimos esto al terminar la junta de accionistas? —preguntó, con una sonrisa pícaro, Dafne, otra de las chicas de su equipo de trabajo, mientras les mostraba una botella de champaña.

—No lo sé, quizá esa tipa resulte ser peor de quisquillosa que Luis Alfredo. Menos chisme y más acción. —Maricela dio un par de palmadas—. ¡A trabajar, flojas, que no se les paga por venir a cotillear! —bromeó e hizo una mueca imitando al susodicho.

Las chicas rieron ante tan magistral interpretación.

—Es un alivio que se vaya, es de lo más incómodo trabajar con él. Por muy recatada que sea tu ropa, parece que tuviera un escáner, te desnuda con la mirada y siempre está toqueteándote *accidentalmente* —expresó Claudia con verdadero desagrado.

—¡Accidente nada!, eso que se lo crea su abuela —alegó Dafne con una mueca de asco—. A mí me insinuó que si yo quería, me ponía apartamento y coche a cambio de mantenerlo calentito todas las noches. Por fortuna, en cuanto me casé con Emilio, dejó de molestarme.

—Yo lo siento por Mary, le ha tocado recibir la peor parte, el tipo parece obsesionado con ella.

«Y no saben hasta qué punto», pensó Maricela con amargura al recordar el día que, por poco, ese canalla consigue mancillarla. Gracias a Julián, del departamento de finanzas, que llegó a tiempo para interrumpirlo, es que pudo salvarse. Desde entonces procuró nunca más quedarse a solas con su jefe.

No les contó a las chicas hasta qué grado había llegado el asunto, pero sí les pidió que cada vez que Luis Alfredo la mandase llamar y cerrara la puerta de su oficina, se inventaran cualquier pretexto para rescatarla lo más pronto posible, y gracias a eso, él no había podido atacarla de nuevo.

—No saben cómo les agradezco que siempre estuvieran al pendiente de mí. —Les sonrió con afecto—. Creo que más que festejar mi ascenso, tenemos que celebrar que esa víbora no volverá a molestarnos.

—Mary tiene razón, por fin nos libraremos de esa alimaña. Pobres de las chicas de la filial a la que va, ahora les tocará a ellas lidiar con él —reiteró Dafne.

—Es curioso, eso mismo me dijo Cinthya esta mañana.

—Por cierto, ¿cómo está? Con eso de que es toda una celebridad y acaba de ganar otro premio... —Quiso saber Claudia, pues ella, al ser la secretaria, recibía las llamadas entrantes del departamento y la fotógrafa le había simpatizado de inmediato desde la primera vez que llamó.

—Bien, llegará el viernes para asistir a la boda de su hermano.

—Oh, sí, lo había olvidado, y eso que fui yo quien recibió a los tortolitos cuando vinieron a traerte la invitación. ¡Qué memoria la mía!

—Perdón que interrumpa su hora del chisme, chicas, pero está por comenzar la junta y Mary tiene que entrar —les comunicó Dafne. Mientras avanzaban por el pasillo, continuó—: No quiero dejar pasar la oportunidad de agradecerte el que me recomendaras con los accionistas para ocupar el puesto de asistente que tú dejarás vacante.

Claudia, Ariana, Dafne y Maricela se habían acoplado de maravilla, se apoyaban unas a las otras; «siempre unidas». Ese era su lema.

Como siempre que una pieza es movida, había que llenar el hueco. Cuando a Luis Alfredo se le ofreció el puesto de director comercial de la nueva división Estados Unidos, los accionistas habían llamado a Maricela y le dijeron que el candidato más viable para

ocupar el puesto vacante era ella. Entre otras cosas, le preguntaron que, en caso de darse el ascenso, a quién recomendaría para ocupar la plaza de su asistente y le dieron un par de días para pensarlo.

Maricela no necesitó tanto, convocó a junta de chicas en el baño de damas y, por unanimidad, decidieron que fuera Dafne la afortunada, ya que su esposo se había quedado sin trabajo y lo estaban pasando mal para completar las facturas de cada mes.

—No tienes nada que agradecer, será un placer tenerte como asistente. Sé que lo harás bien. —Se abrazaron emocionadas, y Mary siguió su camino.

CAPÍTULO II

Maricela se dirigió a la sala de juntas con paso firme y el mentón erguido; era intimidante ser la única mujer en un grupo de hombres pagados en sí mismos. Cuadró los hombros y se cubrió con el caparazón que cada día usaba para disfrazar su inseguridad. Sabía que en un mundo de machos *alfa*, tenía que ser dura e inflexible, no por nada había llegado a donde estaba.

A un instante de cruzar la puerta, se quedó helada. ¿Qué hacía él ahí? ¿Qué hacía Manuel Rodríguez presente en una junta privada?

Lo reconocería en cualquier parte, jamás había podido olvidar esa sonrisa y ese rostro de niño bueno. Aunque sus facciones eran más angulosas y marcadas, ya no era el tímido jovencito que recordaba; ahora era todo un hombre.

La sonrisa de satisfacción que Luis Alfredo le dedicó provocó que su estómago se revoliera al instante. El mal presentimiento se convirtió en certeza; todos sus temores se materializaron ante ella.

—¿Mary? —Manuel se puso de pie sin disimular el asombro que le causó verla allí. Se dirigió hacia ella y la saludó con un par de efusivos besos—. Cuánto tiempo sin verte, estás estupenda. —La miró de los pies a la cabeza sin recato alguno.

—¿Se conocen? —interrumpió Luis Alfredo sin borrar la sonrisa bobalicona de su rostro.

«Por desgracia, sí», pensó Maricela, tratando de reponerse de la sorpresa. Optó por permanecer en silencio mientras su mente intentaba resolver el misterio detrás de la presencia de Manuel en esa sala de juntas. Las posibles respuestas que llegaron a su cabeza la dejaron mareada. «¡Maldito Luis Alfredo!», se dijo al borde de un ataque de histeria.

El señor Evaristo Hernández de la Cerda, presidente y accionista mayoritario, escogió ese momento para hacer su magistral entrada; todos los presentes se pusieron de pie y comenzó el tormento de Maricela González.

—Como sabrán —el mayor de los Hernández tomó la palabra—, el motivo de esta junta es para homenajear al joven Luis Alfredo, que por su gran colaboración y valía ha sido ascendido al puesto de director en la filial que acaba de abrirse en los Estados Unidos...

La sala de juntas se llenó de aplausos y enhorabuenas para el aludido, que no dejaba de dirigirle miradas cargadas de mensajes intimidatorios a la única mujer presente, misma que permanecía en silencio.

—El segundo motivo es presentarles al licenciado Manuel Rodríguez, quien después de concluir su exitosa gira de trabajo por el continente europeo, ha decidido residir en su madre patria por los próximos años. Es un elemento que viene ampliamente recomendado por Luis Alfredo, pues fueron colegas en la facultad, eso sin contar que su currículo es impresionante. Demos una calurosa bienvenida al nuevo director comercial de esta filial. —Lo señaló con la mano y enseguida aplaudió.

—¿Qué? —explotó Maricela iracunda—. Esto es una maldita broma, ¿verdad?

Los aplausos y palabras de bienvenida para el recién llegado cesaron de golpe.

—Claro que no es ninguna broma, ¿qué, acaso ve payasos y globos por aquí, señorita González? —espetó don Evaristo Hernández, molesto.

—¡Exijo una explicación! —gritó furiosa, tomó aire para calmarse y, recomponiendo su tono de voz, añadió—: Si mal no recuerdo, hace un par de días me dijo que yo era el candidato más viable a ocupar el puesto, y ahora, de buenas a primeras, me

dejan fuera. ¿Y pretende que me quede de brazos cruzados?

—En efecto, señorita González, tiene toda la razón, merece una explicación.

—Sonrió el viejo lobo—. Vayamos a mi oficina.

Maricela se dispuso a salir al tiempo que fulminaba con la mirada al imbécil que le había robado su sueño. El muy cínico se puso en pie y le susurró al oído.

—Te dije que te arrepentirías, bonita.

Maricela lo miró sin disimular la rabia y el asco que sentía por él, y siguió a don Evaristo a su oficina.

—Tome asiento, señorita González —ofreció el mayor de los Hernández—. La junta de accionistas ha analizado los pros y los contras de tener a una mujer en un puesto de tal relevancia y, gracias a la acertada asesoría del joven Luis Alfredo, se llegó a la determinación que una dama debe estar siempre bajo la tutela y guía del hombre.

—Además —tomó la palabra José Juan, hijo del señor Hernández, que en ese momento se unía a la improvisada reunión—, las mujeres siempre tienen pretextos para ausentarse: qué se enfermó el niño, que el festival en el colegio, cólicos menstruales, en fin... El lugar de las mujeres es estar en su casa, cuidando de los hijos y esperando impacientes por su marido.

—Tienes toda la razón, hijo. —Don Evaristo lo miró con orgullo—. Ya que la *liberación femenina* les ha servido de pretexto para deslindarse de sus verdaderos deberes, y el gobierno las apoya con esas nuevas leyes de *inclusión*, nosotros como empresarios nos vemos en la necesidad de contratarlas, pero no estamos obligados a otorgarles puestos directivos.

—Esto se llama discriminación por género, señores Hernández, y es un delito.

—No lo tome personal, señorita González, usted es un elemento valioso, pero debe entender que el analizar los pros y contras de un empleado y decidirse por el más conveniente no es ningún delito. Sí me entiende, ¿verdad?

Maricela no cabía en su rabia; llena de frustración e incredulidad apretó los puños al comprender las indirectas. Sabía de primera mano que los viejos contaban con un grupo de abogados que conocían todos los recovecos de la ley y eran capaces de hacer que la suma de dos más dos fuera cinco si así le convenía al viejo.

—Entonces es definitivo, ¿no? Me han hecho a un lado por ser mujer, sin importar los años de entrega y compromiso. ¡Qué patético!

—No sea tan drástica. Para compensar, le hemos otorgado un aumento de sueldo.

—¡Qué generosos! —expresó con marcado sarcasmo.

—Lo que debería de hacer es seguir mi consejo y conseguirse un marido para así dejar de jugar a la ejecutiva, mire que ya se le está pasando el tren, porque jovencita no es, ¿cuántos años tiene ya? —preguntó José Juan.

—¡Esto es increíble! —Negó con la cabeza.

—En lugar de armar semejante escándalo, debería de estar agradecida con su aumento de sueldo. Le recuerdo que la situación en el país es muy complicada, el desempleo está a la orden del día —alegó don Evaristo.

—Eso es verdad, hay que cuidar y valorar lo que se tiene —comentó José Juan respaldando a su padre.

—¡Son unos malditos machistas...!

—Sin insultos, jovencita. —Levantó la mano el mayor de los Hernández—. Lo que le queda por hacer es portarse bien, ser buena asistente para el licenciado Rodríguez y ayudarlo en todo lo que él necesite para integrarse a nuestro equipo de trabajo.

—¡Le juro por mi vida que esto no se va a quedar así! Dígales a sus abogados que esperen una mega demanda por acoso y discriminación —amenazó violenta.

—Haga lo que quiera, pero solo perderá su tiempo y dinero; como ya le dije; decidir entre varios candidatos al que más nos convenga no es ningún delito, señorita González.

Maricela les dedicó una mirada de odio, sabía que ese par tenía razón. Por desgracia, no podía probar que la decisión había sido tomada en base a género y no pericia y experiencia; pero lo que sí podía hacer era botarles el trabajo en la cara.

—¿Sabe qué? Quédese con su maldito puesto de asistente y métaselo por el... Me niego rotundamente a seguir en un mundo de machos estúpidos y arrogantes comandados por un idiota mayor. ¡Me largo!

Salió hecha una fiera, dando un estruendoso portazo, sin embargo, alcanzó a escuchar que José Juan le decía:

—Haremos de cuenta que esta plática no existió, tómese el fin de semana libre para que se relaje y piense mejor las cosas. La vemos aquí el lunes.

Gruñó de una forma nada femenina. Llena de frustración caminaba por el pasillo sin prestar atención a nada ni a nadie, pero alguien cortó su carrera agarrándola por el brazo, la hizo girar y detenerse.

—¿Estás disfrutando de mi regalo de despedida? —Tomándola por sorpresa, Luis Alfredo le dio un rápido beso en los labios—. ¿Sabes? No fue difícil convencer a los viejos; con sus ideas *conservadoras*, me lo pusieron todo en bandeja de plata. ¡Qué disfrutes de tu frustrado ascenso, bonita! —Se retiró riendo y canturreando mientras Maricela permanecía petrificada.

«Esto no está pasando, seguro es una maldita pesadilla». Se masajeó la sien.

—Mary, ¿estás bien? —La voz de Manuel la sacó de su estupor.

—¡Tú ni te me acerques! Ahora estarás contento, ¿no? Ve a celebrar con el imbécil de tu amigo su gran hazaña.

—¿De qué rayos estás hablando?

—¡Felicidades, Manuel, una vez más me has jodido la vida!

—¿Podrías al menos explicarme qué demonios está ocurriendo aquí?

—Por favor, ¿vas a decirme que no sabías que ese puesto me lo habían ofrecido a mí? ¡Me lo robaste con toda alevosía! —Lo señaló con el dedo—. Todos los hombres son iguales, ¡unos malditos desgraciados! —Se giró para marcharse, tenía que huir antes que las inevitables lágrimas hicieran su dramático acto de aparición, y ese era un espectáculo que no pensaba dar.

—Mary, espera. —La tomó por el brazo—. En verdad, yo no tenía ni idea, Luis no me comentó nada. Con un demonio, mujer, ¡ni siquiera sabía que trabajabas aquí!

—No te creo, y aunque así fuera, no tiene relevancia. Mi decisión está tomada, me largo. —Caminó con la intención de dejarlo atrás.

—Claro que tiene importancia. ¡Maldición, escúchame!

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque me lo debes.

—¡Yo no te debo nada!

—Te equivocas, me gané ese derecho con sudor y lágrimas. He tenido que luchar y esforzarme como un loco porque mi objetivo amado estaba demasiado alto, y ahora que te he encontrado, he venido a reclamar lo que es mío.

—Pues felicidades por tus logros. ¡Qué lo disfrutes! Yo me largo. —Lo interrumpió, ni siquiera intentó entender sus palabras, al contrario, dio media vuelta con la

intención de marcharse, pero él la retuvo.

—Sé que tenemos asuntos pendientes, te prometo que hablaremos de ello en cuanto salga de aquí, por desgracia ya firmé un contrato y no puedo zafarme. Mary, te juro por lo más sagrado que nunca te he olvidado, solo estaba esperando establecerme para buscarte. Jamás imaginé encontrarte aquí y mucho menos esperé lo que ha pasado. ¿Cómo puedes creer que te haría algo así, mujer?

—¡No te creo! ¡Ya no creo nada de lo que diga un maldito hombre! —Comenzó a caminar, decidida a alejarse lo más lejos posible.

—¡Mary, espera! —gritó desesperado ante el dolor que vio en la mirada café tormentoso. Se pasó la mano por el cabello y tomó aire para tranquilizarse. Al ver que ella no se detenía, decidió seguirla—. No te vayas —suplicó—. Solo quiero que me prometas que, cuando la jornada termine, hablaremos con calma. Necesito que me cuentes con lujo de detalles qué hay detrás de todo esto.

—Si tan interesado estás, pregúntale a Luis Alfredo.

—Si quisiera hablar con él, no estaría aquí contigo. Por favor, Mary. —La vio tan pálida y frágil que sintió deseos de abrazarla. Sin poder contenerse, la tomó en sus brazos.

Maricela se quedó rígida, eran tantas cosas impactantes que asimilar que no supo cómo reaccionar al abrazo de Manuel. Por un momento, se sintió confortada; su calidez y fuerza la envolvieron en una agradable paz, entonces la realidad taladró su cerebro recordándole que él era aliado del enemigo.

—No te confundas, Manuel, tú y yo no somos amigos ni algo por el estilo. Ve con tu colega, y junto con tus nuevos patrones, destapen el champaña. ¡Brinden por la humillación que acaban de hacerme!

Sin darle oportunidad a réplica, se alejó lo más rápido que sus altos tacones le permitieron, entró en su oficina como una tromba, tomó su bolso y salió como alma que lleva el diablo. Al llegar a la recepción, le dijo a Claudia:

—Me largo, suerte con el nuevo director.

—¿Qué?, ¿a dónde vas? ¿Qué ha pasado? —Atónita, Claudia observó como su amiga desaparecía tras las puertas del ascensor. Sin perder tiempo, descolgó el auricular y convocó a junta de chicas en el baño con la esperanza de que al menos alguna supiera lo que estaba sucediendo.

CAPÍTULO III

Maricela salió del edificio sintiendo como el aire se ausentaba de sus pulmones, las lágrimas ya no soportaron más el cautiverio y salieron imparables; corrían desbocadas por sus mejillas. Estuvo caminando por las calles por horas, se sentía perdida, no sabía cómo enfrentar la situación, estaba rebasada y más sola que nunca.

Un poco más calmada, se sentó a la sombra en la terraza de un viejo café, pidió un expreso y nada más, pues sentía el estómago cerrado. Estaba por terminar su bebida cuando al levantar los ojos, como una señal divina, vio ante ella el letrero de un despacho jurídico. «Especialistas en problemas laborales».

Sin perder tiempo, entró. Unos minutos después estaba ante la licenciada Alicia Núñez contándole su penosa tragedia.

—Tienes razón, los señores Hernández son un hueso duro de roer. El caso es difícil pero no imposible. —Sonrió con autosuficiencia la licenciada—. Déjame tus datos con Alina. Yo me encargaré de que recibas lo justo. Ya lo verás, les sacaremos un ojo de la cara a esos machos tacaños, y espero que eso les sirva de escarmiento a la hora de tratar con una mujer.

Sintiéndose un poco más fuerte y renovada con las palabras de aliento de la abogada, se dirigió a su casa. Ansiaba llegar y desplomarse sobre el sofá para lamentarse de su triste realidad con un enorme tarro de helado de choco almendra con chispas de chocolate amargo. Lo que menos esperaba era que, al girar la llave, se encontraría a Irina hecha un mar de lágrimas.

Cuando corrió a Javier de su apartamento después de haberlo encontrado en la cama con otra, decidió buscar compañera. Más que por compartir gastos, lo hizo para no estar sola. Había puesto un anuncio en el periódico, e Irina fue quien más le agradó. Era una buena chica, aunque demasiado ingenua, pues su crianza en un pueblo no la había preparado para la vorágine de la gran ciudad.

—¿Qué sucede? Me asustas —cuestionó preocupada a la joven. Aunque estaba acostumbrada a los dramas que ella montaba, esta vez parecía grave.

Irina dirigió su dulce mirada color miel hacia ella e, hipeando, dijo:

—Mis padres... —De inmediato estalló en sollozos.

—Por Dios, Irina, ¿qué pasa con tus padres? ¿Están bien? ¡Contesta, me tienes con el alma en un hilo!

—Vienen hacia acá, llegarán en un par de horas —soltó al tiempo que limpiaba su nariz con un pañuelo.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—Ellos no saben de mi trabajo, creen que sigo becada, y no puedo decirles la verdad. —Se levantó del sofá y corrió hacia ella para abrazarla—. ¡Oh, Mary!, mi padre me matará y después me encerrará en un convento, si es que mi madre no me quema con leña verde primero.

—No seas tan dramática, eso de que los padres encerraban a sus hijas en los conventos quedó desterrado desde hace siglos.

—Es que no conoces a los míos, son de lo más conservadores. ¿Te imaginas qué harán si descubren que su única hija baila casi desnuda en un *table dance* los fines de semana? Me obligarán a regresar al pueblo, y adiós para siempre a la universidad, y mis sueños de ser médico se irán al caño.

—Eso debiste de haberlo pensado antes de hacerle caso al imbécil de Alonso...

—¡Ya escarmenté! ¡No tienes que recordármelo cada dos por tres! —Se apartó de ella enfadada—. Lo siento, Mary. —Se llevó las manos a las sienes—. Es que estoy desesperada, jamás me imaginé que esto podría pasar. Tú sabes que estoy en trámites para recuperar la beca, pero mientras eso sucede, tengo que trabajar para pagar la colegiatura y así evitar que mis padres lo sepan.

—Quizá debiste ser sincera con ellos cuando la perdiste.

—¡No! Eso nunca ha sido opción, mi padre fue muy claro al respecto: «solo una oportunidad».

—¿Entonces por qué te fuiste de vacaciones con Alonso en pleno período de exámenes?

—¡Por estúpida! Él me convenció de que su padre hablaría con el rector para que nos excusara, jamás esperé que el respetable señor López se negara a hacerlo. Buen momento escogió el viejo para darle un escarmiento a su descarriado hijo.

—Sí, esas vacaciones te salieron demasiado caras, no solo te quedaste sin beca, sino, también, sin novio...

—¡Ya lo sé! Ahora sí veo los defectos de Alonso —chilló—. No sabes cómo me arrepiento de haberme dejado embaucar; él solo quería acostarse conmigo, y una vez que lo consiguió, *ni me acuerdo que te conozco*. ¿Puedes creer lo crueles que son los hombres? ¡Pasamos toda una semana juntos en la playa! ¡Fue el primero y, aun así, no le importó dejarme!

Maricela la miró con pena.

—Por fortuna, no quedaste embarazada...

—¿Qué?, ¿embarazada?

—¡Ay, por Dios! Dime que tomaron precauciones —pidió preocupada.

—Sí, y no, no estoy embarazada, tuve el período hace unos días, es solo que no lo había pensado.

—¿Qué, acaso no sabes que a eso te expones al tener relaciones sexuales? —Se guardó para sí la típica charla sobre las enfermedades de transmisión sexual y demás riesgos.

—Sí, es solo que el pensar resultar embarazada sin estar casada me pone los nervios de punta.

—Pobre Irina, eres tan ingenua, aún te falta mucho camino por recorrer. Los hombres son todos iguales, unos malditos cerdos egoístas y machistas.

—Lo dices muy convencida.

—Lo estoy. —Se dirigió a la cocina para preparar té—. Irina, sigo sin entender, ¿cuál es el problema? Pide permiso en el bar y ya, asunto arreglado.

—No es posible, este mes no me presenté dos fines de semana. Gerardo me amenazó que si faltó uno más, me despedirá, y si lo hace no podré completar las mensualidades de la facultad en lo que se resuelve lo de la beca.

—¿Por qué faltaste? Acaso volviste con...

—¡Ni lo digas! Te juro que ya aprendí la lección. Mi etapa de chica rebelde terminó junto con mi desatinada relación con Alonso. ¿Recuerdas que tuve que hacer el trabajo especial que me encomendó el comité de docentes para evaluar si consideraban mi petición para restituir la beca?

—Sí, eso fue hace un par de semanas, ¿no?

—Pues tuve que faltar al bar porque el trabajo absorbió todo mi tiempo, pasé horas frente al ordenador y metida en la biblioteca.

—Comprendo, faltaste por el trabajo especial de la facultad y el fin de semana pasado tenías una gripe de muerte.

—¡Exacto!

—¿Y? Ambos casos están justificados, tu explotador, por qué no se le puede llamar jefe, debería de entenderlo.

—Ya se lo expliqué y me dijo que si no me presento esta noche, que me olvide del trabajo para siempre, que el bar no es beneficencia pública.

—Si será hijo de...

—Lo sé. ¡Mary, tienes que ayudarme!

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Quieres que entretenga a tus padres mientras escapas por la ventana y vas a cumplir con tu rutina de baile?

—No, imposible, tengo que estar en casa para recibirlos. —Inspiró hondo—. Quiero que tomes mi lugar en el bar.

—¿¡Qué!?! ¿Te has vuelto loca?

—Por favor, eres mi única salida. —Los sollozos regresaron.

—¡No! ¡Olvídalo!

—Por favor, Mary, haré lo que me pidas, lo que sea...

—¡No! ¡De ninguna manera! Yo no...

—Claro que sí. —La interrumpió—. Me has visto hacer mi rutina cientos de veces y has practicado conmigo otras tantas.

—Sabía que ese arrebato de satisfacer mi curiosidad me costaría caro.

—Vamos, di que sí. Mis padres están por llegar y hay que pedirle al intendente que retire el tubo de mi habitación. —Puso en los ojos esa expresión de corderito indefenso que a Maricela le encogía el corazón.

Manuel sintió como la impotencia se adueñaba de todo su ser. Algo le decía que aún quedaba mucho por descubrir en relación a Maricela. Le llevó horas convencer a Claudia para que hablara, incluso tuvo que sobornar al encargado de recursos humanos para que le diera su dirección. Y cuando al fin pudo dar con ella, la encontró con maleta en mano a punto de tomar un taxi.

—Mary, espera, no te vayas... ¡Maldición! —Pateó el neumático de su automóvil en un acto de frustración. Sin perder tiempo, subió antes de que le fuera imposible seguir al vehículo de alquiler.

Varias horas después de haber hablado con Irina y sentada ante un tocador lleno de luces; Maricela se preguntaba cómo se había dejado convencer de semejante disparate. Al llegar al bar, la estaba esperando Joe, el estilista transexual que se encargaba del arreglo de las chicas.

Irina y Joe habían congeniado desde el primer día, incluso ella solía invitarlo a la casa de vez en cuando y por eso Maricela lo conocía de sobra.

—Tranquila, Mary, todo saldrá bien —comentó Joe mirándola a través del espejo.

—Esto es una locura. En verdad no sé cómo es que terminé aquí. ¿Y si la riego y por mi culpa nos descubren?

—Eso no sucederá, te he visto practicar con Irina y eres casi tan buena como ella. Además, Gerardo es un idiota al que solo le interesa el dinero, ya verás cómo ni cuenta se da del cambio.

—Espero que tengas razón, y en cuanto a Irina, esta se la cobro cara, eso te lo juro.

—Por fortuna, la peluca que usa Irina y tu pelo son idénticos —comentó mientras pasaba sus dedos por el objeto en cuestión—. No es verdad, tu cabello es mil veces más hermoso, ¡es mega ultra fabuloso! —Dejó la peluca sobre la cabeza de unicel, después tomó unos mechones de la sedosa melena castaña de Maricela y, con cepillo en mano, comenzó a darle forma y volumen con la secadora.

—Estoy muy nerviosa —aceptó mientras se colocaba el antifaz de gato que usaba Irina.

—¡Estas majestuosa! —dijo Joe con voz chillona mientras la recorría de pies a cabeza—. Y que me perdone Irina por lo que voy a decir, pero este corsé te queda mejor a ti.

Maricela portaba un atuendo de corsé negro con encajes color rosa en el pecho, estilo *moulin rouge*, incluidas las medias, ligüero y demás.

Estaba por salir al escenario, pero al ver el lugar abarrotado, sintió pánico. Joe, como adivinando su sentir, le dijo:

—Lo harás bien, eres una reina, la mejor.

Maricela cerró los ojos y tomó una bocanada de aire, trató de enfocar en su mente el inocente rostro de Irina bañado en lágrimas, y eso le dio valor.

Escogió una rutina que entre Irina y ella habían compuesto. A Maricela le chocaba lo vulgar y común, por eso en lugar de música electro o dance, como solían escoger la mayoría de las bailarinas, le sugirió a Irina que trabajara con sensuales piezas clásicas y que sus atuendos fueran más al estilo de los famosos lugares de cortesanas de la regencia o el viejo oeste, o algo así como el *Moulin Rouge*, que era una de sus películas favoritas.

Nerviosa, comenzó con movimientos suaves, pero inexplicablemente la música y el baile la llenaron de una sensación de libertad a tal grado que por un instante se olvidó de todo y se dejó llevar. La sensualidad fluía en ella de forma natural, sorprendiéndola, jamás se imaginó que contara con semejante capacidad para expresar por medio de movimientos lo que no se atrevía con palabras. Su falta de experiencia lejos de entorpecer la rutina, le daba un aire de inocencia que volvió locos a los presentes.

CAPÍTULO IV

Manuel, literalmente, tenía la mandíbula hasta el suelo. No necesitó ver el rostro de la joven enmascarada para saber que se trataba de Maricela. Cuando la había seguido esa misma tarde, no podía creer que ella hubiese entrado por la parte trasera de ese reconocido lugar de perdición. Intentó hacer lo mismo, pero un enorme gorila le había impedido el paso, por lo que tuvo que esperar a que abrieran el bar para poder entrar y averiguar qué estaba pasando.

Mientras la veía contonearse y danzar al ritmo de la suave y sensual melodía, la rabia comenzó a invadirlo al percatarse de las miradas de lobos hambrientos que los presentes le dedicaban.

Se preguntó qué rayos le había pasado a la chica buena y dulce que él recordaba. La mujer que se contoneaba con total elegancia frente a sus ojos no correspondía a la imagen que él tenía de Maricela González. «Caras vemos, corazones no sabemos», se dijo al borde del colapso.

Recordó las veces que ella le reprochó su conducta *libertina* y se preguntó cómo se había atrevido a juzgarlo de aprovechado e inmoral, ¡si ella bailaba en un *table dance*!

Los celos lo estaban matando, tuvo que recurrir a toda su fuerza vital para no subir al escenario y sacarla a arrastras de ese maldito lugar.

Avanzó entre la gente hasta colocarse frente al escenario, y se llenó de gozo al ver que por un momento ella se quedaba petrificada.

«¡Ay, por Dios!». Maricela no podía creer lo que veían sus ojos. ¡Manuel estaba allí y la miraba con cara de querer asesinarla! ¿Cómo la había encontrado? ¿La habría reconocido?

«Imposible, esto es una absurda coincidencia», se dijo para tratar de tranquilizarse, llevaba el antifaz, y éste cubría la mayor parte de su rostro. Recomponiéndose, siguió bailando, incluso se acercó a él y le acarició el rostro con la mano, él la cogió con fuerza por la muñeca, pero uno de los gorilas de seguridad lo obligó a soltarla.

Maricela siguió provocándolo a propósito, era demasiado el resentimiento que aún le guardaba que no pudo negarse esa pequeña venganza. Él la había despreciado, se había marchado lejos, y eso no se lo perdonaría nunca.

En cuanto bajó del escenario, corrió a resguardarse en el camerino y le pidió a Joe que la ayudara a quitarse el disfraz para poder marcharse cuanto antes. Estaban en esa ardua tarea cuando llamaron a la puerta, y el corazón de Maricela comenzó a latir desbocado.

—Joe, abre, soy Gerardo, quiero hablar con Irina.

—No le abras, si lo haces estaremos perdidas —suplicó con pánico.

—Tengo que hacerlo, tú no lo conoces, cielo, ese tipo es capaz de tumbar la puerta. Ya sé, tengo una idea, entra al baño y finge que estas vomitando.

—¿Qué?

—Vamos, tú solo has lo que te digo.

En cuanto Joe abrió, Gerardo entró acompañado de otro sujeto.

—¿Dónde está Irina?

—Está en el baño, al parecer, algo le cayó mal. —Al ver que su jefe se dirigía hacia allá, se apresuró a cerrarle el paso al tiempo que le dijo—: Antes de entrar a vaciar su estómago, la pobre me dijo que no sabía cómo es que logró terminar su rutina porque se sentía fatal.

—¿Estás segura, Joe? En el escenario se veía perfectamente bien. Incluso veníamos

a felicitarla, nunca había estado tan magistral como esta noche —agregó Gerardo dispuesto a tocar la puerta del sanitario.

Maricela se provocó arcadas, metiendo el dedo en su boca, para darle más realismo. Los hombres miraron la puerta cerrada con expresión de horror.

—¿Lo ves?, te dije que no se sentía bien.

—Déjalo así, ya otra vez será —comentó el sujeto que acompañaba a su jefe.

—Irina, vete a casa y descansa. Espero que mañana estés recuperada —dijo Gerardo contrariado.

¿Mañana? «Oh, no, así tenga que matar, yo no vuelvo a pisar este lugar», pensó Maricela enfadada. En cuanto los hombres se fueron, salió hecha una tromba.

—¡Juro que voy asesinar a Irina! —chilló. Tomó la botella de vodka que el dueño del lugar dejó olvidada y bebió de un trago una gran cantidad.

—Oye, tranquila, que eso no es agua. —Joe le arrebató la bebida.

—Lo sé, solo necesito un desestresante efectivo y, sobre todo, rápido.

—Entonces, reina, estás con la persona indicada. ¡Cuéntale al buenorra de Joe, toditas tus penas...!

Manuel estaba impaciente mientras se paseaba de un lado al otro por el callejón que daba a la entrada de servicio del bar. Llevaba ahí alrededor de una hora, pero no pensaba marcharse hasta hablar con la maldita traidora. Aún no lograba entender cómo era posible que una mujer como Maricela terminara bailando en ese lugar.

Al menos tenía la tranquilidad de que en ese sitio no había desnudos ni, en apariencia, prostitución. Aunque no había podido indagar mucho sobre la tal *Irina*, que era así como se hacía llamar.

Cuando estaba embobado viéndola bailar, había escuchado a su lado a un tipo hablar con otro, y no pudo evitar poner atención a la plática.

—¿De dónde la sacaste? Está mujer es una joya.

—Lo sé, es demasiado ingenua, pero es esa misma inocencia la que los tiene encantados. ¿Qué no?

—Sí. Eres un tipo con suerte, así que no la sueltes, esa chica vale su peso en oro.

—Ni que lo digas, es mi carta fuerte. Aunque ella no lo sabe, ya sabes cómo son las mujeres, si les das oportunidad, se crecen hasta las nubes y después no hay quien las baje.

El tipo había implorado ser presentado, a lo que el dueño del bar se hacía de rogar.

—Pago el doble de lo que él te ofrece, pero quiero verla a solas —había dicho Manuel decidido.

El hombre lo miró extrañado en un principio, después, con el signo monetario brillando en sus pupilas, aceptó.

—Ni hablar, Jorge, esta noche, el caballero...

—Manuel.

—Esta noche, Manuel ha ganado la partida.

Mientras se dirigían al camerino escoltados por dos gorilas, el tal Gerardo le había dicho que en su bar no se ejercía la prostitución, pero que si conseguía captar la atención de la joven, que se la llevara a un hotel o a dónde fuera, pero lejos de ahí.

—¿Te quedó claro? Nada tengo que ver con lo que hagan las chicas; al salir de aquí, ellas ya no son mi responsabilidad, yo me lavo las manos.

—Entendido.

Estaba convencido de que ella había fingido el malestar, esa era una treta para librarse de él, pero estaba muy equivocada si creía que unos cuantos pesos, que el abusivo

se negó a regresarle, y una larga espera, podrían desanimarlo.

No tuvo que esperar mucho para verla aparecer con el mismo tipo vestido de mujer, los dos estaban ebrios como una cuba, Maricela apenas si podía sostenerse en pie.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —Se acercó *hecho* una fiera.

Maricela abrió mucho los ojos y, arrastrando las palabras e hipeando, dijo:

—Mira, Joe, ahí está el tipo del que te hablé, el que se quedó con mi ascenso, ¿acaso no está bien guapo el condenado?

Manuel la sujetó sin el menor miramiento y la acercó a él.

—Oye, ¿qué te pasa? Suéltala o llamo a los de seguridad —amenazó Joe asustada.

—Déjalo, Joe, él no representa un peligro, solo le gusta citar mujeres para dejarlas plantadas y después besuquearse con otra...

—Vamos, te llevaré a tu casa, estás hecha un asco. —Manuel decidió ignorar sus pullas.

—¡No! A mi casa no, ahí están sus padres y no quiero que me vean en este estado.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Llévame a cualquier otro sitio en lo que se me baja la pampalina¹ que he agarrado con esta sonsacadora. —Señaló a su compañera de tertulia.

—Claro, échenle la culpa a la buenaza de Joe —rezongó enfadada.

—Tu sabes que no estoy acostumbrada a beber —se defendió.

—Bueno, eso sí, cualquiera resiste más. —Joe soltó una risotada aguda.

—No te preocupes por mí, estaré bien, Manuel es inofensivo.

—¿Inofensivo? —repitió él entre ofendido y furioso por el desdén.

—No lo sé, ¿estás segura que quieres marcharte sola con él? —Se acercó para susurrarle al oído—. De inofensivo no le veo nada, cielo, está tan bueno el condenadote que yo encantada lo devoraría con crema irlandesa y chocolate... Mmm. ¿No les interesaría un trío? —Rio, tambaleándose.

—¡Eres terrible! Ya te dije que Manuel es de confianza. —Entonces se dirigió a él—. ¿Podemos dejar de pasada a Joe en su casa? Es tarde y creo que no está en condiciones de manejar —pidió, haciendo un esfuerzo por mantenerse en pie.

Manuel no perdió tiempo y la llevó hasta su vehículo, la sentó en el asiento del copiloto y le colocó el cinturón de seguridad. Abrió la puerta trasera para darle paso a Joe, rodeó el auto, se montó en el lado del conductor y arrancó conteniendo su furia.

1 Término utilizado para referirse al abuso del alcohol. Sinónimo de borrachera.

CAPÍTULO V

Tardaron unos minutos en llegar al complejo de apartamentos donde vivía Joe, inmediatamente después que ella entró a su edificio, Manuel puso el auto en marcha con rumbo a su nuevo hogar.

Maricela estaba de lo más habladora, cosa que sobria jamás hacía. Al llegar, Manuel la tomó en brazos y no la soltó hasta depositarla en el sofá de su sala.

—¡Guau! Tienes un *depa* muy bonito, es como tú: irresistible, atractivo, pero muy frío.

Manuel ignoró su comentario y se dirigió a la cocina para preparar café. Estaba colocando la cafetera cuando sintió que unos brazos delicados le acariciaban el pecho y un cuerpo tibio se pegaba al suyo por detrás.

Irritado, se giró para encararla, pero no esperó que ella se lanzara a devorar sus labios. Por un momento se quedó quieto debido a la sorpresa, luego la rabia lo invadió. Haciendo un esfuerzo sobre humano la apartó.

—Quieta, no estás en tu sano juicio —advirtió.

—Es por eso que lo hago. En mi *sano juicio*, como tú dices, jamás me atrevería a besar a un hombre, y a ti menos que a ninguno.

—Gracias por lo que me toca —espetó dolido.

—Eres el más hermoso y peligroso de todos. Como bien dijo Joe, estás para comerte con crema irlandesa esa piel de azúcar mascabado que tienes, ¡mmm! —Se mordió los labios.

—Vaya, eso sí que es toda una revelación. —No pudo evitar sonreír.

—Nunca he podido sacarme de la cabeza esa maldita sonrisa que tienes; es preciosa, me derrite y somete con solo mirarla. —Le pasó el dedo por los labios.

—¿Me puedes explicar cómo demonios es que terminaste bailando en un *table dance*? Ejecutiva de día, *striptease* por las noches...

—No quiero perder el tiempo hablando de eso. —Se acercó hasta pegar sus caderas.

—Oh, sí. Claro que lo harás. Ahora mismo vas a decirme qué está pasando contigo.

—Tomándola de las muñecas, la apartó de sí, pues la tentación a ceder estaba comenzando a pesar más que los valores que le habían inculcado sus padres.

—No hay nada que contar, mi vida sigue siendo tan ordinaria y miserable como siempre. Pero eso ya deberías saberlo, te has quedado con mi ascenso —lo acusó, e hizo el intento de andar unos pasos—. Vaya, estoy peor que una cuba, apenas si puedo caminar. ¿Ya viste? No soy tan aburrida después de todo, ¡estoy ebria! —Celebró como si fuera un gran logro.

Le costaba tanto mantener el equilibrio que estuvo a punto de caer, lo cual le pareció de lo más gracioso, por lo que comenzó a reír a carcajadas mientras repetía: «¡estoy ebria!».

Manuel la llevó a una silla y se aseguró que estuviera bien instalada antes de dirigirse a la encimera por el café; cuando este estuvo listo, la obligó a beberse un buen trago.

—Esto sabe horrible —protestó molesta.

—Es para que se te baje un poco la borrachera.

—¿Por qué? ¿Acaso no te estás divirtiendo? ¿Prefieres a la versión *señorita seriedad*? —se burló—. Yo no lo creo, esa mujer es una sosa que no le cae bien a nadie...

Forcejearon un tanto, él le colocaba la taza en los labios y ella la rechazaba. Cuando

hubo tomado una buena cantidad, Manuel la tomó en brazos y se encaminó a la única recámara del apartamento.

—No sabes la de noches que he soñado con esto —aceptó, envalentonada por el alcohol, se sentía tan relajada que no le importaba nada. Metió la cara en el hueco del cuello masculino y aspiró su aroma de hombre mezclado con una fresca loción. Impulsada por un arrebató, lamió la suave piel donde latía el pulso que de pronto se volvió acelerado.

—Deja de hacer eso. Ya te dije que no estás en tus cabales, y yo jamás me aprovecharé de ello, soy un caballero.

La recostó sobre la cama esperando que el exceso de copas hiciera lo propio y ella se quedara dormida al instante.

—No te vayas, no me rechaces, Manuel, tú no. No podría soportarlo. —Se puso de rodillas sobre la cama, según ella, para estar a la altura de su rostro, pero quedó justo en el amplio pecho que asomaba por la camisa que minutos antes había intentado desabrochar.

—Mary, mañana verás las cosas con más claridad y me lo agradecerás.

—Tal vez, pero hoy es hoy —renegó mientras besaba los fuertes pectorales cubiertos de oscuro vello—. He tenido un día horrible y no quiero estar sola, me lo debes por quedarte con mi ascenso. —Lo retó con la mirada.

—No es buena idea. —Se apartó como si ella quemase y respiró hondo para contener el impulso de aceptar su invitación y tomar lo que tan amablemente le ofrecía—. Si mañana quieres seguir con esto, con gusto te complaceré, bonita. Antes no.

Maricela se sintió dolida, una vez más, él la rechazaba, como en aquel verano en el que la dejó esperándolo en las caballerizas del rancho de los De Anda. Sin decir nada más, se volteó para darle la espalda y así evitar que viera en sus ojos cuánto le había afectado su desprecio.

Manuel se obligó a marcharse; el deseo de tumbarse junto a ella y dar rienda suelta a lo que llevaban posponiendo desde hace años estaba por volverlo loco.

En la sala de televisión tenía un sofá-cama que aún no había estrenado. Lo había comprado por si alguna vez sus padres decidían visitarlo, cederles su habitación. No pensó que lo utilizaría tan pronto. Sin mayor problema lo desdobló, sacó unas mantas y se acostó.

—Tranquilo, chaval, aguarda solo unas horas. ¿Qué son un par de horas comparadas con cinco años? —se dijo para tratar de calmar su deseo.

Estaba rendido, el día había sido agotador, cerró los ojos y la imagen de Maricela bailando apareció en su cabeza atormentándolo. El saber que ella estaba más que dispuesta y a su alcance lo tenía al borde del colapso. Su miembro sufría las terribles consecuencias de sus calientes pensamientos al grado de sentir un tortuoso pero placentero dolor.

Maricela estaba furiosa, no sabía si era el alcohol, el despecho o la promesa hecha a sí misma tiempo atrás, de que nunca más se permitiría ser rechazada por un hombre, lo que la impulsaba a dar batalla.

—Manuel no puede dejarme así. —Se puso en pie y, tambaleándose, llegó hasta el espejo de cuerpo entero, entonces, llena de rabia comenzó a quitarse la ropa hasta quedar desnuda—. ¿Qué tengo de malo que nadie me quiere, eh? ¿Acaso soy tan horrenda que ningún hombre es capaz de sentir deseo por mí? ¡Contéstame! —gritó enfurecida a su doble opuesto.

Recordó las cientos de películas prohibidas, y nada propias de una dama, que había visto después de que Javier la traicionara; su propósito era adquirir un poco de conocimientos sobre el *arte de amar* y así no permitir que otra con más *talento* le arrebatara lo que era suyo.

¿Manuel era suyo? ¡Por supuesto que Manuel era suyo!, siempre lo deseó para sí, y ahora nada la detendría para conseguirlo.

Después del engaño de Javier tantos meses atrás, se juró que nunca más implicaría sus sentimientos. Por primera vez desde entonces, le apetecía el sexo y no pensaba quedarse con las ganas.

—Manuel, voy a hacerte mío aunque no quieras —advirtió a la extraña que la observaba a través del espejo con mejillas sonrosadas y mirada achispada.

Sin dar tregua al arrepentimiento, ni a cuestionarse por qué con él si sentía deseo, salió en busca de su hombre, porque esa noche, Manuel era su hombre.

Manuel estaba acostado boca arriba con los ojos cerrados y una dolorosa e insatisfecha erección asomando por su trusa negra. Por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en esa mujer que llevaba años instalada en su cabeza. Con ese atuendo de cortesana y el misterioso antifaz, Maricela lo ponía a mil.

De pronto sintió como ella se colocaba a horcajadas sobre él y se tallaba en su miembro, abrió los ojos y se encontró con la profunda mirada color caramelo llena de deseo.

Intentó decir algo, pero sus protestas fueron acalladas con un beso tímido que en segundos se volvió avasallador, demandante. Cuando recobró un poco el aliento, estaba dentro de ella, llenándola por completo, sintiendo como sus músculos íntimos lo acariciaban y envolvían dándole la bienvenida. Era demasiado placer como para poder refrenarse y contenerse, no quiso ni pudo apartarse.

Maricela lo seducía con total entrega, hacía con él lo que le daba la gana y reconoció que le encantaba que así fuera. En sus relaciones le gustaba ser quien llevara la voz cantante, pero ella lo tomó por sorpresa asaltando sus sentidos y proporcionándole la experiencia más excitante y placentera de toda su vida.

Totalmente fuera de control, no fue consciente de que habían tenido sexo sin protección hasta que se repuso del orgasmo más apabullante y majestuoso jamás sentido.

—¿Mary?

Le contestó el silencio, pues ella se había quedado dormida. Decidió posponer la conversación hasta el día siguiente, la abrazó pegándola a su cuerpo y la observó embelesado hasta que el cansancio lo venció.

Un par de horas después, Maricela despertó gracias a un molesto dolor de cabeza. Mantuvo los ojos cerrados durante unos segundos. No cayó en la cuenta de que no estaba en su casa ni en su cama hasta que se percató que un brazo fuerte la apresaba pegándola a un cuerpo firme y tibio.

Abrió los ojos aterrada. Después de Javier, se había jurado no volver a estar en brazos de un hombre, y todo parecía indicar que no solo había estado en sus brazos. Una humedad ya conocida por ella le impregnaba su parte más íntima y sus muslos. Levantó la sábana y comprobó que ambos estaban desnudos. Horrorizada, retiró el mechón de cabello negro que tapaba el rostro de su amante.

«¿Manuel?». ¿;Se había acostado con Manuel!? Tapó su boca con la mano para evitar emitir ruido alguno, pues no quería ponerlo en alerta.

A su aturdido cerebro comenzaron a llegar las imágenes del día anterior, desde que salió de SAACSA, las lágrimas de Irina, el bar, su baile sobre el escenario, Manuel fulminándola con la mirada...

«¡Maldición! Siempre supo que era yo. ¿Cómo se enteró? ¡Es imposible!». Miles de dudas atormentaban su cabeza acrecentando el dolor. El incesante martilleo estaba en

competición con su vergüenza para ver quien acababa primero con ella. Se escurrió del lecho con sumo cuidado para no despertarlo, se dirigió a la recámara en busca de su ropa y se vistió a toda prisa para alejarse de ahí cuanto antes. Sentía que no podía ni respirar.

Una vez fuera del apartamento, mientras recorría el pasillo a los elevadores, entre brumas recordó que él la había subido a su coche, después le había dado algo amargo de beber, ¿café quizá?, no estaba muy segura. Entonces candentes imágenes de lo que había hecho encima de él desfilaron por su apaleada memoria, y eso la hizo ruborizarse hasta las uñas de los pies.

¡No podía creerlo! ¡Ella! ¡La reina de las sosas había seducido a un hombre! Y no cualquier hombre. ¡Había seducido a Manuel! Se cuestionó cómo había podido ser capaz de semejante barbaridad.

Una sensación de poder y satisfacción la inundó al comprender que de sosa no tenía nada, por mucho que Javier se había empeñado en recalárselo tiempo atrás.

Aun resonaban en su cabeza los roncocos gemidos de Manuel y sus palabras llenas de deseo por ella, sí, ¡por ella! Pero el efecto duró poco, pues la cruel realidad regresó junto con la vergüenza.

«¡Dios! ¿Qué va a pensar de mí? Primero, me ve bailando en ese lugar de perdición, luego salí hecha una cuba y, por si fuera poco, ¡salté encima de él! Me comporté como una autentica ramera. ¡Rayos! No podré verlo a la cara en lo que me reste de vida. ¡Qué vergüenza!».

Deseó que en ese momento la tierra se partiera y la llevara hasta sus más recónditas y oscuras profundidades.

—¡Maldita Irina! —gritó dentro del elevador. Sin perder tiempo, llamó a un sitio de taxis y esperó en el vestíbulo del lujoso condominio. Su corazón retumbaba con tal fuerza que parecía que podría provocar un terremoto con sus fuertes sacudidas. La expectativa de que Manuel pudiera aparecer en cualquier momento la tenía al borde de la histeria.

CAPÍTULO VI

Al llegar a su casa, Maricela aún estaba impresionada por lo que había pasado, reconocía que no estuvo bien salir huyendo como una cobarde, pero no podía evitarlo, no sabía cómo lidiar con la situación, era la primera vez que hacía algo así.

Aún estaba librando la lucha interior con su conciencia cuando casi se infarta al ver a Irina sentada en un sillón en medio de la oscuridad reinante en el salón.

—¿Irina?

—Estaba esperándote —dijo, despabilándose—. ¿Por qué tardaste tanto?

—Bostezó.

—Surgió un imprevisto.

—¡Dios!, ¿te descubrieron?

—No, baja la voz, todo salió bien —susurró.

—¿Entonces?

—Me tomé unas copas con Joe y, al parecer, se nos pasó la mano y no me dejó venir hasta que se me bajara la borrachera —mintió, ya se aseguraría de poner a su cómplice de acuerdo para no delatarla, lo que menos necesitaba en esos momentos eran preguntas sobre el caballero con el cual había pasado la noche.

—Oh, entiendo, debes estar agotada. No te molesta que duerma contigo, ¿verdad? Es que les cedí mi recámara a mis padres.

—Sí, no te preocupes, vamos, que es tarde, ya luego tú y yo ajustaremos cuentas.

Manuel despertó ante el insistente repiquetear del teléfono. Había puesto el despertador a las siete. Se estiró cual gato satisfecho después de jamberse un succulento plato de leche fresca. Entonces se percató de que estaba solo en la cama. Su primera idea fue que quizá Maricela estaba en el cuarto de baño, pero una rápida inspección le confirmó que ella se había marchado. La sorpresa se mezcló con la rabia.

—Eres increíble, Mary, huiste como una vil ladrona —expresó decepcionado y sin saber qué pensar.

Maricela lo tenía desconcertado, era un auténtico misterio. Su actitud en nada compaginaba con la dulce jovencita que él conocía. Lo que más lo irritaba era que esa faceta de chica rebelde lo excitaba; ella lo prendía como ninguna mujer había conseguido hacerlo, pero al mismo tiempo lo mataban los celos al pensar en cuántos, al igual que él, se habrían visto beneficiados de su nueva personalidad.

Pensó en los momentos vividos hacía tan solo unas horas, el majestuoso orgasmo que ella le provocó había sido tan intenso que casi se corre de solo recordarlo.

Quería ir a buscarla y enfrentarla, aún tenían pendiente el asunto de un posible embarazo, entre otras tantas dudas que necesitaba que ella le aclarara. Lo que si tenía por seguro era que, costara lo que costara, ella no volvería a ese maldito tugurio nunca más.

Enfadado, se vistió para cumplir la media jornada correspondiente a los sábados en SAACSA, pero en cuanto esta se terminara, Maricela y él tendrían una buena conversación.

Al abrir los ojos, el insipiente dolor de cabeza regresó. Aturdida, Maricela se puso en pie para ir en busca de un analgésico. Irina y sus padres estaban en el comedor tomando el desayuno.

—¡Buenos días! —saludó la chica, sonriente, en cuanto la vio aparecer—. Papá, mamá. Ella es Maricela. —Señaló.

—Mucho gusto, es un placer conocerlos. —Observó atenta a la pareja, ahora comprendía la procedencia de la dulce belleza de su compañera de piso.

El padre era alto y de constitución fuerte, con unos preciosos ojos color miel idénticos a los de su hija. La madre era menuda, de unos pícaros ojos verdes que evidenciaban inteligencia, blanca como un queso y de cabello platinado, igual que Irina, solo que esta, a diferencia de su madre, era muy alta y de largas piernas.

—El placer es nuestro. Irina nos ha hablado tanto sobre ti que siento que ya te conozco —respondió la señora, con una cálida sonrisa—. Gracias por ser tan buena y cuidar de mi niña. Fuera de la comunidad no confío en nadie.

—No tiene nada que agradecer, Irina es una persona fácil de querer. —Recordó que ella le había contado que procedía de una comunidad menonita, ahora entendía muchas cosas.

Estuvieron conversando durante los siguientes minutos, el ánimo de Maricela mejoró a tal grado que pudo probar bocado. No se excedió mucho a pesar de lo apetitoso que se veían los manjares preparados por la señora Jiménez, temía que al recargar su estómago las náuseas volvieran.

—Irina, tenemos que hablar —pidió una vez que se quedaron solas en la cocina fregando la loza—. No puedo regresar al bar. Tengo que salir de la ciudad.

—¿Qué? No, Mary, por favor, no me digas eso.

—No te preocupes, hablé con Joe y le pedí que tanteara el terreno con tu jefe. Ayer, un tipo pidió conocerte y, como comprenderás, no podíamos permitir que se acercara a mí, así que fingimos que algo me había caído mal y que estaba indispuesta. No te haré largo el cuento, lo importante es que Gerardo dijo que te tomaras el tiempo que necesites para que te mejores y regreses pronto.

—¡Eso es excelente! Perdón por todas las molestias que estamos causándote —se disculpó, apenada, mientras la abrazaba.

—No te preocupes, ahora, si me disculpas, iré a preparar mi equipaje.

—¿Es por tu trabajo? ¿A dónde vas esta vez?

—No, no es por trabajo, voy a tomarme unos días libres; lo necesito.

—Oh, ya entiendo, estás de vacaciones.

—Algo así.

Hizo las maletas con rapidez, estaba segura de que Manuel iría a buscarla en cuanto saliera de SAACSA, y no se sentía en condiciones para enfrentarlo. Por fortuna, todavía era temprano y tenía tiempo de sobra.

Salió del apartamento, colocó la maleta en el porta equipajes y regresó por su bolso de mano, después se dirigió a la farmacia para comprar algunas cosas que necesitaba y, de paso, llegó a El cafecito por un expreso; aunque ella gustaba del capuchino con crema irlandesa, no sabía si su estómago lo toleraría y no quería arriesgarse.

Estaba metiendo la llave en la cerradura del auto cuando alguien le habló.

—Bonita, qué bueno que llegas, estaba esperándote.

La voz a su espalda le ocasionó un escalofrío. De pronto, toda la rabia y dolor volvieron golpeándola con crueldad.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí si te dije que no quería volver a verte? Javier se encogió de hombros.

—Y yo te dije que no me daría por vencido sin luchar. Por favor, Mary, deja de pelear conmigo y acepta que nuestro destino es estar juntos. —Intentó abrazarla, pero ella lo evadió.

—¿Estar juntos? ¡Eso no fue lo que le dijiste a la puta que metiste en mi cama; la misma donde te acostaste conmigo! —explotó.

—¿Es que acaso nunca vas a perdonarme?

—Déjame pensar. ¡No!

—Estás alterada, no sabes...

—Ya te lo dije infinidad de veces, ¡déjame en paz!

—¿Qué te pasa? Desde que llegué estas gritándome, y eso no es habitual en ti.

—He tenido una pésima semana y créeme que lo que menos necesito es tener que estar lidiando con tu falta de sesos. ¡Entiéndelo, no quiero verte, no te quiero en mi vida y menos cerca de mí!

—Pues eso no se va a poder, me he propuesto recuperarte y no voy a parar hasta conseguirlo, así que ve haciéndote a la idea. Tú eres mía, solo a mí perteneces, yo fui el primero y el único. Sé que me amas, solo que aún estás dolida.

—Es inútil tratar de razonar contigo. —Lo fulminó con la mirada—. Lárgate o llamo a la policía.

—Tranquila, no es para tanto, además, el motivo de mi visita no es solo para saludarte. —Durante un momento, su semblante cambió y un rictus de tristeza lo invadió—. Mi padre ha salido del coma.

—Enhorabuena por eso —expresó con sarcasmo.

—Hemos estado hablando, ¿sabes? —Hizo una pausa—. Cuando tuvo el accidente y pensé que lo perdía... —Se pasó la mano por el cabello rubio oscuro—. ¡Dios! Eso me hizo replantear mi vida y desear enderezar el camino que por idiota torcí. Me prometí que si él salía de esta, le demostraría que soy el hombre que siempre ha querido que sea.

—¡Felicidades por ello!

—El punto es que mi padre quiere verte, me pidió que vayas al hospital, dice que tiene algo importante que decirnos y es urgente —comentó ignorando las pullas de ella.

—¿A mí? ¿Qué puede tener que decirme tu padre?

—No lo sé, no quiso aclarármelo, solo me pidió que te llevara ante él.

Durante veinte minutos insistió hasta que la convenció.

—Está bien, pero ni sueñes que voy a subirme al mismo auto que tú, iré en mi coche, y esa es mi última palabra, así que tómallo o déjalo.

—Ni hablar, con tal de que vayas, se hará como tú digas —resopló resignado.

Una vez en el hospital, esperó a que Javier se reuniera con ella y juntos se encaminaron a la habitación que le habían asignado al señor Montalbán.

En cuanto el padre de Javier la vio, sus ojos verdes, iguales a los de su hijo, se iluminaron. Sin perder tiempo, la llamó y le pidió que se acercara, la tomó de las manos y se las besó.

—Me alegra tanto que estés aquí, el idiota de mi hijo es un hombre con suerte al tener una esposa como tú.

—Se equivoca, señor Montalbán, Javier y yo no estamos casados. —Se apresuró a corregirlo.

—No, preciosa, la que se equivoca eres tú. Cuando descubrí lo que este patán pretendía —señaló a su hijo—, me aseguré de que el juez que se presentara fuera de verdad y no el actor que este tonto contrató.

—¿Qué?

—Lo que oyes, lindura; el matrimonio de ustedes dos es legal, y más que legal, es auténtico. Si no me crees, aquí está el licenciado que fungió como testigo y el juez que los

casó para corroborarlo.

Maricela miró aturdida a los hombres. Cuando llegó no les había puesto atención, pero ahora, consternada, reconoció al que había oficiado la ceremonia civil. De pronto, respirar le pareció toda una misión imposible, su vista se nubló y luego, nada.

Cuando despertó, estaba acostada en una cama de hospital y conectada a un suero por vía intravenosa. Entonces recordó lo que el padre de Javier había dicho y se llenó de angustia.

«¡No puede ser! Estamos casados». El pánico se apoderó de ella.

—¿Cómo te sientes? —Javier corrió a su lado en cuanto la vio abrir los ojos.

—Fatal.

—¿Quieres que llame a la enfermera? —preguntó alarmado.

—A menos que traiga consigo el acta de divorcio, no creo que sirva de nada.

—No digas eso, bonita, ¿no te das cuenta? ¡Somos marido y mujer! ¡Eres mi esposa con todas las de la ley! —expresó lleno de alegría, lo cual a ella le revolvió el estómago.

Javier comenzó a hablar de vivir juntos y que todo volvería a ser como antes.

Incluso hablaba de hacer reformas al apartamento.

—¡Hey!, para tu tren. No puedes regresar, además, ya no vivo sola.

—Tienes razón, me olvidé de esa compañera tuya.

—¿Cómo...?

—¿No te lo dijo? —preguntó extrañado—. He ido a buscarte infinidad de veces. Tu compañera se llama Irina, ¿no? Me pregunto por qué no te dio mis recados.

—Quizá porque sabe que tu nombre está prohibido en mi casa y que no me interesa nada que esté relacionado contigo. Ahora que lo pienso, una vez intentó decirme algo, pero no se lo permití, supongo que a ella sí le quedó claro el mensaje.

—No te preocupes, no hay problema. —Ignoró la indirecta—. Compraré una casa nueva. Es más, iremos juntos a buscarla, será a tu total gusto y satisfacción...

Él seguía haciendo planes como si la opinión de ella no contara.

—El señor Montalbán padre quiere verla —interrumpió la enfermera—. ¿Ya se siente mejor, señora Montalbán?

—Sí, gracias, y no soy... bueno, solo dígame Maricela. —Que alguien utilizara su apellido de casada para referirse a ella le provocó un escalofrío que le puso la piel de gallina y revolucionó su estómago al punto del vómito.

—Sube a la silla de ruedas y yo te llevo, aún estas muy débil —sugirió Javier con preocupación—. La enfermera dijo que estabas algo deshidratada, ¿no has tomado suficientes líquidos?

«Al contrario, ahí radica el problema, en el exceso de líquido etílico que consumí anoche». Evitó recordar todo lo que su desenfreno a la hora de beber había provocado, lo que menos necesitaba en ese momento era tener vívidas en su cabeza las candentes escenas de su encuentro con Manuel y la forma tan cobarde en que huyó de él.

—Puedo caminar, solo ha sido un malestar sin importancia, he estado sometida a mucho estrés. —Lo cual no era del todo mentira.

—Le recomiendo que se tome las cosas con calma, señora, no sabe las cosas tan terribles que se ven aquí a causa de ese mal —aconsejó la enfermera mientras la ayudaba a sentarse.

—Gracias, yo me hago cargo de mi esposa.

A Javier se le llenaba de orgullo la boca al repetirlo; en cambio, ella solo sentía repulsión y náuseas.

CAPÍTULO VII

—Pasa, bonita, ¿estás bien? Me quedé muy preocupado por ti. —Don Javier parecía sincero, pero se recordó que con esa gente no podía bajar la guardia—. Acércate —pidió—. Sé que para ti es muy difícil todo esto. —Le tomó las manos—. El comportamiento de mi hijo no es para menos, pero quiero enmendar las cosas, darle a mi nieto un hogar como Dios manda...

—¿Dé qué está hablando? —lo interrumpió incrédula.

—Del bebé que tienes con Javier.

—Está equivocado, no hay ningún bebé.

—Eso no es posible, yo escuché cuando Ana Lilia reprendía a este canalla por su falta de sesos al dejarte embarazada.

—Escuche... —No tenía corazón para contarle lo que su esposa e hijo le hicieron, el hombre acababa de salir de un coma a causa de un accidente automovilístico que casi le cuesta la vida. Comprendía que él se había perdido los sucesos acontecidos los últimos meses, pero, aun así, no se atrevía a hablarle con la verdad—. No hay tal bebé porque lo perdí, fin del asunto.

—Es una pena, pero ya habrá otros. Los dos son muy jóvenes, aún tienen mucho futuro por delante.

—Siento desilusionarlo, pero eso no será posible, primero, porque ya no estamos juntos, y segundo...

—Eso tiene fácil solución ahora que saben que sí están casados...

—No.

—Sé que mi hijo se equivocó, pero está arrepentido y listo para asumir sus responsabilidades. Además estoy haciéndome viejo y quiero, antes de morir, ver mi hogar lleno de niños.

—Entonces le aconsejo que me ayude a tramitar el divorcio cuanto antes para que pueda ver su deseo hecho realidad.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—A raíz de que perdí a mi bebé, el médico me dijo que no podré tener más hijos. Soy estéril, don Javier.

—Estoy seguro de que ese diagnóstico no es definitivo, hay cientos de clínicas especializadas en fertilidad, yo pagaré una en Suiza que es excelente...

—No me está escuchando. No voy a volver con su hijo —recalcó—. Solo quiero el divorcio —espetó molesta, estaba comenzando a exasperarse.

—¡Jamás lo permitiré! En mi familia, nunca, ningún Montalbán se ha divorciado. Olvídenlo, ese matrimonio sigue aunque no quieran, y tú, Javier, si no cumples con tu obligación de hombre, juro que te desheredo.

—Pues entonces le aconsejo que ponga a trabajar a sus abogados a la brevedad porque yo ni muerta regreso con él.

—No entiendo tu renuencia, Javier se equivocó, sí, pero está arrepentido, además es miembro de una de las más respetables familias del país, cualquier mujer estaría más que alagada por ocupar tu lugar.

—Habla así porque no tiene ni idea del nido de víboras en el cual ha vivido —soltó sin pensar. Harta de callar, decidió que ya que había metido la pata, como era su costumbre, no habría impedimento para soltar por fin la lengua.

—¡Te prohíbo...!

—Usted a mí no me prohíbe nada. Su respetable esposa y su hijo pagaron a unos matones para que me secuestraran y drogaran, posteriormente me llevaron a sabrá Dios qué lugar para que se me practicara un aborto ilegal. Y para rematar, me dejaron tirada en un parque. Pero eso no es todo. —No la detuvo la palidez en el rostro del hombre—. A consecuencia del mal proceso en el legrado practicado, tuve una severa infección y una hemorragia que por poco y me cuesta la vida. El médico que me salvó me dijo que tuve suerte de que me encontraran a tiempo. Ah, y que no volvería a ser madre. ¿Aun después de escuchar esto puede insistir en que regrese con él?

—Es muy grave lo que estás diciendo, jovencita, son acusaciones muy fuertes. ¿Estás segura de que fueron ellos?

—Pregúnteselo a Javier. —Reparó en su impuesto esposo que los miraba con los ojos desorbitados y una palidez de muerte.

—¿Es verdad lo que tu esposa dice? —rugió—. ¡Contesta!, ¡con un demonio, habla!

—Yo... yo no sabía. Mi madre solo me dijo que no me preocupara, que ella se ocuparía de todo. Nunca estuvo de acuerdo en mi relación con Mary, tú sabes que siempre ha querido que me case con Patricia Corcuera. Yo creí que le había dado dinero o algo así para que se mantuviera alejada, jamás me imaginé... Aun así, me resulta increíble pensar que mamá haya sido capaz de semejante atrocidad solo para salirse con la suya.

—Realmente estaba impactado.

—Cada quien es libre de creer lo que le dé la gana. La única persona que sabía de mi embarazo aparte de ti, era la respetable señora Ana Lilia Montalbán; nadie más, ni siquiera mis compañeros de trabajo. Por desgracia, no tengo modo de probarlo, si no, créanme que los habría señalado ante las autoridades.

—No puede ser posible. Ana Lilia es caprichosa, sí, pero de eso a... —expresó don Javier al borde del colapso. Entonces recordó algo en la actitud de su esposa que lo hizo creer que quizá las acusaciones de su nuera no estaban tan lejos de la realidad.

Su mujer no sabía que él había intervenido para que la boda falsa terminara en un matrimonio válido.

La noche del accidente, en que partió rumbo al aeropuerto para iniciar su viaje al extranjero, a unas manzanas de abandonar su hogar, recordó que se había olvidado unos documentos importantes, por lo que pidió al chofer que regresara y entró en la casa sin que nadie se percatara.

Las palabras que le escuchó decir a su esposa sin que se dieran cuenta de que él estaba ahí, cobraron sentido: «No te preocupes, hijo, esa mujer ya no te perturbará más, yo me he ocupado de aquel pequeño inconveniente».

Se maldijo por no haberles dado importancia, si al menos se hubiera tomado unos minutos para pedir y dar explicaciones, el accidente no se habría suscitado y quizá su nieto estaría vivo.

Una de las filiales de su compañía en el extranjero estaba en graves problemas a causa de malos manejos; el desfalco era importante y había que detener los rumores. Este asunto había absorbido su tiempo y por eso no les había revelado a su mujer e hijo que estaba al tanto de la canallada que este pretendió hacer con Maricela y que, adelantándose a él, había mandado un juez real para que oficiara el matrimonio unas semanas atrás. Pensaba confesar la verdad en cuanto regresara de arreglar el desaguisado, pero el destino tenía otros planes; un accidente automovilístico lo puso todo.

Pero como siempre sucedía con el «hubiera», este solo servía para hacer daño, ya que nada se podía remediar con lamentarse.

—Dime qué pasó ese día —pidió don Javier sintiendo una fuerte opresión en el pecho—. Necesito entender, por favor, bonita, no te calles nada.

—¿Está seguro, don Javier? ¿En realidad quiere saber toda la verdad? —advirtió.

—Sí.

—Yo también quiero escuchar lo que tengas que decir —corroboró Javier, pálido.

—Tres días antes de que me secuestraran, yo había ido a tu casa para decirte que estaba embarazada, tu madre nos escuchó discutir y se puso como loca...

—Si lo recuerdo.

—¿También recuerdas que entre los dos me atacaron diciendo que era una mujer de moral distraída y que quería encasquetarte el hijo de quién sabe? —Observó complacida que al menos él tuvo la decencia de sonrojarse—. Tu madre se llenó la boca de orgullo al restregarme en la cara que nuestro *matrimonio* era falso y que estabas prometido con Patricia Corcuera y Reynoso, y que se iban a casar en cuanto tu padre volviera del coma y saliera del hospital. Ni siquiera tuviste el valor para defenderme, al contrario, dejaste que me echara de su mansión como si fuera un perro con rabia...

—¿En verdad? ¿Cómo permitiste que tu madre humillara a tu esposa de esa manera? —Don Javier no se preocupó por disimular lo decepcionado que se sentía.

—En ese entonces yo no sabía que mi matrimonio era legal, ¿lo olvidas? —se defendió—. Tampoco había tocado fondo, aún me creía el rey del mundo —reconoció avergonzado.

—Procede, preciosa, quiero conocer toda la historia —pidió don Javier.

—La cuestión es que su amable esposa me corrió como si tuviera yo la peste, me restregó que Javier me había engañado con una boda falsa y que él se iba a casar de verdad con Patricia. Salí de su casa destrozada anímicamente. Me reporté enferma en el trabajo y tomé un par de días. Cuando por fin abandoné el autoencierro, me incorporé a mi rutina diaria; camino a la oficina fui interceptada por unos tipos que me pusieron un trapo impregnado de algo que en cuestión de segundos me dejó inconsciente, lo único que alcancé a oír fue: «La señora estará más que complacida».

»Cuando desperté, estaba tirada bajo un árbol en el área más apartada del parque Central. Para que los paseantes no sospecharan, me acostaron de tal modo que pareciera que tomaba una siesta. Un dolor insoportable me atravesaba el vientre, no me di cuenta que sangraba hasta que me toqué. Quise ponerme en pie, pero no pude, un terrible mareo me lo impidió, entonces comencé a gritar pidiendo ayuda. Un par de adultos mayores, que paseaban en las cercanías, me escucharon, se compadecieron de mí y llamaron a una ambulancia, la cual me trasladó a la cruz roja de Polanco.

»Al revisarme, el médico me preguntó sobre el legrado practicado, por supuesto que yo no tenía ni idea de qué estaba hablando. Al salir de la cirugía, me informó que el aborto se había hecho de forma incorrecta y que por eso todo se había complicado. Las horas que estuve inconsciente tirada en el parque solo empeoraron mi estado.

»Estuve hospitalizada una semana, en la cual oficiales de policía y la trabajadora social me atiborraron con preguntas. No creían mi historia ni mucho menos que el aborto se hizo en contra de mi voluntad. Fue hasta que el psicólogo determinó que decía la verdad que me dejaron en paz, no sin antes obligarme a presentar la respectiva denuncia. Puede constatarlo en la PGR2 si no me cree. Al no haber pruebas incriminatorias ni testigos en contra de ese *alguien*, la querrela se dirigió a *quien resulte responsable*. Y todos sabemos que en este país, por desgracia, nadie resulta responsable...

—Si lo que dices es verdad, supongo que tienes motivos más que sobrados para

odiarnos —reconoció don Javier consternado.

—Sí, jamás volvería con Javier, ni aunque mi vida dependiera de ello. —Fue tajante.

—Quizá la tuya no, pero ¿y la de tu padre? Sé que está atravesando por serios problemas económicos, yo podría ayudarlo...

—Mi padre me abandonó cuando más lo necesité, así que por mí puede hacer lo que le dé la gana, no me interesa en absoluto lo que les pase, ya no forman parte de mi vida. Otra consecuencia más de mi absurda relación con su hijo. —Hizo una pausa para tomar aire—. Por si no lo sabe, me desheredaron cuando se enteraron de que me fui a vivir con él, ni siquiera me dejaron explicarles que yo creía estar casada. Jamás habría permitido intimidad de no ser así. Javier lo sabía, y por eso ideó aquel estúpido plan para engañarme.

—No sabes cuánto me avergüenzo de mí proceder. —La tomó de las manos—. Mary jamás me cansaré de pedirte perdón, eres una mujer excepcional y, si me lo permites, quiero pasar el resto de mi vida compensándote por el daño causado.

—Es muy lindo lo que dices, por desgracia es demasiado tarde.

—Debe haber algo con lo que podamos persuadirte, ¿qué es lo que más deseas? —preguntó don Javier esperanzado.

—Lo que yo más deseo es no volver a verlos jamás, eso y el divorcio, por supuesto.

—¿Estás segura? Sabes que no consentiré el divorcio, ¿verdad? Te guste o no eres parte de mi familia y considero mi deber protegerte...

—Sí, y por mí puede usted proceder como le plazca, don Javier, pero sepa que yo no vuelvo con su hijo. Tenga plena seguridad que no descansaré hasta obtener el divorcio.

—Eres una mujer admirable, Maricela, es una lástima que Javier se comportara como un cretino incapaz de valorar lo que tenía. En cuanto a Ana Lilia, si resulta responsable de lo que te pasó, me encargaré de que reciba un castigo ejemplar. Solo quiero saber la verdad y hacer justicia.

—En eso estamos de acuerdo, señor Montalbán.

—Te prometo que investigaré a fondo todo lo que acabas de confiarme, y...

—Tragó saliva conmocionado.

—¿Qué va hacer? ¿Va a denunciar a su esposa de secuestro y del asesinato de su propio nieto? —Sonrió con cinismo—. No creo que esté dispuesto a pasar por el escándalo que conlleva el que todo esto se destape. El buen nombre de su familia quedaría hecho lodo, y eso usted jamás lo permitirá. ¿Acaso me equivoco?

—Tienes razón, el buen nombre de mi familia es importante, pero no por ello pasaré por alto semejante atrocidad. Haré lo que sea necesario para resolver este asunto de la mejor forma posible, eso te lo juro.

—Usted no hará nada simplemente porque no le conviene remover las aguas.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Dinero? —preguntó exasperado ante tanta negativa.

—¿Lo ve? —Sacudió la cabeza decepcionada—. En realidad usted no es tan diferente de la bruja que tiene por esposa, creen que todo se arregla con dinero, pero sepa que a mí no se me compra. Ni con todo lo que posee alcanza, eso no va a devolverme a mi hijo.

—¡También era mi nieto!

—¡Sí, y de su esposa, pero eso no le impidió asesinarlo antes de que naciera!

Don Javier palideció de muerte y comenzó a tener serias dificultades para respirar, al tiempo que se cogía el brazo izquierdo en un rictus desesperado.

Maricela presionó el botón de auxilio y de inmediato el cuarto se llenó de médicos y enfermeras que la sacaron a ella y a Javier para atender el conato de infarto del mayor de los Montalbán.

Varios minutos después salió el doctor, Maricela no podía evitar sentirse culpable mientras se repetía: «Si hubiera mantenido la boca cerrada».

El galeno les informó que el señor Montalbán estaba bien y fuera de peligro, pero que era importante mantenerlo alejado de disgustos e impresiones fuertes.

—¿Qué fue lo que le dijeron que lo alteró tanto? —preguntó el joven médico intrigado.

—Es mi culpa, no debí decirle lo de mi bebé...

—No te culpes, mi padre tenía derecho a saberlo, ambos lo teníamos, pues nos compete de forma directa.

En cuanto el galeno se fue, Javier se apresuró a tomarla del brazo y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Mary, te juro por lo más sagrado que yo no sabía...

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que pensabas sobre el por qué el bebé no está a mi lado? ¿Qué lo regalé a las hermanas de la caridad?

—No, esa es una de las cuestiones que quería aclarar contigo. Cuando le pregunté a Irina por el bebé, su cara de asombro me reveló que la chica no tenía ni idea de que alguna vez estuviste embarazada, eso me alarmó y me dio qué pensar. Según yo, cuando ella comenzó a vivir contigo, tendrías alrededor de siete meses. Entonces las cuentas no me checkaron y supuse que algo grave tuvo que haber ocurrido, pero como tú te negabas a hablar conmigo, no sabía ya ni qué creer. —Maricela permaneció en silencio, y él continuó—: Cuando mi padre despertó y estuvo en condiciones de hablar, insistió en verte, por eso decidí tomar medidas drásticas, como acampar en tu puerta hasta verte aparecer.

—Pues ahora ya sabes la respuesta, no hay ningún bebé porque tu madre lo mandó matar.

—Deja de repetir eso. No puedo creer que mi madre se atreviera a llegar tan lejos, simplemente no puedo... ¿Sabes...? —Guardó silencio, conmocionado.

—¿Saber qué? Javier, ya no importa, pase lo que pase, mi bebé no volverá y nadie puede remediar ni compensar lo que perdí.

2 Procuraduría General de la República.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué hace esta mujer aquí? —La orgullosa y aguda voz de Ana Lilia Montalbán se escuchó chillona a lo largo del pasillo—. Creí que te había quedado muy claro que no quería volver a verte cerca de mi familia.

—Y fue así, *señora*; los que no parecen entender son su marido y su hijo, que se empeñan en retenerme.

—¿De qué está hablando *esta*? —preguntó, preocupada, a su hijo.

—Mary no es *esta*, mamá, es mi esposa...

—¿Qué? No es momento para bromas, hijo, yo sé la verdad...

—No es ninguna broma, *señora*; don Javier se enteró de lo que el canalla de su hijo pretendía hacerme y se aseguró de mandar un juez real. —Sintió verdadera satisfacción al ver la palidez de la mujer—. Sí —afirmó orgullosa—. Lo que está temiéndose es verdad, Javier y yo sí estamos casados. Ah —agregó en tono dramático—, una cosa más, no he podido ocultarle a su esposo lo que le pasó a mi bebé. Ahora está enterado de toda la verdad y ha prometido que no se quedará de brazos cruzados hasta dar con el o *la* responsable, aunque yo lo dudo. Pero estese tranquila, *señora*; no pienso volver con su hijo ni muerta, en ese aspecto, usted se salió con la suya. *Felicidades*.

»Espero que el peso de su conciencia no la deje dormir por las noches; porque tenga la plena seguridad, respetable *señora*, que el bebé que mandó asesinar sí era su legítimo nieto —le susurró al oído antes de darse media vuelta y marcharse a toda prisa con la barbilla levantada en actitud desafiante.

—Mary, por favor, espera... —Javier fue detrás de ella a pesar de las protestas de su madre.

—¿Qué quieres, Javier? ¿No ves que tu madre te necesita? La verdad es que no quisiera estar en sus zapatos cuando se enfrente a tu padre...

—No te vayas, tenemos que hablar...

Javier la invitó a que comieran algo en la cafetería del hospital, pero ella se negó, lo único que deseaba era marcharse de ese lugar cuanto antes.

—Por favor, Mary, sé que podemos con esto. —Una vez más la tomó de las manos, esperanzado—. Juntos saldremos adelante...

—No, Javier. Lo único que deseo de ti es mi libertad y no volver a ver un Montalbán en lo que me reste de vida. ¿Es eso tan difícil de entender?

—Mary, por favor —suplicó.

—Déjame ir, ahora estoy muy confundida y necesito estar sola.

—Está bien, te daré el tiempo que necesites, pero no firmaré el divorcio. Maricela, tu eres el amor de mi vida y no pienso perderte, así tenga que renunciar a mi madre, herencia y familia, no permitiré que nos separen otra vez.

Intentó besarla, pero ella no se lo permitió, desvió el rostro, recibiendo el beso en la mejilla. Sin decir nada más, salió del hospital, subió a su auto y tomó rumbo a la casa de su tía Elena.

A medida que el vehículo devoraba los kilómetros, las lágrimas hicieron acto de presencia. Sin poder contenerlas, se orilló en la carretera y, por primera vez en meses, se permitió llorar su pérdida.

La vieja casita a la orilla del mar le traía fabulosos recuerdos de su infancia y adolescencia. Las paredes azules, las ventanitas blancas estilo irlandés, las malvas de variados colores y la brisa salada la reconfortaron de inmediato.

Su tía Elena salió a recibirla y la aprisionó con un fuerte abrazo.

—¡Estás preciosa, mi niña! Cuéntame qué te trae por acá, hace mucho que no vienes, aún sigo sorprendida por tu llamada.

—¡Ay, tía! Mi vida es un desastre.

—Entonces estás en el lugar indicado, anda, bonita, cuéntale a la tía Lena qué te pasa.

La acogedora decoración del hogar de su tía la recibió con total calidez, evocando los felices días de los veranos que pasó allí. Sentada a la mesa de roble y con una fresca limonada, comenzó a relatar los últimos acontecimientos.

—Déjame entender; supliste a Irina en el bar, te pusiste como una cuba junto con Joe porque estabas triste por lo de tu trabajo y después te echaste un buen revolcón con un tipo guapo. —Al ver el asentimiento de su sobrina, continuó—: Vaya, ya era hora que disfrutaras un poco de tu juventud. Hija, no todo en la vida es trabajo...

—No, tía, tu no comprendes —soltó exasperada.

—Comprendo de sobra, preciosa, el problema es que te sientes culpable porque te involucraste con un hombre estando casada con otro, ¿es eso?

—Entre otras cosas, sí. Sé que suena horrible, pero aunque no soy una adúltera, no puedo evitar sentirme así. Cuando me acosté con... él, no sabía que estaba casada con Javier, de lo contrario, te juro que jamás hubiera hecho nada.

—Lo sé, eres demasiado buena y leal, aunque ese monstruo no se lo merezca, mira que contratar un actor para engañarte, y lo que te hizo la madre no tiene perdón divino.

—A final de cuentas el destino se burla de mí, pues don Javier intervino y lo que se pretendía que fuera una boda falsa, resultó ser legal, así que ahora estoy atada a un hombre al que aborrezco y el cual insiste en que estemos juntos.

—¿En verdad no existe ni una posibilidad?

—¿Cómo puedes pensarlo siquiera después de lo que acabo de contarte?

—Bueno, si lo que Javier dice es verdad, el hombre no sabía lo que su madre te hizo. Sí, se portó como un cobarde, pero...

—¡Pero nada! —Fue tajante—. No quiero tener nada que ver con él en lo que me resta de vida. No solo es el bebé, es todo lo que me dijo esa maldita tarde en que lo descubrí en *mi cama* y en *mi casa* revolcándose con otra. Es demasiado... —No pudo evitar derrumbarse.

—Quieres hablar de lo qué pasó ese día; nunca has entrado en detalles al respecto y yo he respetado tu silencio. —La abrazó.

Aquella terrible noche lluviosa, Maricela se había presentado en casa de su tía hecha una mar de llanto, acababa de descubrir a Javier en la cama con otra mujer y el muy cínico le había confesado que no estaban casados, que todo fue un montaje para acostarse con ella, pero que ya se había cansado de una mujer tan frígida y sosa.

—No entiendo qué hice para merecer esto, es como si tuviera un imán para atraer a los canallas.

—¿Lo dices también por el tipo que te acosaba en tu trabajo?

—Lo digo por Javier, Luis Alfredo, Manuel... Todos son iguales...

—¿Manuel? ¿Qué Manuel? —Maricela fue testigo de cómo el semblante de su tía cambiaba—. ¿Nuestro Manuel? ¿El de los ojos bonitos? ¿El hijo de don Benjamín y Amelia? ¿El...?

—¡Sí, ese Manuel! —La interrumpió molesta.

—Expíciate porque ya no te estoy entendiendo, ¿qué tiene que ver Manuel? ¿Aún

sigues resentida con él por lo que pasó ese verano? ¿Es por eso que sigue en tu lista de indeseables?

—¡No! Digo sí, ya ni sé... —Se puso de pie, desesperada—. Es él quien se quedó con mi trabajo y, no conforme con eso, también es el chico del bar...

—¿¡Qué!? —La tía Lena no cabía en su asombro—. ¿Cuándo volvió del extranjero? Hasta dónde yo sé, seguía de viaje por Europa. Amelia no deja de repetir lo orgullosa que está de su polluelo, incluso el otro día me la encontré en el mercado y no me comentó que hubiera regresado... —Entonces cayó en la cuenta de algo...—. ¿Te acostaste con Manuel Rodríguez? ¡No puedo creerlo! ¡Por fin! Ya era hora, eso sí que es justicia divina...

—¡Sí, me acosté con él y no sabes cómo me arrepiento! —gritó desesperada.

La casa de la tía Lena no estaba lejos del pueblo San Lázaro, por ende, tampoco de la hacienda de Las tres ánimas, propiedad de don José de Anda, donde hasta la fecha trabajan los padres de Manuel, por eso no le sorprendió que su tía estuviera al tanto de todo respecto a la familia Rodríguez.

—¿Por qué? ¿Tan malo fue? —La tía Lena la miró incrédula—. Siempre he tenido la impresión de que ese joven es muy apasionado, ya sabes lo que se dice, ¿no? —Sonrió al verla tan abochornada—. Que los hombres de campo son excelentes amantes y aunque él se licenció y es todo un chico de mundo, nunca dejará de ser hijo de la tierra. —Hizo un gesto pícaro.

—¡Tía! Hablar de eso es tan... ¡tan indecente! —alegó indignada.

—¡Claro que no! Deja ya de una vez las mojigaterías que te ha metido en la cabeza tu madre y cuéntame qué pasó, ¿qué hizo el pobre chico para ser merecedor del destierro?

—Ese es el problema, tía, él no hizo nada malo, al contrario, ¡fue maravilloso! Me hizo sentir tan... ¡Dios! —Se tapó el rostro con ambas manos para ocultar lo avergonzada que estaba—. Me hizo sentir tan deseada, atrevida... nunca me sentí tan... libre. —La miró afligida—. Me comporté con él como una auténtica fulana, y por eso no puedo volver a verlo, moriría de vergüenza.

—Uf, ya me habías preocupado. —La tía Lena soltó el aire—. Hija, entiende que la sexualidad no es sucia, ni tampoco te hace mala persona el desear entregarte a un hombre por el cual llevas esperando desde que eres una cría. Manuel es el amor de tu vida y el querer expresar tu amor por él de forma física no tiene nada de mezquino ni vergonzoso.

—¡Dios! ¿Qué estará pensando de mí?

—Seguro que estará fascinado por la mujer que descubrió en ti y desesperado por repetir la experiencia. —Sonrió de esa forma tan pícaro que era característica de ella.

—¡Tía!

—Vamos, hija, no seas tonta, los hombres y las mujeres actuales ya no son como antes. Manuel te quiere, ha esperado por ti demasiado tiempo y, por lo que sé, ha cumplido con las condiciones que le dio tu padre para otorgarle tu mano. Ahora tenemos un problema más grave que las tonterías con las que mi cuñada te ha llenado esa cabecita, y ese es que estás casada con otro...

—¿De qué estás hablando, tía? ¿Cuáles condiciones?

—Dada las miles de cosas que han pasado, no creo que tenga caso seguir ocultándolo. —Suspiró llena de nostalgia—. Aquella tarde de verano en que iban a encontrarse en las caballerizas de la hacienda de los De Anda, tu padre interceptó a Manuel y habló con él. Le dijo que tú eras una chica buena, una mujercita decente, hija de una de las familias más respetables de la zona y le recalcó las insondables diferencias que existían entre ambos.

»Le pidió que si en verdad tenía algo de afecto y respeto por ti, que te dejara en paz hasta ser digno de alguien como tú. No voy a aburrirte con todo el sermón que tu padre le soltó, lo que sí te diré es que le prometió que si en cinco años, Manuel cumplía con sus condiciones, le concedería tu mano.

—¿Qué? ¿Cómo es...?

—Lo sé, eso suena tan de la época feudal, pero así fue. Tu padre le exigió un título, fortuna y un futuro prometedor. ¿Sabes? Estoy segura de que mi hermanito aceptó darte en matrimonio a Manuel porque tenía la plena certeza que estaba pidiendo demasiado y que el joven hijo del capataz jamás podría cumplir con el trato.

—No entiendo nada... Si Manuel me quería, ¿entonces por qué no me dijo nada? Ahora sé por qué no acudió a nuestra cita aquella tarde, pero eso no justifica que lo vi besando a Johana.

—Respecto a lo primero, tu padre le exigió su palabra de caballero de que no te diría nada del trato hasta que se cumpliera el plazo. Y de lo segundo; ¿estás segura de quién besaba a quién?

—¿Qué quieres decir, tía?

—Johana se pasó todo ese verano detrás de él, y me consta que Manuel la esquivó con faena monumental, así que no me extrañaría que allí hubiera gato encerrado. Valdría la pena que escuches al chico, quizá te sorprenda lo que él tiene que contarte.

—¡Dios! ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

En su cabeza, las palabras que él le dedicó cobraron sentido. «He tenido que luchar y esforzarme como un loco porque mi objetivo amado estaba demasiado alto, y ahora que te he encontrado, he venido a reclamar lo que es mío».

Comprendió que Manuel no hablaba del puesto de trabajo, sino de ella. ¡Ella era ese objetivo amado que él consideraba demasiado alto! ¡Había regresado para pedir su mano! La posibilidad de que fuera verdad lo que su mente comenzaba a creer la hizo sentir todavía más avergonzada.

Manuel se había esforzado por salir adelante, por cumplir las absurdas condiciones que su padre le había exigido, y ahora era ella la que era indigna de un hombre así.

—Si yo hubiera sabido, jamás me habría dejado embaucar por Javier. —Comenzó a llorar con más fuerza—. Le entregué a ese imbécil mi virginidad cuando le correspondía a Manuel ser el primero y el único. Ahora menos que nunca puedo mirarlo a la cara, ya no tengo nada que ofrecerle...

—¡Ay, por Dios! No estás hablando en serio, ¿verdad?

—¿Cómo pude ser tan tonta? Cuando Manuel me dijo que se iba de intercambio al extranjero y lo vi con Johana, di por hecho que yo no le importaba. Soy una estúpida, me merezco lo que me pasó por orgullosa y soberbia, por creer que podía contra el mundo.

—Deja de decir sandeces. Estamos en el siglo XXI y las mujeres valemos por lo que somos y no por lo que tengamos que ofrecer...

—Tía, estoy rendida, ¿te molesta si me retiro ya?

«Está bien, pequeña, huye por ahora, que ya ajustaremos cuentas». Sin embargo, en voz alta expresó:

—Por supuesto, descansa, querida, ya mañana será otro día.

—Gracias, tía. No sabes cómo te agradezco que me recibas en tu casa.

—No agradezcas, ya sabes que este es tu hogar.

Se abrazaron, y Maricela huyó a la quietud de su antigua habitación.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente, y cansada de dar vueltas sin poder conciliar el sueño en toda la noche, Maricela salió a caminar por la playa. Por más que lo intentaba no podía evitar sentirse la peor de las mujeres, solo a ella podía pasarle algo así, enamorada de un hombre y casada con otro.

El móvil comenzó a sonar, tenía incontables llamadas perdidas de Irina, de la oficina y de un número desconocido que suponía que era de Manuel. No contestó a ninguna y volvió a apagar el aparato.

Cuando entró en la casa, su tía ya tenía listo el desayuno.

—Hola, bonita, ¿te sientes mejor? —saludó con una sonrisa mientras servía los huevos americanos.

—Un poco más despejada, pero no, no estoy nada bien.

—Ay, bonita, no sabes cómo quisiera poder tener una varita mágica y con ella solucionar los problemas de las personas a las que quiero.

—Yo también, pero no hay magia que arregle el embrollo en el que estoy metida. No tengo empleo, estoy enamorada de un hombre y casada con otro...

—Tienes que ver por ti misma, sino terminarás por volverte loca. Mírate en mi espejo, dejé que mi padre me manipulara y por tonta perdí al amor de mi vida, dos veces.

—¿Algún día me dirás quién es ese misterioso alguien?

—No tiene caso, confórmate con saber que el amor, si no lo aprovechas, una vez que pasa, no vuelve.

—No sé, tía, estoy muy confundida, Manuel nunca me perdonará lo que he hecho...

—Si en verdad te quiere, lo hará.

—Javier sabía que yo me estaba reservando al matrimonio, que solo me entregaría a mi esposo. —Sonrió triste—. Trató de convencerme por todos los medios, incluso se burlaba de mis ideas arcaicas, de mi formación estricta en un colegio de monjas. Por eso ideó el plan de fingir una boda, me hizo creer que me amaba, no sé en qué estaba pensando para dejarme convencer... Actué de forma impulsiva y ahora tengo que pagar las consecuencias.

—No te atormentes con eso. Todos cometemos errores, y Javier supo jugar bien las cartas.

—Sí, me entregué a él sin reservas y qué conseguí; descubrirlo en la cama con una mujer *más experimentada y dispuesta*. El muy cínico me dijo que era una frígida, una mujer sosa que lo dejaba insatisfecho...

—Yo soy de la creencia de que no existen mujeres sosas, sino hombres que no saben explotar el potencial femenino que cada una llevamos dentro. ¿Me captas?

—¡Tía!

—¿Qué? ¿Vas a negarme que Manuel sí supo despertar a la fiera que hay en ti?

—No, es solo que... ¡Dios! ¿Por qué es tan difícil hablar de sexo?

—En realidad no lo es, yo siempre he hablado de mi sexualidad de forma libre.

—Sí, pero tú no creciste bajo el yugo de mis padres. Siempre me hicieron sentir que eso era sucio, que casi todo lo que me rodea es satánico. Incluso hasta la fecha me pregunto cómo es que nací si mis padres son unos mojigatos. ¿No seré adoptada?

—Cielo, tienes los mismos ojos de tu madre y el trasero de los González, así que ni como negar la cruz de tu parroquia. En cuanto a tus padres, sí, tienes razón, no sé qué le dio tu madre a mi hermano que lo cambió tanto. Jorge era alegre y un tanto rebelde; nada más

se casó y se volvió todo un santo, un verdadero *hombre ejemplar*.

—No lo sé, pero en cuanto supieron que Javier y yo vivíamos juntos, me desheredaron y echaron la tierra encima. Ni siquiera me dejaron explicarles que nos habíamos casado antes, bueno, al menos eso creía yo en ese tiempo.

—Qué embrollo. El hombre te hace creer que están casados para conseguirte, una vez obtenida, te despreció por no ser una zorra en la cama y te dejó sin miramientos. Ahora te persigue y ruega que vuelvas con él y resulta que sí están casados. Esto es para volverse loco.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer, bonita?

—No tengo la menor idea, tía.

—Tengo que ir al pueblo, ¿te apetece dar una vuelta?

—No, quiero estar sola. No te importa, ¿verdad?

—No, claro que no. Esta es tu casa.

Manuel estaba desesperado, había intentado por todos los medios localizar a Maricela, pero parecía que se la había tragado la tierra.

Al día siguiente de su aventura, fue a buscarla a su apartamento y no obtuvo respuesta a su llamado, el conserje le dijo que Mary había salido con maleta en mano por la mañana y que la chica que vivía con ella tampoco estaba en casa.

Sintiendo como la frustración se apoderaba de él, fue a buscarla a casa de sus padres, sin ningún resultado. Según le dijo la empleada doméstica, los patrones estaban de viaje con la hermana de la señora en Monterrey y que no sabía cuándo regresaban. También comentó que la señorita Maricela hacía tiempo que no los visitaba, pero no dijo el por qué, lo cual solo acrecentó las dudas de Manuel. ¿Mary había roto relación con sus padres? De ser así, ¿cuál sería el motivo?

Volvió al bar para encararla, pero le dijeron que Irina se había reportado enferma y que no se presentaría hasta el siguiente fin de semana.

—¡Demonios! —gritó al tiempo que golpeaba con los puños el volante de su automóvil.

Insistió en su teléfono varias veces más, y el resultado era el mismo, el aparato seguía apagado.

Volvió al apartamento de Maricela y por el conserje supo que aún no había regresado, pero que la chica que vivía con ella sí estaba en casa.

Le sorprendió que el nombre de la joven compañera de piso de Maricela fuera Irina, al menos ya sabía de dónde había sacado su alias. Entre otras cosas, la chica le dijo que Mary había salido de vacaciones y que no tenía la menor idea de dónde estaba ni cuándo volvería.

No sabía ya ni qué pensar, *desconcertado* era decir poco para explicar cómo se sentía. Maricela era todo un enigma; había renunciado a su trabajo con un temple y carácter que desconocía en ella, bailaba en un *table dance* los fines de semana, en la cama se había portado desinhibida y muy, muy sensual. En definitiva, no era para nada el prototipo de mujer que creía, no encajaba para nada con el ideal de esposa que él tenía y a pesar de ello seguía queriéndola y deseándola como un loco.

No podía sacarse de la cabeza la única noche que estuvieron juntos. No conocía los motivos que orillaron a su chica buena a descarriar el camino, pero aunque su orgullo de

macho resultó seriamente herido al comprender que su amada, la que creyó suya, había entregado su inocencia a sabrá Dios quién y a cuántos, aun así, estaba dispuesto a sacarla de la mala vida y regresarla al buen sendero para hacer de ella una señora respetable.

Maricela pasó los siguientes días reflexionando y tratando de lidiar con sus demonios. Sabía que no podía huir eternamente de Manuel y que tenía que plantarle cara a Javier. Decidida a dar los primeros pasos, esa mañana encendió el móvil y llamó a la licenciada que le estaba llevando el caso de su empleo.

—Hola, Alicia, buenos días.

—*Hola, Mary, aún no tengo novedades, en cuanto...*

—No, no te llamo por eso, en realidad quisiera consultarte otro asunto.

—*En ese caso, estoy a tus órdenes, ¿en qué puedo ayudarte?*

—Es sobre mi matrimonio...

—*¿Qué? Cuando te tomamos tus datos, dijiste que eras soltera...*

—Es una larga historia, por eso necesito de tu ayuda y consejo...

Durante los siguientes minutos relató cómo se dieron los hechos y escuchó atenta las instrucciones de la abogada. Después de hablar con Alicia se sentía más tranquila, al parecer tenía todo a su favor y ni el dinero ni prestigio de su suegro podrían evitar que el divorcio se llevase a cabo.

Aún tenía el teléfono en las manos cuando éste comenzó a sonar, al ver el identificador, descubrió aliviada que era Irina.

—Hola, ¿todo bien?

—*Eso es lo que quiero que tú me digas, desapareciste como una fugitiva y no contestas mis llamadas ni mensajes, y luego está el tipo ese que viene a buscarte todos los días. Estoy muy preocupada por ti...*

—Ese Javier es un incordio, no entiende que me deje en paz.

—*No es Javier quien viene a buscarte...*

Maricela sintió el momento exacto en que su corazón dejó de latir para segundos después desbocarse en una loca carrera.

—¿Manuel?

—Sí, Manuel ojos bonitos...

—¿Qué le has dicho? —preguntó aterrada.

—*Qué le voy a decir si no sé nada, no contestas mis llamadas, no...*

—Perdón, tienes razón, me he portado muy mal contigo. Estoy en casa de mi tía Lena, pero mañana regreso a la ciudad. Te agradecería mucho que no le digas nada a Manuel si se pasa por el apartamento.

—*Está bien, lo que tú digas, pero tienes que decirme qué está pasando.*

—Sí, prometo que en cuanto llegue te contaré todo.

—*Hasta mañana entonces.*

Regresar al apartamento fue más difícil de lo que creyó, las paredes parecían ahogarla. Después de estar en el remanso de paz que era para ella la casa de su tía, aquello era como volver al caos.

Irina no estaba en casa, era hora de sus clases en la facultad, así que tenía tiempo para mentalizarse a lo que estaba por venir.

El móvil comenzó a sonarle, tenía incontables mensajes, entre ellos, unos cuantos de Cinthya.

—¡Dios! Entre tanto lío me olvidé por completo, debe estar pensando que soy la peor amiga.

Hoy

Cinthy:

¿Se puede saber qué demonios te pasa? Hace varios días que llegué y tú ni tus luces. Ya sé que estás ocupada por lo de tu ascenso, pero eso no es justificación para que desaparezcas del mapa sin dejar rastro. 11:15 a.m.

Maricela:

En verdad lo siento. Tienes toda la razón para estar enfadada, en mi defensa he de alegar que salí de la ciudad. Ya te contaré luego. ¿Cuándo te parece bien que nos veamos? 11:16 a.m.

Cinthy:

Estoy en la iglesia del padre David, he organizado un bazar con los vejesterios que había en mi armario. Ian se ofreció a ayudarme, y la verdad esto está de locos, jamás pensé que existiera tanta gente con el mismo mal gusto que mi madre, pero en fin. ¿Y tú? ¿Estás libre ahora o tengo que sacar cita en tu agenda con meses de antelación para poder verte? 11:17 a.m.

Maricela:

Lo acepto, ahora sí merezco todas tus pullas. Y no, por ahora estoy libre, digamos que estoy en una especie de vacaciones forzadas. 11:18 a.m.

Cinthy:

Vaya, me sorprendes, deben considerarte muy valiosa para, después del ascenso, darte unas merecidas vacaciones. Supongo que la idea es que regreses renovada y con todo para darle al trabajo, ¿no? Entonces deja de hacerte la tonta y lánzate para acá, que necesitamos toda la ayuda posible. El padre David está eufórico y yo, al borde de la histeria. Pero, bueno, eso no es novedad en mí. 11:19 a.m.

Maricela:

Ok. Voy para allá. Besos :* 11:20 a.m.

El ajetreo del bazar, aunado al ácido sentido del humor de Cinthy, la hizo olvidarse de sus problemas. Recordó por qué le encantaba estar con ella, su amiga tenía un don mágico para darle la vuelta a la adversidad. Deseaba quedarse a solas para poder contarle todo lo que le sucedía y pedirle consejo, pero no fue posible, Ian revoloteaba a su alrededor lleno de buen humor, y la camaradería que se formó entre los tres fue de los más dinámica y divertida.

Al llegar a su apartamento era pasada la media noche, Ian las había invitado a cenar y a dar una vuelta por la ciudad. Su ofrecimiento fue espontáneo y jovial, obviamente no pudieron ni quisieron rechazarlo.

Descendió del auto de Ian y se despidió de sus amigos. Quedó con Cinthy al día siguiente para ir a recoger a su novio Jake y a Bárbara al aeropuerto.

La entrada de su edificio estaba llena de autos, por lo que Ian la dejó unos cuantos metros adelante. Cuando caminaba por la acera, se percató de un vehículo que le pareció conocido y el corazón le dio un vuelco. Era demasiado tarde para volverse y, resignada, respiró hondo. Le ardía la cara de vergüenza ante la sola idea de volver a ver a Manuel.

«¡Dios! Debe estar agotado», pensó al verlo dormido en el asiento del auto. Se sintió culpable y mezquina al comprender que ella era la causante de su malestar. ¿Tanto le importaba que era capaz de acampar en su puerta para esperarla?

Con pesar, reconoció que en cuanto él conociera la verdad, se sentiría sumamente decepcionado, la abandonaría sin remordimiento alguno y la despreciaría por el resto de sus días.

—Al mal paso darle prisa —soltó, aceptando su cruel destino. Después tocó en el cristal de la ventanilla hasta que él despertó.

Manuel abrió los ojos, se preguntó cuánto tiempo había estado dormido; entonces reaccionó. Incrédulo, miró a Maricela, salió del auto como tromba y la encaró furioso.

—¿Se puede saber qué demonios pasa contigo? Después de hacernos el amor desapareces sin dejar rastro, no contestas mis llamadas ni mensajes y ve a qué hora estás llegando a tu casa. ¿Con quién estuviste? ¿Vienes del tugurio ese? —Sentía como la furia le calentaba la sangre.

—¿Quieres tranquilizarte un poco? Sé que tenemos que hablar, pero ahora es tarde y no quiero montar un espectáculo en la calle. Será mejor que te vayas, mañana...

—¡No! ¿Qué dijiste? A este ya me lo mareé con más mentiras, pues no, mujer, yo de aquí no me voy hasta que no me expliques qué sucede.

—Manuel, por favor, es tarde y estoy cansada.

La alusión de ella al cansancio físico lo sacó de quicio. Fulminándola con la mirada, preguntó apretando los dientes:

—¿De dónde vienes?

—Cinthy organizó un bazar para la parroquia del padre David y estuve ayudándola todo el día. Para compensar, Ian y ella me invitaron a cenar...

—Por Dios, mujer, vas a matarme de un ataque al corazón, ¿qué te cuesta contestar el maldito teléfono, eh? ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba?

—Lo siento, no pensé que te importara...

—¿Que no me importa? —Se pasó la mano por el cabello, incrédulo de lo que oía—. Mary, eres mi mujer. Como un carajo, ¡todo lo tuyo me importa!

Ella se quedó atónita ante tal afirmación, la vehemencia con la cual Manuel la reclamaba como suya la tomó por sorpresa, dejándola perpleja, y menos esperó que él la tomara entre sus brazos y la besara.

CAPÍTULO X

Maricela no pudo evitar derretirse ante la calidez de Manuel, él la hacía sentir especial, amada; correspondió a su beso con la misma intensidad, entonces la terrible realidad la golpeó, sacándola del hechizo. Ella no podía entregarse a él porque no era libre. Con esa horrible certeza, lo apartó.

—Será mejor que te vayas, es tarde.

—No, ya te dije que no me iré hasta que me sueltes toda la sopa, así que resígnate, bonita. Dame las llaves de tu apartamento y entremos, que está haciendo algo de frío.

Maricela optó por hacer lo que le pedía. Una vez dentro del apartamento, él no perdió tiempo y se lanzó a devorar sus labios. La acorraló contra la puerta y no la dejó ni respirar.

—Dime dónde está tu recámara —pidió entre besos y, levantándola en brazos, la llevó a la puerta que ella señaló. No estaba dispuesto a dejar que lo despidiera, ella era su mujer y cuanto antes le quedara claro, mejor.

Manuel se dedicó a amarla con todo su ser, desplegando la experiencia adquirida en oriente para volverla loca de placer. La besó hasta en sus más recónditos lugares, la torturó lenta, sensualmente, arrancándole gemidos y lágrimas. Mordió, succionó, tocó y marcó cada espacio de su piel para que no quedara en ella duda alguna de quien era su dueño, que no hubiera espacio para nadie más que él.

—Cada uno de mis besos es como un tatuaje y aunque quieras, jamás podrás borrarlos de tu cuerpo, eres mía.

Maricela no podía ni pensar, increíbles sacudidas la recorrían hasta en sus más pequeñas terminales nerviosas, bloqueándola a todo lo que no fuera el placer exquisito que su hombre le proporcionaba.

Su último pensamiento coherente antes de quedarse dormida fue que, pasara lo que pasara, Manuel era el amor de su vida.

Maricela despertó al sentir como una firme dureza se restregaba por su trasero y una mano callosa, mano de hombre que trabajó durante años la tierra, le acariciaba los senos. No necesitó volverse para saber de quién se trataba; Manuel le susurraba al oído palabras llenas de insinuación sexual mientras recorría su piel, estremeciéndola hasta las uñas de los pies...

—¿Qué harás hoy, bonita? ¿Te apetece que quedemos para comer? —preguntó sonriente mientras se vestía.

—No puedo, he quedado con Cinthya, vamos a ir al aeropuerto a recoger a su novio y a Bárbara. Lo siento, pero prometí pasar el día con ella.

No se perdía detalle del maravilloso cuerpo desnudo de Manuel mientras él se vestía. Por alguna extraña razón no se sentía inmoral al contemplarlo, al contrario, le parecía como si fuera lo más natural del mundo.

No pudo evitar pensar que con Javier nunca había sido así, con él nunca llegó al orgasmo y mucho menos se permitió contemplarlo embelesada, solo lo miró una vez, y eso había sido más por curiosidad que por cualquier otra cosa.

Un pensamiento la llevó a otro; tenía que contarle a Manuel la verdad. No podía basar su relación, o lo que fuera que tenían, en el engaño y la mentira por omisión.

—Es una lástima, me habría encantado llevarte al restaurante de mi amigo Facundo

Rossini, es el mejor chef de comida italiana que existe. Acaba de abrir una sucursal cerca de la oficina y me ha pedido que pase a darle el visto bueno.

—Tienes razón, es una lástima, pero estaré encantada en acompañarte otro día.

—Entonces su semblante cambió—. Manuel, tenemos que hablar, hay tanto que tengo que contarte... Yo...

—Ya habrá tiempo para eso, bonita. —La besó en los labios—. Se me hace tarde y todavía tengo que pasar por mi apartamento para cambiarme. Te llamaré cuando salga de la oficina para ver qué hacemos después, ¿te parece?

Asintió con la cabeza y, venciendo la timidez, se levantó de la cama para dirigirse al cuarto de baño. Aunque eran pocos los pasos que tenía que recorrer, los caminó de forma lenta y sensual, exhibiéndose para él. Nunca había hecho nada parecido, pero con Manuel se sentía poderosa, divina, capaz de todo.

Abrió el grifo del agua y, cuando la temperatura estuvo de su total agrado, se metió bajo la ducha. Tenía los ojos cerrados para evitar que le entrara la espuma del champú, cuando sintió las manos de él enjabonando su piel, en especial, la de sus senos.

—¿Que no se supone que tenías prisa por marcharte? Según dijiste, no querías llegar tarde a la oficina, y te recuerdo que todavía tienes que pasarte por tu casa para... cambiarte —concluyó entre jadeos.

—Por primera vez en mi vida, llegaré tarde al trabajo. Puedes estar orgullosa de ser la causante de ello, bonita.

—¿Estas segura de que el arribo del vuelo de tus amigos era por esta puerta?

—preguntó Maricela, impaciente, a Cinthya.

—Sí, quizá se retrasó un poco, voy a preguntar —contestó su amiga nerviosa.

Vio como Cinthya se encaminaba rumbo al mostrador cuando un joven atractivo la levantó en vilo y la besó. Bárbara se unió al par de tortolitos y, después de abrazarla, se dirigieron hacia ellos.

No pudo evitar mirar de reojo a Alex. No le sorprendió verlo con la mandíbula tensa y los labios en una fina línea, así como con los puños apretados.

—Tú debes de ser Jake —comentó, ofreciéndole una amistosa sonrisa al chico recién llegado—. Un gusto conocerte, soy Maricela González, amiga de Cinthya desde la guardería.

—¡*Mon Dieu!* Eso es mucho tiempo —respondió él con una sonrisa devastadora—. Jake Toussaint a sus pies, *mademoiselle*.

—Tenías razón, amiga, es adorable —expresó con ojos alegres; el chico francés le pareció un verdadero encanto. Pensó divertida en que por fin alguien le daría a Alex una dosis de su propia medicina. El hombre estaba que echaba humo de la rabia—. ¡Hola, Bárbara! ¿Cómo has estado? ¿Qué tal te fue con el gruñón del profesor...? ¿Jenkins?, si es así como se llama, ¿no? —Prefirió cambiar de tema.

—¡Ni lo menciones, *honey!* Estoy de vacaciones y lo que menos me apetece es hablar de cosas desagradables. *You know* —expresó la pelirroja con una amplia sonrisa, después miró a Alex—. *And you are?*

Maricela miró intrigada a las dos chicas, era obvio que Bárbara estaba fingiendo, de sobra sabía quién era Alex. Sospechó que ese par se traía algo entre manos, lo que no sabía era qué.

Observó en silencio como Cinthya, siguiéndole el juego a su amiga, los presentaba.

Decidió que cuestionaría más tarde a esas dos manipuladoras, por lo pronto se conformó con permanecer de espectadora y seguir al grupo hacia la salida.

Después de pasar un rato agradable en compañía de sus amigos, se retiró a su casa. Se excusó con Cinthya pretextando una emergencia en la oficina; había cambiado de parecer a última hora y le apetecía comer con Manuel. Rogó al cielo que no fuera tan tarde y que aún lograra alcanzarlo.

Se cambió de ropa como un rayo, optó por el típico vestido negro de coctel, ni demasiado elegante ni tampoco tan informal.

Al llegar al lugar, el hombre de la recepción le preguntó si la esperaban, a lo cual ella no tuvo reparos en mentir. ¿Desde cuándo se le había hecho tan fácil faltar a la verdad? Se preguntó qué le estaba pasando que hasta ella misma se desconocía.

El hombre la escoltó amablemente hasta la mesa, y casi le da un infarto al ver que Manuel no estaba solo, una mujer hermosa estaba con él y lo tomaba embelesada de las manos. Lo peor era que no se trataba de cualquier mujer; era Johana, la misma que los había separado seis veranos atrás.

—¡Vaya! Quería darte una sorpresa, pero la sorprendida he sido yo. —Se alegró de que su voz sonara firme. Los fulminó con la mirada, se dio media vuelta y se alejó lo más rápido que sus altos tacones y el sortear las mesas le permitieron.

Manuel se puso de pie como impulsado por un resorte, Johana lo tomó del brazo y, roja de vergüenza, preguntó:

—¿Te he causado problemas? ¿Estás con Mary?

—Es complicado...

—¿Por qué no me lo dijiste? Anda, ve tras ella antes de que sea demasiado tarde.

—Gracias, te veo luego.

—Claro, te llamo para quedar.

Manuel no le contestó, sin perder más tiempo salió tras Maricela.

—Mary, espera, por favor, escúchame.

Ella ya había parado un taxi y sin mirarlo se subió a la parte de atrás.

—¡Eres un cerdo! ¡Todos los malditos hombres son iguales! —le gritó mientras veía como se acercaba, cerró la puerta de golpe y le ordenó al chofer que se alejara de ahí cuanto antes.

Al llegar a su casa lloró como magdalena hasta que el dolor comenzó a transformarse en rabia. Una vez más la habían engañado. Se recriminó por ser tan crédula y estúpida.

Se puso en pie para ir a la cocina por un té y tropezó con la maleta, fue como un mudo recordatorio que tenía que alistarse para la boda de Dante y Lizzy. No podía fallarle a su amiga por mucho que le apeteciera quedarse en casa lamentándose de sus múltiples tragedias griegas.

El teléfono no paraba de sonar, tanto el de casa como el móvil, por lo que comprendió que Manuel no se daría por vencido, lo mejor era ponerle un alto.

—Deja de llamarme o desconectaré los aparatos.

—*Tenemos que hablar y lo sabes.*

—¿Qué me vas a decir? Qué no es lo que parece... a otro perro con ese hueso.

—*Mary, espera no cuelgues...*

Furiosa, arrancó el aparato del cable de la línea telefónica y apagó el móvil. Sabía que no tenía derecho a estar celosa, pero no podía evitarlo. Se preguntó en qué momento su vida se había vuelto tan tormentosa.

Más tarde estaba decidiendo qué ropa llevar cuando escuchó sonar el teléfono móvil, lo había encendido para hablar con la licenciada Alicia y había olvidado apagarlo, vaciló unos instantes, entonces miró la pantalla, era Cinthya.

—¿Se puede saber por qué demonios no contestas?

—Lo siento, me quedé sin batería. —«Te estás volviendo una mitómana descarada», se reprendió.

—*Los chicos y yo vamos a salir, te pasé por WhatsApp la ubicación del pub al que vamos, te veo allí a las nueve, y nada de pretextos.*

—Pero...

—*Pero nada, ponte bonita y nos vemos a la hora señalada.*

—Está bien, no faltaré.

No estaba muy segura de querer asistir, pero comprendió que encerrada en casa no solucionaría nada y solo conseguiría deprimirse más. No podía dejar de pensar en Manuel y Johana juntos, y eso no era bueno para su mente ni su hígado.

En ese momento, Irina llegó a casa acompañada por Joe. Las chicas como siempre desprendían alegría y pasión por la vida, venían de comer y más tarde irían a ver una película al cine. La invitaron a unirse al plan, pero ella declinó. Les comentó sin mucho entusiasmo que ya había quedado.

—¿Quién es el afortunado galán? —preguntó Joe, ansiosa y revoloteando las manos.

—No es esa clase de plan, amiga —comentó revolviendo la ropa en su armario en busca de cualquier cosa que cumpliera con el compromiso.

—No importa, las citas que no son citas son las mejores, créeme. —Se acercó a ella y comenzó a buscar en las perchas—. No, no, no... ¿Nada? ¡Definitivamente tienes que mejorar tu guardarropa, chica! Recuerda que fuera de la oficina esto no sirve. —Señaló los trajes sastre con fingido desprecio—. Ven, tengo una idea.

Sin que Maricela pudiera evitarlo, se vio arrastrada por sus amigas al cuarto de Irina. En un santiamén la cama estaba cubierta por vestidos y las prendas seguían volando fuera del armario.

Dejó que sus locas amigas hicieran con ella lo que les diera la gana, necesitaba sentirse femenina, bonita, al menos por un rato. Las heridas infringidas por Javier a su autoestima volvieron a sangrar. ¿Por qué los hombres siempre la dejaban para estar con otra más sofisticada y *experimentada*?

Se miró en el espejo, sorprendida por su apariencia, en nada se parecía a la chica castaña, ordinaria y del montón. Su cabello resplandecía en grandes ondas y sus ojos con la combinación de sombras ahumadas parecían enormes, bellos, misteriosos, capaz de hechizar al mismo diablo.

Con renovada confianza se despidió de sus hadas madrinas y salió rumbo al pub dispuesta a pasarse una noche agradable entre amigos.

—Ya basta de auto compadecerse, hoy es hoy —se dijo en la puerta del pub para infundirse valor al tiempo que las palabras de Joe aún resonaban en su cabeza: «Cuando la mujer es cabrona, hasta el diablo le tiene miedo, así que, chica, ¡a comerse el mundo antes que el mundo nos coma!»

—¡Hola a todos! —saludó con una sonrisa y tomó asiento junto a Cinthya y Jake. El mesero no tardó en tomarle la orden.

—¡*Mon Dieu!*, sí que somos afortunados, *mon ami*. —Jake se dirigió a Alex e Ian—. Tenemos junto a nosotros a las chicas más bellas de toda la ciudad. Brindo por ello.

¡*Santé!* —propuso, y los demás se unieron a coro.

—Tú sabías de la subasta y no dijiste nada. —Karla, la remilgada novia de Alex, acusaba a su hermano Ian evidenciando el disgusto que le causaba la situación.

Esa noche, un grupo de chicos y chicas de la carrera de oncología en la UNAM³ serían subastados para recaudar fondos para una clínica especializada en niños.

—¡Juro que soy inocente! —se defendió Ian mostrando una encantadora sonrisa—. En verdad, hermanita, no lo sabía, pero ya que estamos aquí, disfrutemos, que esto apenas comienza.

—No estarás pensando en pujar, ¿o sí, *darling?* —La pelirroja frunció el ceño.

Divertida, Maricela observó como Bárbara e Ian iniciaban una guerra dialéctica sobre los chicos y chicas subastados.

Sin poder evitarlo, pensó en Manuel, ella se había marchado del restaurante como una cobarde, sin darle oportunidad de hablar, de explicarse..., y aunque estuviera con otra, ¿qué? Al menos él sí era libre.

El irresistible acento de Jake la sacó de sus pensamientos.

—*Mon ami*, recuerda que por muy Sansón que seas, siempre habrá una Dalila que corte tu cabello.

Aunque Jake le hablaba a Ian, Maricela se cuestionó si sería ella la única que había notado el intercambio de miradas entre el chico francés y Karla. Fue un instante tan breve, y cada uno volvió a sus papeles, que pensó que quizá lo había imaginado.

«¿Jake y Karla juntos?». Eso le pareció absurdo, era tan probable como que se helara el infierno.

Paseó su mirada por el lugar con atención y casi le da un infarto al descubrir a Manuel instalado en la mesa del fondo, pero no estaba solo, Johana Montalbán estaba con él.

Volvió la cabeza de inmediato, lo que menos le apetecía era que la descubrieran mirándolos. Todo parecía indicar que no la habían visto. por lo que ella se limitó a fingir que no se había percatado de su presencia.

«¡Dios!, ¿qué hago?». Miles de excusas para marcharse desfilaron por su cabeza. De pronto cayó en cuenta de algo que la dejó paralizada. «Se lo va a decir, si es que no lo hizo ya». Pensó en que lo más probable era que a esas horas Johana ya le hubiera contado que ella estaba casada con su primo Javier, y eso la llenó de pánico.

«Quizá es mejor así». Manuel nunca le perdonaría lo que había hecho y menos aún que no le dijera la verdad. En su defensa podía alegar que ella había tratado de mantener las distancias y de hablar con él. Aunque dado lo que había pasado la noche anterior y en la mañana en la ducha, sabía que eso era un argumento frágil.

3 Universidad Nacional Autónoma de México.

CAPÍTULO XI

Sin poder evitarlo, dirigió una discreta mirada a la pareja de la mesa del fondo para evaluar el terreno, Manuel parecía un poco incómodo, pero para nada en actitud romántica, en cambio Johana no podía verse más insinuante, enroscando un mechón de su rubia cabellera en un dedo, era obvio que estaba de cacería y Manuel era la presa.

En ese momento, Jake le preguntó algo, pero como la locutora explicaba la dinámica y realizaba el sorteo para ver qué grupo de chicos sería subastado primero, era imposible escucharse, por lo que él se acercó para hablarle al oído.

—Podrías decirme qué significa esto. —Señaló Jake el menú de cervezas artesanales—. No entiendo.

Ahora le tocó a ella acercarse.

—Se refiere a un tipo de cerveza típica de la región, la cual no contiene alcohol.

Sintió sobre ella el peso de una mirada. Al levantar la vista por encima del hombro de Jake, quedó petrificada ante la evidente rabia que vio en el rostro de Manuel.

«¡Dios! ¡Ya lo sabe!», pensó aterrada. En ese momento, Cinthya y Bárbara se excusaron para ir al sanitario.

—Voy con ustedes. —Agradeció al cielo, no podía ser más oportuna esa forma de salir huyendo.

Cuando él se puso en pie y se encaminó hacia su mesa, el pánico se apoderó de ella, sabía que era cobarde de su parte, pero necesitaba un respiro para planear la estrategia a seguir para evitar montar un escándalo. Nadie, absolutamente nadie en esa mesa, sabía que estaba casada, se corrigió, *bien casada*.

Entró al sanitario de damas rogando al cielo que al señor encanto no se le ocurriera aparcar en su mesa. Más que los celos que sentía al verlo con Johana, la mataba el terror al pensar en su inminente rechazo.

Trató de disimular delante de sus amigas, Cinthya advertía a Bárbara sobre Ian y la pelirroja se mofaba de lo que consideró absurdo.

—*Are you kidding?* ¿Olvidas que estás hablando con la reina de los sinvergüenzas? —Levantó una ceja mientras se pintaba los labios frente al enorme espejo—. *Anyway*, déjate de palabrerías y dime la verdad, ¿qué es lo que te tiene tan de malas?

—Yo... no es nada, ya sabes cómo soy. Y como dice un sabio dicho popular: «Si no puedes ser feliz, asegúrate de que los que te rodean tampoco lo sean».

Una vez más, Maricela adoró el bendito sarcasmo de su amiga Cinthya.

—¿De qué rayos estás hablando? Claro que ese *dicho* no existe, te lo acabas de sacar de la manga para justificar tu amargura. —Sonrió y le dio un suave golpe en el hombro.

—¿Y tú qué? Tampoco cantas mal las rancheras, ¿eh? ¿Acaso crees que no me he percatado que algo te pasa? —La mirada suspicaz de Cinthya parecía traspasarla y llegar hasta las fibras más sensibles de su alma—. Así que suéltalo, ¿qué te tiene así, Mary?

—No te preocupes, lo de siempre, broncas en el trabajo. —Agitó la mano como restándole importancia. «Contrólate, chica, no es el mejor momento para contarles tus penas», se dijo y se obligó a no mostrar su desconcierto.

—¿Tiene algo que ver con tu ascenso? —Cinthya la miraba con desconfianza.

—Prefería no hablar de ello por ahora. Estamos aquí para divertirnos, ¿no? —Se forzó a sonreír y desviar la conversación.

El tocador estaba lleno, las chicas que iban a ser subastadas daban los últimos

retoques al maquillaje y peinado antes de salir al escenario. Algunas de ellas soltaron todo tipo de piropos refiriéndose a Alex.

«Grave error». Esperó ver la típica reacción explosiva de celos por parte de su amiga, pero esta no llegó, al contrario, Cinthya se enfrascó en una amigable conversación con ellas.

Lo demás transcurrió de forma muy rápida, pues cuando reaccionó, Cinthya abandonaba el cuarto de baño con dos de las estudiantes que, sin dejarle opción a fuga, la llevaron directo al escenario.

Las siguió sintiendo que las piernas le temblaban, el solo pensar en enfrentarse a un muy enfadado Manuel hacía que sintiera enormes deseos de salir corriendo.

Temblorosa, tomó asiento y respiró aliviada al ver que al menos él no estaba ahí. Sin poder evitarlo, dirigió su mirada hacia la mesa del rincón, la cual estaba vacía.

—Por cierto, ¿a que no crees quien estuvo aquí? —le preguntó Dante.

—No tengo ni la menor idea —mintió.

—Manuel, y te dejó sus saludos, dijo que era una pena el que no pudiera despedirse de ti, pero que tenía que marcharse, al parecer Johana tenía prisa.

«Sí, claro, le urgía un buen revolcón con esa mujer». Estaba por responder algo impersonal y frío cuando Lizzy gritó atónita:

—¡No puede ser!

—¿Qué? —Dante no disimuló su asombro ante la incredulidad que revelaba el rostro de su amada.

—¡Es Cinthya! —apenas si pudo hablar Lizzy y señaló—. Ahí, en el escenario...

—¿Qué demo...? ¿Cómo es que consiguió colarse entre las chicas subastadas? —El rostro de Dante era todo un poema—. No sé por qué me extraña. —Sacudió la cabeza—. Esa hermanita mía es la diosa del caos, una experta en meterse en líos.

A Maricela no le sorprendió que Cinthya ocasionara gran revuelo, los chicos de la mesa de al lado parecían empeñados en conseguirla a cualquier precio. Divertida, observó como Alex se ponía en pie, después de ofrecer el doble que sus rivales, la tomaba como todo un hombre de las cavernas, se la echaba al hombro y la sacaba del lugar ante la mirada incrédula de los presentes.

Cuando salieron en busca de Cinthya, se fijó en como ella y Alex se separaron de pronto, como si estuvieran haciendo algo indebido. Sus rostros estaban serios y en el cuerpo mostraban la evidente tensión que se sentía en el ambiente.

Se preguntó si era la única que se percataba de que la boda de Alex y Karla no se llevaría a cabo porque esa historia de dos ahora era de cuatro.

Lizzy se acercó a ella mientras Dante sermoneaba a su hermana.

—Por cierto, debido a la inesperada participación de Cinthya en la subasta, se me olvidó darte esto. —Le extendió un papel. Era una servilleta, la desdobló y no le sorprendió descubrir la letra de Manuel.

Huye todo lo que quieras, así sea en el mismo infierno, te encontraré. Tenemos que hablar, Johana es solo una buena amiga, coincidimos varias veces en el extranjero, acaba de volver al país y le apeteció verme. No te hagas telenovelas. Eres mía, sabes que es inevitable.

Levantó la vista con una mezcla de vergüenza y pánico, ¿sería posible que Johana no estuviera enterada de la nueva noticia y por eso no le mencionó nada? Pero ¿cuánto tiempo tardaría en averiguarlo? Solo bastaba una cena familiar o una llamada a su tía y todo se iría al garete. Tenía que hablar con Manuel antes que se enterara por un tercero, pues si

existía al menos una mínima esperanza de perdón, la perdería si él descubría el engaño por una boca ajena a la suya.

Lizzy la sacó de sus tormentosos pensamientos.

—No leí la nota, así que quita esa cara y deja de preocuparte. —Rio—. Tu secreto sigue a salvo. Lo que sea que te escribió Manuel es solo cosa de ustedes dos.

—No hay un *ustedes dos*.

—Pues no es esa la impresión que a mí me dio.

—Estaba con otra —espetó conteniendo su furia.

—¿Y? —Lizzy sonrió con picardía—. Dante tenía novia, y eso no evitó que termináramos juntos.

—Yo, él... Javier... —Se pasó la mano por el cabello, se sintió llena de impotencia por no poder explicarse. Ese no era el lugar ni el momento.

—No te estoy pidiendo explicaciones, si quieres hablar ya tendremos tiempo. Los dos son libres de hacer lo que les dé la gana y si lo hacen juntos, qué mejor, ¿no crees?

No pudo pensar en cuan equivocada estaba Lizzy, a diferencia de Manuel, ella no era libre. Sintió deseos de gritar de pura frustración mientras veía que su amiga, como siempre, se ponía de mediadora entre los caóticos hermanos De Anda.

—Cielo, Bárbara ya nos contó lo que pasó, así que tranquila. —Con su dulce y angelical voz, Lizzy logró, una vez más, calmar a la bestia, tomó a Cinthya de la cintura y juntas caminaron hacia el auto—. Será mejor que nos vayamos a otro sitio. Conozco un bonito lugar donde tienen karaoke. Es mi última noche de soltera en la ciudad y quiero pasarlo bien en compañía de mis mejores amigos.

Maricela estuvo a punto de declinar la invitación, lo que menos le apetecía era seguir de fiesta. El ver a Manuel, y sobre todo acompañado de esa bruja, la había dejado exhausta.

Estaba por pronunciar la excusa para marcharse cuando Cinthya le dijo al oído:

—Ni se te ocurra largarte, sé que algo te pasa, pero ya hablaremos. —La amenaza implícita en la voz de su amiga la relajó un poco, sabía que siempre contaría con ella y quizá podía aconsejarla.

De pronto recordó que Manuel había abandonado el lugar con la coqueta de Johana y los celos regresaron, decidió pasarlo bien a pesar de todo y cambió de actitud. Ya se encargaría la realidad en pasarle factura al día siguiente.

«Qué sea lo que tenga que ser. Que explote la bomba; como bien dijo Manuel, es inevitable».

Al terminar la juerga, Cinthya la convenció para que se quedara en su casa y no manejara sola por las calles de la ciudad hasta su apartamento.

Cansada de dar vueltas en la cama, decidió levantarse por un té. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que ni siquiera se percató de la llegada de su amiga a la cocina.

—Maricela, ¿qué haces levantada? —Cinthya no traía buen semblante.

—Fue muy amable de tu parte el invitarme a pasar la noche aquí para no conducir hasta mi casa, pero confieso que no podía dormir, y por lo visto no soy la única con la conciencia sucia. —Quiso bromear, pero al ver como el rostro de su amiga palidecía, se preocupó de verdad.

Aunque no lo quería reconocer, el verdadero motivo por el cual había aceptado quedarse era porque le aterraba la idea de que Manuel estuviera acampando en su puerta. Lo sabía, estaba posponiendo el momento de contarle la verdad, y eso la llenaba de

frustración.

«¿Tan segura estas de que te buscará? Ahora estará retozando alegre en los brazos de esa mujer», pensó apretando los labios, los celos la torturaban sin parar y por más que lo intentaba y aunque él le había asegurado que eran *solo amigos*, no podía sacarse de la cabeza la imagen de ellos juntos. Trató de convencerse de que eso no tenía por qué importunarla si a fin de cuentas ella no tenía ningún derecho sobre él ni sobre sí misma mientras no solucionara su situación.

—¿Por qué no puedes dormir? ¿Es por tu ascenso? No te tortures con eso, lo harás bien, nadie mejor que tú para ello. —La agradable voz de Cinthya la sacó de sus funestos pensamientos.

—Tienes razón, mi insomnio tiene algo que ver con el ascenso. Digamos que las cosas no han salido como esperaba, al contrario, pero no quiero hablar de eso por ahora, mejor cuéntame, ¿qué te tiene desvelada a ti?, al parecer es grave.

—¿Por qué lo dices?

—Porque traes una cara...

—Lo sé, yo...

—¿Qué te sucede?

—Que soy una muy mala persona, mi madre tiene razón, soy una mujerzuela de cascós ligeros. Un auténtico coyote calamidad, lo absurdo de lo absurdo.

—¿De qué rayos estás hablando? —Sonrió ante el dramatismo de su amiga.

—Sucede que la situación me ha rebasado, no sé por dónde empezar. —Cinthya se sentó frente a ella, con el semblante fruncido.

—¿Qué tal por el principio? —sugirió mientras se ponía en pie para preparar más té.

—Apelo al pacto de amigas.

—¿Tan grave es que ocupas mi secreto de confesión? —preguntó sorprendida, nunca había visto a Cinthya tan abatida.

—Juzga por ti misma. —Su amiga mostró una sonrisa irónica.

—De acuerdo. —Resignada, levantó su mano en juramento y recitó la frase que acordaron decir siempre que se apelara al pacto de silencio—: «Juro guardar y jamás revelar el secreto aquí encomendado».

—El problema, amiga...

Cinthya le contó cosas sobre su pasado que ella desconocía, incluida la manera tan cruel en que Rodrigo Chávez se había aprovechado de su vulnerabilidad para conseguirla, así como del rechazo de Alex.

No pudo evitar el sentir como propia la tristeza de la que durante toda su vida había sido su mejor amiga, por eso la abrazó y confortó mientras Cinthya vaciaba su alma.

Al final solo podía hacer eso, escucharla y apoyarla. Deseaba poder contarle sus propias penas, pero reconoció que ese no era el mejor momento. Ya tendrían oportunidad de hacerlo después.

Juntas se encaminaron a sus respectivas habitaciones con la esperanza de conciliar el sueño. Aunque Maricela sabía que para ella sería imposible, aún no se podía creer todo lo que su amiga le había contado. Al menos había surgido algo bueno en toda la triste historia, Cinthya y Alex por fin estaban juntos, solo esperaba que ese par espabilara para que pudieran salir bien librados de la que se les venía encima.

Al día siguiente estaban todos invitados al desayuno en casa de la familia De Anda antes de partir al rancho Las tres ánimas, propiedad del padre de Cinthya y donde se llevaría a cabo la boda de Dante y Lizzy.

Mientras se disponía a bajar para tomar sus alimentos juntos con los demás, cayó en cuenta que los padres de Manuel estarían en el rancho. Hasta donde ella sabía, don Benjamín seguía siendo el capaz y su esposa Amelia, el ama de llaves.

«¡Demonios! ¿Cómo no lo pensé antes? Manuel es amigo de Alex y Dante de toda la vida y sus padres son los encargados del rancho. Sería un verdadero milagro que él no estuviera allí, y hace tiempo que dejé de creer en la buena suerte». Tomó aire. «Tranquila, estás haciendo una tormenta en un vaso de agua. No vayas a la boda y ya está».

«Sí, pero es la boda de una de tus mejores amigas», le recriminó su voz interna.

«El sacrificio bien vale la pena». trató de darse ánimos para hablar con Lizzy.

Aterrada ante la idea de que Manuel o Johana pudieran montar un escándalo por lo de su matrimonio con Javier, pensó en miles de pretextos para negarse a asistir a la boda, pero en cuanto lo sugirió, tanto Lizzy como Cinthya se negaron en rotundo y solucionaron todos los pretextos que ponía, por lo que comprendió que no le quedaría de otra más que arriesgarse y enfrentar lo que viniera.

—No puedes faltar, eres una de mis damas de honor —había dicho Lizzy con voz chillona.

—¿Qué sucede, Mary? Tengo la impresión de que no estás siendo sincera con nosotras. —Cinthya la miraba con sospecha—. ¿Qué o quién te impide ir a la boda?

—No es eso, tienen razón, estoy un poco paranoica con todo eso del trabajo. Olvídenlo, por favor —pretextó resignada.

CAPÍTULO XII

Horas más tarde y después del ensayo de la boda, todos saborearon la exquisita cena preparada por Amelia, que consistió en pozole verde con pollo. El ánimo en general en la mesa del comedor del rancho de Las tres ánimas era festivo, pero Maricela se sentía incómoda ante la mirada amareto que estaba muy al pendiente de ella.

Había estado evadiendo a Manuel todo el tiempo. Aún no se sentía preparada para enfrentarlo, cada vez que sus miradas se encontraban, no podía evitar sentir vergüenza al pensar en los maravillosos momentos que habían compartido.

Era más que evidente que él tampoco había olvidado, la profundidad amareto de sus ojos estaba impregnada de promesas.

Incómoda, avergonzada y sonrosada hasta las uñas de los pies, se excusó para retirarse a dormir, no podía seguir bajo el escrutinio de esos ojos que conseguían descolocarla. Estaba exhausta de fingir. Cargar con el peso de un secreto como el de ella era realmente agotador.

El pretexto de la jaqueca pareció funcionar, pues nadie cuestionó su partida ni hizo comentario al respecto, al contrario, amables, le desearon buenas noches y siguieron con la amena conversación.

Aunque sabía que no podría dormir, se recostó en la cama. A los pocos minutos alguien llamó a su puerta, supuso que sería Cinthya para cerciorarse que estuviera bien. Ella solía hacer esa clase de cosas, pero al abrir la puerta casi de la un infarto al ver a Manuel.

—¿Qué haces aquí? —apenas si pudo preguntar.

—Como es obvio que has estado evitándome, no me quedó de otra. —Entró sin esperar a recibir invitación y cerró la puerta—. ¡Por Dios, mujer, ya ponle fin a esta absurda persecución! Estoy harto de seguirte los pasos y no alcanzarte. Ya deja de exagerar, ¡caramba! Ya te dije que Johana y yo solo somos amigos. Mientras estuve en el extranjero, coincidimos varias veces, y yo no sabía que regresó al país; el día del restaurante nos encontramos por casualidad...

—No me digas, ¿en el pub también se encontraron por casualidad? —Más ironía no podía contener su voz.

—No, estuve llamándote, pero como la señorita digna no quiso contestarme...

—Hizo una pausa, enfadado—. Si lo hubieras hecho, sabrías que quedamos en el pub, pero como amigos, incluso le dije que te llevaría conmigo, lo que menos esperaba era ver a *mi novia* divirtiéndose y coqueteando con un tipo que le su...

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —lo interrumpió indignada.

—¡Huiste! ¿Tan difícil era enfrentarme y decirme que el tipo que te susurraba al oído es el novio de Cinthya y que solo estabas divirtiéndote sanamente con tus amigos y no con una cita? ¿Por qué correr como una cobarde? ¿Tienes idea de lo que sentí cuando te vi cuchichear al oído con ese hombre?

—Yo... te vi con Johana y no supe qué pensar.

—¿No supiste qué pensar? —preguntó furioso—. ¿Acaso no me conoces? ¡Maldición, mujer! Sabes que soy un hombre de palabra, ¿cómo puedes suponer siquiera que yo volteé a ver a cualquier otra teniéndote a ti? ¡Eres *mi mujer*, vas a ser mi esposa! —Se pasó la mano por su oscuro cabello—. Ya sé que soy un simple ranchero de costumbres anticuadas que se ha esforzado por salir adelante, pero puedo darte una buena vida, juro que dejaré el alma en el trabajo para que nunca te falte nada...

—Lo sé, serás un excelente marido. —Tomó aire para darse valor y así poder

rechazarlo—. Sé del pacto y las horribles condiciones que te impuso mi padre para aceptar darte mi mano, y en verdad lo lamento, pero...

—¿Quién te lo dijo? ¿Acaso él...?

—No, fue la tía Lena quien me lo dijo. Mis padres y yo llevamos un tiempo distanciados, así que no creo que les importe lo que yo haga. Estoy segura de que mi padre lo hizo pensando que jamás conseguirías sus absurdos requisitos.

—¿Tú también lo dudas? ¿Me consideras un simple campesino de pocas entenderas?

—¡No! ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Solo me avergüenza la actitud tan soberbia de mi padre, es evidente que el corto de entendimiento es él, que no supo ver el potencial que hay dentro de ti. Eres capaz de comerte la luna en una quesadilla si así lo deseas.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema, mujer? ¿Por qué estamos discutiendo en lugar de hacer el amor?

—Manuel, yo no puedo aceptar casarme contigo, no merezco todos esos sacrificios que has hecho, eres un buen hombre que puede aspirar a algo mejor que yo.

Consternado, Manuel le tomó el rostro con ambas manos y depositó un beso tierno en sus labios.

—Si lo dices por ese tugurio, sé que te equivocaste, pero no me importa, estoy convencido de que juntos podremos con todo.

—No, yo...

—¿Estás tratando de decirme que no vas a dejar de bailar en ese lugar? —La fulminó con la mirada.

—¡Claro que no! ¡Ni loca vuelvo a pararme en ese lugar!

—¿Entonces?

—Manuel, yo... —Tomó aire, había llegado el momento—. No estoy segura de que...

Manuel presentía que Maricela iba a rechazarlo y no estaba dispuesto a permitirlo, algo dentro de sí le decía que ella le correspondía en sentimientos. Comprendía que estuviera llena de dudas, habían dejado de verse por cinco años, pero él la amaba y no descansaría hasta convertirla en su esposa.

Sin darle lugar a réplica, silenció sus labios con un beso lleno de rabia, frustración, lujuria, amor, deseo...

Las palabras «me aceptes y perdones después de saber lo que he hecho» murieron en su boca bajo el influjo de los seductores besos de Manuel, él recorría sus labios con lengua sedienta, devolviéndole la vida. La tomó en sus brazos, la depositó suavemente sobre la cama y se dedicó a amarla y besarla hasta dejarla sin aliento.

Manuel no estaba dispuesto a perderla, Maricela era suya, y ahora que la había marcado con la tinta indeleble de sus besos, su cuerpo y su ser le pertenecían. Nada ni nadie podría separarlos, de eso estaba seguro.

—Manuel, tienes que irte —le dijo cuando vio que él comenzaba a quedarse dormido.

—Lo sé, mis padres son muy conservadores y mi madre pondrá el grito en el cielo si sabe que he pasado la noche contigo sin estar al menos prometidos. —Se levantó con pereza y comenzó a vestirse.

—Manuel, yo... me siento avergonzada de esta situación, creo...

—No te preocupes, bonita, mañana lo solucionaremos. —La besó en la frente y

salió antes de que el deseo que comenzaba a invadirlo al verla despeinada y con las mejillas sonrosadas por la pasión vivida lo hiciera perder la razón y terminara quedándose hasta que amaneciera para hacerle el amor sin freno y de todas las formas posibles que le venían a la mente.

—Será una noche muy larga —se dijo Manuel mientras se alejaba por el pasillo.

Maricela se quedó en un estado de choque, por un lado, estaba más que feliz y satisfecha. Manuel era un gran hombre, el amor de su vida, se preguntó cómo era posible que pensara que lo que sentía por Javier era amor. Era obvio que no tenía ni la menor idea de lo que era realmente ese sentimiento hasta que llegó Manuel una vez más a su vida para ponerla de cabeza.

Por otro lado, el peso de su secreto cada vez se hacía más grande e imposible de controlar, era como una bola de nieve en una avalancha, que crece y crece hasta hacerse imparable y termina destruyendo todo a su paso.

Escuchó unos suaves golpes en su puerta, pensó en que se trataba de Manuel que seguro había decidido regresar. Molesta por su falta de tacto al ponerla en ese predicamento, se puso la bata y abrió furiosa, dispuesta a cantarle unas cuatro serenatas.

—¡Oh! —En cuanto vio a Cinthya parada en su puerta y con semblante de niña asustada, la reprimenda murió en su boca y cambió de actitud.

—¿Puedo dormir contigo? —pidió Cinthya con súplica.

—Sí, claro, pasa. —Se hizo a un lado para dejarla entrar—. ¿Puedo preguntarte el por qué?

—Temo que Alex me esté esperando en mi cama para pasar otra noche, juntos.

—Suspiró llena de frustración—. No puedo permitirlo, no mientras siga comprometido con doña Flauta.

—¿Por qué no se lo dices?

—Porque no confío en mí misma, me vuelvo masa moldeable al toque de sus manos y en cuanto me besa soy un zombie sin voluntad.

—Sé de qué hablas, a mí me pasa lo mismo con... —evitó pronunciar el nombre de aquel que llevaba tiempo atormentándola—. Olvídalo, no tiene caso.

—¿Lo extrañas?

De pronto un escalofrío la embargó. ¿Acaso Cinthya sabía lo que pasaba con Manuel?

—A Javier —concluyó su amiga.

—Ah, te refieres a él. —No pudo evitar sentir alivio. Por un momento temió que Cinthya sospechara lo que acababa de ocurrir. No pudo evitar mirar las sábanas revueltas y sonrojarse.

—¿A quién más si no? —La miró con duda—. ¿Hay algo que no me has contado?

—Es algo complicado, pero por ahora estamos hablando de ti y de Alex.

—Reconoció que su faena para evadir el tema era digna de un *olé*—. ¿Sabes? En un principio, sí, lo extrañaba como una demente. No fue nada fácil, lo pasé muy mal. —Esperó que con su evasiva, Cinthya dejara de cuestionarla sobre si había alguien más, aún no se sentía preparada para hablar de Manuel y lo que estaba sucediendo entre ellos.

—¿Entonces? ¿Por qué no lo perdonaste?

Maricela soltó el aire, más relajada, al parecer su estrategia había funcionado pues Cinthya se olvidó del otro asunto para centrarse en el engaño de Javier.

—Hay cosas imperdonables, Cinthya. La cama donde le entregas a tu pareja no solo tu cuerpo, sino la vida misma, es sagrada, y corromperla es un sacrilegio...

—¿Por qué? Solo se trata de sexo.

—Es más que eso, amiga, el día que te comprometas realmente con alguien lo comprenderás.

—¿Te arrepientes del tiempo que estuviste con él?

Maricela lo pensó por un momento, Cinthya estaba muy vulnerable, no podía decirle así como así lo que Javier le había hecho; no solo era la infidelidad, sino la traición al hacerle creer, con una boda falsa, que estaban casados. Ese era un secreto que aún no estaba preparada para revelar.

—No. Independientemente de lo que a mí me paso, arriégate, Cinthya, el amor vale la pena, eso te lo juro. —Se sorprendió de sus propias palabras, ojalá ella tuviera el valor de aplicar ese consejo en sí misma.

—¿Cómo hiciste para superarlo?

—Al principio, evitándolo. Sé que suena cobarde, quizá lo es, pero era la única forma que encontré para protegerme de mí misma y de la tentación a ceder. Después el tiempo se encargó de poner todo en su lugar, y ahora que me busca y ruega por una oportunidad, simplemente ya no me interesa.

—Espero que algún día yo pueda mirar a Alex sin sentir esto que me consume.

—¿En verdad es eso lo que quieres?

—Sí.

—Entonces lo harás, sé que lo conseguirás.

—Ojalá —respondió Cinthya, aun cuando sentía que su voz interior le decía que quizá no.

—Ven, vamos a la cama, mañana es el gran día de nuestra amiga y tenemos que estar lindas y descansadas. Nada de ojeras y piel ceniza. ¿De acuerdo?

La mañana transcurrió sumida en el caos propio de una boda, personas iban y venían con canastas llenas de flores y fruta, encargos y prisas.

Mientras Cinthya le colocaba la flor en el peinado, a las afueras de la capilla, Maricela no podía dejar de pensar en Manuel. Convencida de que lo perdería en cuanto supiera la verdad, decidió disfrutar su efímera felicidad mientras esta estuviera al alcance de su mano.

Tuvo que tragar saliva y cerciorarse de no tener la mandíbula hasta el suelo cuando lo vio acercarse; vestido de charro, Manuel era la presencia misma del hijo de la tierra, un hombre con olor al fresco del monte, impregnado de virilidad. Con las tradiciones metidas en la piel y la música vernácula corriendo por su sangre.

—Estás deslumbrante —le susurró él con voz ronca al oído—. Ni la flor más bella de estas praderas puede opacar tu natural belleza de mujer brava, hija de los campos y moldeada con el barro que bordea el río para deleite de los descendientes del maíz.

—Manuel, qué cosas dices, vas a hacer que me sonroje.

—¡Hey, ustedes dos! Ya tomen sus posiciones, que vamos a entrar —les ordenó Lucy, la coordinadora de bodas, al tiempo que daba instrucciones a los demás participantes del cortejo.

La ceremonia fue muy emotiva, Maricela observaba envidiosa como los novios intercambiaban sus votos y prometían mutua fidelidad a los pies del altar lleno de flores de alegres colores. El padre David les hablaba sobre el matrimonio, la familia y los valores morales de una forma muy especial. No pudo evitar que un par de lágrimas rodaran por sus mejillas.

—La nuestra será aún más hermosa. Confía en mí, bonita, me aseguraré de que

tengas la boda que siempre has deseado —le susurró Manuel al oído, emocionado hasta la médula.

Las palabras de su amado, lejos de alegrarla, la hicieron sentir una vez más una indigna farsante.

—Manuel, yo...

—Shhh. Guarda silencio, bonita, ¿o quieres que nos regañe el padre David como cuando éramos escuincles?

—No.

—Entonces solo disfruta mientras nuestro momento llega.

CAPÍTULO XIII

La comida estuvo exquisita, los chiles en nogada, las aguas frescas tradicionales, los dulces típicos de la región, la música, todo era como un sueño alegre. El tequila y el mezcal calentaban la sangre a los presentes con su respectiva sal de gusano.

Manuel bailó con ella en todo momento y casi no se apartó de su lado, en ocasiones la tomaba por la cintura y otras tantas le pasaba el brazo por lo hombros. Si alguien tenía dudas del tipo de relación que los unía, él parecía empeñado en aclararlas.

—Deja que me siente un momento, los pies están matándome. Por favor, ten piedad —bromeó Maricela después de terminar de bailar una pieza norteña.

—Está bien, ¿quién entiende a las mujeres? La mayoría se quejan de que a su hombre no le gusta bailar o que es pésimo para hacerlo, en cambio tú, que tienes todo un bailarador nato, lo desprecias.

—No seas exagerado, llevamos ya varias piezas, y tú no traes estas botas de tacón que son una verdadera tortura para mis pies.

—Eso no es problema, tú nada más ordena y yo te las quito. —La provocó al oído.

—¡Manuel! ¡Compórtate!

Una vez en la mesa, le extrañó no ver a sus amigas. Laura regresó con el semblante endurecido, y tras ella venían Alex y una llorosa Karla.

—¡Oh, no! Esto me huele a problemas. —Sin perder tiempo, se encaminó al interior de la casa. Una vez allí, una de las muchachas del servicio le dijo que la señorita Cinthya estaba en su habitación.

Al llegar, la puerta se abrió de forma intempestiva y por ella salió Cinthya seguida de Bárbara y Jake.

—¡Por Dios! ¿Qué pasó? Me asustan —los cuestionó preocupada.

—*Ma belle*, sucede que la bomba hizo *pum* y la madre de Cinthya nos ha pedido amablemente que abandonemos su casa —respondió Jake con su inconfundible acento francés.

—¿Qué?

—Lo que oyes, *honey*. Tenemos que largarnos cuanto antes. Como verás, Cinthya no está en condiciones ni de hablar, así que lo único que nos ha pedido es que ni Dante ni Lizzy se enteren de lo que ha pasado —comentó Bárbara.

—Nosotros los llevaremos al aeropuerto, ¿verdad, Manuel? —ofreció sin dudar.

—Claro, solo denme unos segundos y estaré con mi camioneta a la salida que da a las caballerizas, así nadie se dará cuenta.

Un par de horas después estaban de regreso, Maricela sentía el corazón hecho un nudo.

—No puedo creer que todo haya terminado tan mal. Alex y Cinthya se adoran, son el uno para el otro. ¡Qué injusta es la vida!

—Lo sé, espero que este mal entendido pueda arreglarse cuando se enfríen las cosas. Los dos son muy temperamentales, ya verás cómo, con un poco de tiempo, recapacitan.

—¿Y si no es así?

—Entonces no se aman lo suficiente. El amor, cuando es verdadero, es capaz de resistir todo, incluso la muerte.

Maricela deseó poder grabar sus palabras para recordárselas cuando llegara el momento, porque estaba segura que este llegaría. La licenciada Alicia le había hablado el

día anterior para decirle que el abogado de Javier Montalbán estaba poniendo demasiadas trabas para la junta de avenencia.

Por más que lo intentó, no logró convencer a Lizzy de que la partida de Cinthya había sido por un asunto de trabajo. No le quedó más remedio que contarle la verdad, a pesar de que le rogó que no le dijera nada a Dante, sabía que era pedir demasiado, pues su amiga no tenía secretos para él y ahora que eran marido y mujer sospechaba que sería peor.

—Sé que te pido demasiado, pero, por favor, Lizzy, guárdatelo al menos hasta que se vayan los invitados. Lo que menos quiere Cinthya es que Dante y Laura peleen por su causa.

El festejo terminó en un ambiente tranquilo y alegre. Lizzy se esforzó por ocultar su pesar y al parecer Dante no se dio cuenta de la verdad. No fue fácil convencerlo de que Cinthya trató por todos los medios de quedarse, pero que ese asunto de trabajo era de vital importancia para ella.

A la mañana siguiente se hizo un desayuno con los parientes e invitados más allegados. Después de terminar se reunieron en el porche a tomar el café, la mañana era fresca y agradable.

Maricela observó asustada como Manuel ocupaba asiento junto a ella, y no solo eso, con desfachatez la abrazó por los hombros y la besó de forma suave pero posesiva delante de todos. Con un carraspeo de garganta para llamar la atención de los allí reunidos dijo:

—Mamá, papá, aguarden un instante. —Sus padres también estaban presentes, aunque en ese momento se excusaban para retirarse y seguir con sus actividades diarias.

Don José no era de ese tipo de patrón que se negaba a compartir la mesa con sus empleados, y los Rodríguez eran como parte de la familia De Anda.

—Aprovechando que estamos todo reunidos. —Depositó un suave beso en la sien de una aterrada Maricela antes de ponerse de pie, sacó una cajita de terciopelo rojo y, poniéndose a una rodilla, dijo:

—Maricela González, ¿me concederías el honor de ser mi esposa?

Estaba petrificada, Maricela no sabía si llorar de alegría o pedir al cielo que la tierra se partiese y la devorase en ese preciso instante. La palidez de su rostro fue confundida con emoción por la sorpresa, ¡y vaya que estaba sorprendida!

—Yo... yo no... —las palabras «no puedo porque ya estoy casada» se negaban a salir de su boca.

—¡Esto es maravilloso, amiga! —chilló Lizzy rompiendo el incómodo silencio—. Sé cómo te sientes, a mí me pasó lo mismo con Dante.

Sin saber cómo sucedió, terminó con la sortija de Manuel en su dedo, una copa de champaña en la mano y miles de abrazos y felicitaciones por parte de todos los presentes. Quien más euforia y emoción mostró fue Amelia, que no paraba de repetir lo orgullosa que se sentía por su polluelo.

—No sabes la alegría que me da, hija. —La abrazó son verdadero afecto haciendo que Maricela se sintiera la peor de las embusteras—. Tu tía Lena y yo nos volveremos locas organizando la boda, porque se casaran aquí, ¿verdad?

La mujer comenzó a parlotear sobre flores, encajes, comida..., pero Maricela había dejado de oírla. ¿Cómo se había atrevido Manuel a anunciar su compromiso sin antes consultarlo con ella? La sorpresa dio paso a la furia.

—Tenemos que hablar —le dijo disimulando su enojo.

—Lo sé, pero ahora no es el momento, solo disfruta de la celebración, bonita. —La besó en los labios y sonrió de esa forma que le ponía a Maricela las piernas flojas como una

gelatina de limón.

—Propongo un brindis por los novios, por los recién casados y por lo que se prometieron hoy. ¡Salud! ¡Por el amor! —sugirió don José De Anda, levantando su copa en alto, con voz alegre y ajeno a todo el drama que se desarrollaba en torno a él y su familia.

Alex permanecía impávido y con el semblante sin expresión alguna, apenas si fue capaz de mascullar un «Felicidades» que a Maricela le supo ácido.

Una vez que estuvieron a solas y de regreso hacia la capital en la Range Rover de Manuel, Maricela no perdió el tiempo en enfrentarlo.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? Anunciar nuestro compromiso sin consultármelo antes...

—¿Sin consultártelo? Mujer, llevo días diciéndotelo, es más, semanas, así que no entiendo...

—¡No, no entiendes nada!

—¿Qué es lo que tengo que entender? —Su tono de voz y sus facciones se endurecieron ante las miles de ideas que revoloteaban por su mente—. ¿Soy lo suficientemente bueno para ti en la cama pero no para ser tu esposo? ¿Es eso, Maricela? ¿Te avergüenzas de mí? —gritó.

—¿Cómo puedes pensarlo siquiera?

—Explícame entonces qué es... Tu padre me dejó muy en claro que no me dejaría cortejarte hasta no ser digno de ti.

—¿Todavía sigues con eso atravesado? Olvídalo, no es lo que me impide aceptarte.

—¿Entonces? —La miró con esa expresión de niño bueno que solía derretirle hasta los pensamientos.

Conmovida hasta la médula, no pudo evitar que un par de lágrimas rodaran por sus mejillas al recordar el por qué no podía casarse con él. «Maldito Javier y sus tretas».

—Manuel, lo siento, yo no puedo casarme contigo por...

—¿Acaso es porque aún sigues enfadada por lo que pasó en SAACSA? —Sonrió más tranquilo, se preguntó cómo no se le había ocurrido antes que por ahí iba el asunto—. Vamos, mujer, ya te aclaré que yo no sabía lo que el cerdo de Luis Alfredo pretendía. Ya Claudia me puso al tanto de todo...

—¿Qué? Esa mujer no sabe mantener la boca cerrada —espetó, dolida de que su amiga se pusiera de parte del enemigo.

—No te enojas con ella, no tienes idea de lo que tuve que hostigarla para que soltara la lengua. Por desgracia firmé contrato por un año, pero en cuanto pueda, saldré de esa horrible empresa, no quiero ser parte de esa gente. Ahora que sé de lo que son capaces, no me fío. Solo necesito un poco más de dinero para poder independizarme, entonces tu y yo podremos hacer algo en grande, bonita. Formaremos un consorcio de asesoría fiscal y mercantil, con tu experiencia y la mía haremos maravillas, ya lo verás.

—Suena maravilloso, pero no cuentes conmigo.

—Pero qué terca eres, mujer. Ya deja el orgullo de lado. Conmigo trabajarás hombro con hombro, nadie será más ni menos que el otro. Lo juro.

—Lo sé, me consta que eres todo un caballero.

—Entonces abandona tus absurdos temores y acepta tu destino, señora Rodríguez.

Maricela estaba aterrada, vivía en constante estado de pánico y tensión. La licenciada Alicia le había aconsejado seguir adelante con sus planes de boda con Manuel, le dijo que le pidiera un par de meses y que con eso bastaría para tener listo el divorcio; que por más que el abogado contrario se esforzaba, sus causales no procedían y su libertad

pronto sería un hecho.

Aunque lo intentaba, no lograba relajarse, había tratado de hablar con Manuel un sinnúmero de veces, pero siempre parecía no ser el momento idóneo; o el maldito teléfono sonaba o algo, o alguien los interrumpía, lo cual la tenía al borde de la histeria.

Necesitaba hablar con alguien de confianza, alguien que la quisiera y aconsejara, pero ¿con quién? Su madre la despreciaba, Cinthya estaba sumida en un estado de depresión tal que en esos momentos no era la mejor consejera, Lizzy estaba de luna de miel, así que estaba sola. Se sentía al límite de su resistencia, pronto estallaría, lo sabía.

Entonces recordó a su tía Lena. Sí, ella no solo la escucharía, sino que además la aconsejaría.

Manuel no cesaba en colmarla de atenciones y mimos, sus encuentros eran cada vez más apasionados y maravillosos, la dejaba sin aliento y satisfecha a más no poder, pero no podía evitar sentir que lo estaba traicionando.

—¡Dios! ¡Voy a volverme loca! —gritó mientras metía, frenética, las prendas en la maleta.

Sin perder tiempo, llamó a su tía para avisarle, también aprovechó para mandarle un mensaje a Manuel por WhatsApp.

Voy a pasar unos días con la tía Lena, he estado muy presionada con el asunto de la demanda en contra de los señores Hernández y necesito un relax.

CAPÍTULO XIV

Al instante, el móvil de Maricela comenzó a sonar. «No sé porque pensé que él se conformaría con un mensaje de texto, cuando es obvio que no».

—¿Si? —contestó resignada.

—*Bonita, ¿no puedes esperar al fin de semana? Yo te llevo, sirve que aprovecho para visitar a mis padres.*

—La verdad es que quisiera irme ya, no me he sentido muy bien y el aire fresco me caerá de maravilla.

—*Está bien, bonita, te alcanzaré el fin de semana, saludos a tu tía de mi parte.*

—Por supuesto, le dará gusto verte.

Los días siguientes estuvo más que tranquila, su tía Lena la había escuchado en silencio y sin interrumpirla. Había conseguido tranquilizarla respecto a sus temores asegurándole que Manuel comprendería que ella no tenía culpa de las intrigas de Javier y sobre todo que el divorcio era prácticamente un hecho.

El optimismo de su tía la había contagiado, incluso se animó a acompañarla al pueblo y pasear por la plaza.

Un mañana, coincidieron con Amelia en el mercado, ella no perdía oportunidad de presumirle a todo el mundo a su nuera. Maricela se sentía abrumada, como si estuviera ocupando un lugar que no le correspondía. La madre de Manuel la trataba con tanto cariño que eso solo acrecentaba su sentimiento de culpa.

Lo que pretendía que fueran solo unos días en casa de su tía, se prolongó un par de semanas más. Manuel la visitaba los fines de semana y, como todo un caballero, no se quedaba a dormir con ella, sino que regresaba por las noches a la casa de sus padres en espera de verla al día siguiente como todo un novio formal.

—¿Ya hablaste con él? —preguntó la tía Lena mientras ponía las bolsas de la compra sobre la encimera.

—No, lo intenté, pero él no me dejó, es como si adivinara que lo que tengo que decir no va a gustarle. Sé que suena absurdo, pero así es, nada más hago referencia a mi pasado y cambia de tema o... —se sonrojó—. M besa para callarme y hace que todo excepto él se me olvide.

—Tienes que hacerlo ya, antes de que sea demasiado tarde.

—Lo sé, por eso he decidido regresar, mañana hablaré con él sin falta.

—¿Segura que estás bien? Te noto pálida y has perdido peso. —Manuel la escudriñó preocupado nada más verla. Había reservado mesa en el restaurante de su amigo para celebrar el compromiso, pero no le importaba quedarse en casa si ella no estaba en condiciones.

—No te preocupes, son solo los nervios de la boda —comentó como quitándole importancia a que ya llevaba varios días sintiéndose extraña y un poco enferma del estómago. Tomó su bolso y salió, por nada del mundo le apetecía quedarse en casa.

Manuel la siguió resignado por el largo pasillo rumbo a la calle.

—Si no quieres que vayamos, lo llamo a Facundo para cancelar. —Sugirió al ver la palidez de su rostro.

—Tranquilo, ya te dije que no es nada. —Subió al automóvil mientras él le sostenía la puerta como todo un caballero.

—Sí tú lo dices —comentó nada convencido.

En cuanto el mesero colocó los aromáticos platillos sobre la mesa, Maricela no pudo contener el fuerte mareo y las terribles arcadas. Sin perder tiempo y, dando todo un espectáculo, corrió al cuarto de baño para vaciar el estómago.

—¡Maldición! —«Desde que regresamos de Las tres ánimas no me siento nada bien. ¿Será gastritis? Y cómo no, si con el estrés que vivo no es para menos».

Más repuesta, salió y no le sorprendió ver a Manuel esperándola recargado en la pared de enfrente.

—En este momento nos vamos al hospital, y no acepto un «no» por respuesta. —La sujetó por el brazo, suave pero firme.

—Pero ya pasó, seguro que es mi vieja aflicción de la gastritis, ya verás cómo mañana estaré bien. Tú sabes que el asunto de la demanda me tiene sometida a mucho estrés, los señores Hernández son un hueso duro de roer. No sé lo que pasará contigo cuando se enteren de que estamos juntos, sé que no les agradará nada...

—Lo siento, señorita, pero aunque me cambies de tema, no estaré tranquilo hasta escuchar de un profesional de la salud que todo en ti está correcto. Y en cuanto a mi trabajo, no te preocupes, quizá hasta me convenga que me despidan, ya lidiaré con ese problema cuando se presente.

Maricela decidió que no tenía caso discutir, Manuel era más terco que una mula y cuando algo se le metía en la cabeza, no había poder humano que lo sacara de su empeño.

—¿Y bien? ¿Qué tiene mi mujer? ¿Es algo grave, Jesús? —cuestionó Manuel al médico, que resultó ser su amigo de la facultad, pues aunque Jesús Pérez estudiaba medicina y ellos administración, este se juntaba con su grupo, al cual también pertenecía su primo Ramón.

—Felicidades, Manuel, tu prometida está embarazada.

—¿Qué? Eso no es posible —espetó Maricela incrédula.

—Claro que lo es, los estudios no mienten. —Sonrió, confundido por la actitud de ella.

—¡No! Tiene que rectificar esos estudios porque el resultado es falso, investigue con su personal y verá que alguien cambió el expediente o algo así. —La respuesta de Maricela fue brusca, incluso un tanto violenta, al grado que desconcertó a ambos hombres.

—Tranquila, mujer, ¿por qué reaccionas así? —Manuel no podía entender el enojo de Maricela—. Es muy normal en una pareja como nosotros que...

—¡No! ¡Tú no entiendes! —Lo interrumpió furiosa, de pronto todo el dolor, la rabia e impotencia que creía enterrados resurgieron de las cenizas cual ave Fénix, más incandescentes y fieros que nunca, desgarrándola por completo.

Un intenso ataque de pánico la invadió, solo pensaba en huir de ese maldito lugar que había conseguido tirar al catre la estabilidad que tanto trabajo le costó conseguir. Se arrancó el suero e intentó ponerse en pie, pero el médico y Manuel la detuvieron, y el galeno procedió a sedarla.

Cuando Maricela abrió los ojos, Manuel estaba a su lado, se sentía muy aturdida, de pronto no recordó qué había pasado, se preguntó por qué estaba en un hospital. Entonces los recuerdos llegaron a su mente y con ellos el terrible dolor.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Manuel cauteloso.

—Quiero hablar con el medicucho ese.

—¿Qué te pasa, mujer? Tú no eres así, maleducada y grosera.

—Manuel, por favor, háblale al médico y déjanos solos.

—Está bien, ya había oído yo algo de que el embarazo altera a las damas, pero no creía que fuera para tanto. —Intentó bromear, pero ella lo fulminó con la mirada.

El solo escuchar la palabra *embarazo* le ponía los pelos de punta a Maricela y la rabia le carcomía las entrañas.

—Me dijo Manuel que estás un tanto alterada, será mejor que te tranquilices por el bien del bebé —comentó el doctor afable.

—¿Es que acaso esto es una maldita broma?, ¿un *reality show* donde hay una cámara oculta?

—No sé de qué hablas... —El médico estaba realmente desconcertado.

—Mire, bata blanca, yo sé bien que es imposible que esté embarazada...

—Claro que no, los estudios dicen...

—Sus benditos estudios no prueban nada... son erróneos, ya se lo dije.

—Maricela, has sufrido episodios de...

—¡No estoy loca! ¡Maldita sea! ¡Después del aborto, el médico que me atendió aseguró que no volvería a ser madre! —gritó al borde de la histeria mientras las lágrimas caían a raudales por sus mejillas, empapando su bata.

—¿Qué? ¿Un aborto? —Manuel tuvo que sostenerse del marco de la puerta porque sintió que sus piernas le fallaban. «Un aborto, un aborto... ¿Maricela fue capaz...?». No se atrevía ni a pensarlo—. ¿Quién demonios eres? ¿Qué le pasó a la chica buena que conocí?

Maricela estaba en choque, no se había percatado de la presencia de Manuel, el dolor se mezcló con la rabia, el remordimiento, la frustración...

«Déjalo que piense lo peor, tal vez es mejor así, desde siempre supiste que nunca te perdonaría», le dijo su voz interna.

—Ya lo sabes, así que no tengo por qué seguir sintiéndome culpable por callar. Te lo dije, te advertí que no te convenía como esposa, pero como siempre que no quieres escuchar algo, te cierras a lo evidente. —Evitó mirarlo, pues sabía que no podría soportar ver el desprecio en la mirada amaretto que tanto amaba—. Así que le suplico, doctor, que deseche ese diagnóstico, soy una mujer seca, una estéril.

—¡No! —intervino Manuel—. Repite el estudio, Jesús, por favor. Yo también quiero estar seguro, si ese niño en verdad existe, soy el padre, y es mi deber velar por su bienestar.

La miró de tal forma que Maricela se encogió instintivamente. Cuánto rencor había en sus palabras, ¿acaso pensaba que era capaz de atentar contra su propio hijo? ¡Si era lo que más anhelaba en el mudo! ¡Ser madre! Aunque teniendo en cuenta que no les había aclarado que el aborto no había sido intencionado, al menos de su parte, no era de extrañar que él pensara así.

—Hay una forma rápida de salir de dudas. —El galeno apretó un botón y de inmediato se escuchó la voz de una enfermera.

—¿Sí, doctor?

—Ordene que preparen el equipo de ultrasonido, dígame al doctor Ortiz que en este momento le llevo una paciente para confirmación de embarazo por este medio, ya que las pruebas de sangre han dado positivo.

—Sí, doctor, enseguida.

—Tardarán unos minutos en venir por ella, ¿por qué no vas y tomas un poco de aire?, estás muy pálido, amigo. —El médico supuso que quizá Maricela no querría hablar del asunto estando Manuel presente, así que optó por alejarlo al menos un rato para que recuperara la compostura.

Manuel salió de la habitación sin rechistar, pues sentía que se ahogaba. No podía creer la desfachatez de Maricela. Era terrible como su amada había caído de lo más alto del nicho donde la había colocado hasta estrellarse en el suelo.

¿Sería ese hijo abortado el producto de un romance con algún cliente del bar? ¿Con cuántos tipos se habría metido antes que con él? Las preguntas hirientes y las dudas le carcomían las entrañas.

—¡Qué estúpido soy!, me dejé embobar por una cara bonita y una falsa dulzura. ¡Aggg! —Golpeó la pared con el puño, lleno de rabia y frustración—. Pero qué crees, zorra, se te acabó el idiota, en cuanto mi hijo nazca, me cercioraré de quitártelo y que nunca puedas hacerle daño —sentenció.

—¿Y bien? ¿Va a contarme las condiciones en las que se dio su aborto? —Una vez a solas, la cuestionó el galeno.

—El aborto que sufrí no fue intencional, al menos no de mi parte, doctor, yo...

Le relató toda la historia sin omitir detalle.

—Puede solicitar mi expediente al doctor Franco Padilla, que en ese entonces era el encargado de urgencias en la cruz roja de Polanco, él fue quien me atendió.

—Lo haré, sería de mucha ayuda el saber a qué nos enfrentamos, cualquier precaución no está de más para proteger al bebé.

—Doctor. —Se aferró a la manga de su bata—. Si en verdad estoy embarazada, si es posible ese milagro, haga todo lo necesario para que mi hijo esté bien, por favor.

—Cuenta con ello.

Maricela no podía creerlo, en el monitor, apenas visible y como una macha sin forma de bebé todavía, estaba su hijo. Aún era muy pequeño, pero no lo suficiente como para que ya pudieran escuchar su corazón.

Conmocionada hasta los huesos, dejó que el llanto se desbordara, dirigió su mirada hacia Manuel, él también observaba el milagro hecho realidad con total asombro.

—Efectivamente, doctor Pérez, es un embarazo reciente. El bebé está bien implantado en la madre y todo parece indicar que no tiene problema alguno.

—La señora sufrió un aborto con anterioridad, el cual se complicó, aquí están las copias del expediente que nos hicieron llegar del lugar donde fue atendida. —Ofreció el doctor Jesús Pérez.

—Oh, entiendo. —El ginecólogo lo tomó y leyó con atención cada informe.

—¿Está todo bien con mi hijo? —preguntó Manuel preocupado al ver el semblante ceñudo del especialista. Antes que sus celos y rabia, estaba el bienestar de su hijo.

—En apariencia, sí, pero en casos como el de su esposa, con un aborto anterior y sobre todo mal llevado, lo mejor es tomar precauciones. Señora, es necesario que permanezca en reposo absoluto al menos hasta que pasen las doce primeras semanas. Puede levantarse de vez en cuando y dar unos pasos, pero recuerde, nada de esfuerzos físicos, nada de desvelos, nada de alcohol, nada de estrés, café... ¿comprende?

—Por supuesto, tenga la plena seguridad de que no haré nada que pueda dañar la integridad de mi bebé. —Lo dijo fuerte y claro para que Manuel no tuviera dudas al respecto.

—Aquí le anoté los multivitamínicos y el ácido fólico que tomará, este otro es para las náuseas. —Extendió la receta, y Manuel la tomó antes que ella pudiera alcanzarla—. Si no surge algún problema, los espero aquí dentro de dos semanas.

Manuel permaneció en silencio todo el trayecto de vuelta al apartamento de Maricela.

—Escucha, Manuel, sé que no quieres hablar conmigo y que piensas lo peor de mí, pero ten la certeza...

—¿De qué? ¿Qué eres una mujerzuela que baila en un tugurio? ¿Una que se revuelca con los hombres a diestra y siniestra y que es capaz de abortar un hijo solo por temor a que interfiera con su imagen de niña bien, de mujer ejecutiva? Olvídalo, mentirosa, ya no puedes engañarme. Te diré lo que haremos. —La miró con tanto desprecio que Maricela estuvo a punto de llorar—. Quita esa expresión de gatito asustado, ahora sé realmente quién eres. —Se concentró en el tráfico—. Recogerás tus cosas y te vendrás al apartamento conmigo, la señora Blanca te cuidará cuando yo no esté.

—No creo que sea conveniente...

—Me importa un maldito rábano lo que creas o no conveniente. Escucha bien, embustera. —La amenaza iba implícita en su mirada color amaretto—. A partir de este momento te mantendré vigilada hasta que nazca mi hijo, y en cuanto me asegure de que ya no te necesita, te lo quitaré.

—¡No puedes hacerme eso!

—¡Puedo y lo haré!

Entonces Maricela comenzó a hiperventilar y perdió el conocimiento. Manuel recordó las indicaciones del médico, entre las cuales ella tenía que permanecer tranquila y en reposo. Se dijo que por el bien de su hijo, tendría que dejar de lado los sentimientos de rencor y su orgullo herido para hacer una tregua hasta que el bebé naciera.

CAPÍTULO XV

Los días siguientes pasaron en una frágil calma, Manuel era cortés con Maricela, pero se mantenía distante. Como bien lo había predicho, la tenía en constante vigilancia, tanto Blanca, la mucama ahora de tiempo completo, como Pedro, el de mantenimiento, solían pasarle reporte de todo cuanto hacía, que no era mucho, pues pasaba la mayor parte del tiempo en la cama o en el diván leyendo.

—Señora, tiene una llamada.

—Gracias, Blanca. —Descolgó el auricular—. ¿Diga?

—*Hola, bonita, ¿cómo estás? Hace un par de semanas que no sé de ti. ¿Por qué no me has llamado? Irina me dijo que te has trasladado a vivir con Manuel y me dio su número, espero no te importe.*

—Lo siento, tía Lena, qué desconsideración la mía. La verdad no me he sentido muy bien y Manuel se ha tomado lo del embarazo muy apecho, apenas si me da...

—¿Embarazo? ¿Acaso tú...? ¡Oh, por Dios! ¡Es una excelente noticia! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Tía, yo... ¿no te lo había dicho?

—*Si estoy tan sorprendida es obvio que no.*

—Lo siento. —se disculpó una vez más—. Con los mareos y náuseas no sé ni en qué día vivo. Perdón por soltarlo así, yo...

—¡Un bebé! ¿Está todo bien? ¿Tú cómo estás?

—Bien, es solo que el doctor recomendó reposo absoluto por al menos las doce primeras semanas...

—*Sí está todo bien, ¿por qué tienes que guardar reposo?*

«¡Cielos! Yo y mi bocota, ya metí otra vez la pata».

—Tía, es solo por precaución, en verdad estoy bien, tranquila...

—¿Cómo me pides que esté tranquila? En cuanto pueda iré a verte, ¿crees que le moleste a Manuel que me instale unos días en su casa? Ahora comprendo por qué ese muchacho no te deja sola ni de chiste.

—No creo que sea necesario, en verdad estoy bien, la señora Blanca me tiene bien atendida y Pedro se encarga de traernos lo que ocupemos.

—*Está decidido, mi niña, nada me impedirá ir a verte, y no estaré en paz hasta cerciorarme por mí misma que todo está bien.*

—De acuerdo, tía, eres bienvenida cuando quieras.

Resignada, colgó el auricular, entonces pensó en que tenía que avisarle a Manuel, pues a final de cuentas esa era su casa y ella solo era una intrusa temporal.

—Hola, Claudia, buenos días, podrías comunicarme con Manuel, por favor.

—*Claro, bonita, ¿cómo estás? Cómo sigue ese embarazo, ¿eh?*

—De maravilla, gracias.

—*Excelente, te comunico...*

Se escuchó la música de espera en la línea y después la potente y sensual voz de su amado.

—¿Está todo bien? ¿El bebé? —Su tono frío e impersonal como siempre.

Maricela sintió un vuelco en el corazón al escuchar su voz, últimamente eran tan pocas las veces que le hablaba que había comenzado a recurrir a sus recuerdos para mantenerse cuerda.

—Sí, el bebé está bien, solo quería decirte que la tía Lena ha decidido venir a

visitarme y no he podido hacer nada por persuadirla...

—*Bien. Si no tienes nada más que decirme, tengo mucho trabajo.*

«¡Bien! ¿Solo un estúpido “bien” puede decirme?».

—No, es todo, solo pensé que era mi deber avisarte, pues a fin de cuentas es tu apartamento. Aunque creo que lo más conveniente es que me regrese al mío, aquí solo tienes una recámara y la estoy ocupando yo, no tenemos espacio para visitas...

—*Eso ya no será problema, he alquilado el ático, nos mudamos esta tarde.*

—¿Ah, sí? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—*Te lo estoy diciendo ahora, ¿no?*

—Manuel, ¡ya basta!, no voy a permitir que sigas tratándome...

—*Dale gracias a Dios de que no te doy el trato digno de una embustera como tú.*

¿Qué más quieres? ¿Amor? Olvídalo, las mujeres de tu clase no lo merecen.

—Algún día te vas a arrepentir por todo esto...

—*Te equivocas, preciosa, ya estoy arrepentido.* —Colgó.

Maricela lloró hasta quedar exhausta, y el sueño la venció.

—Levántate, bella durmiente, es hora de tomar posesión de tu nuevo reino. —La despectiva voz de Manuel la sacó de su mundo de tranquilidad, regresándola a la cruel realidad.

—¿Qué? ¿Qué hora es?

—La hora de mover ese trasero y trasladarte al nuevo apartamento. Diferente infierno, mismo diablo.

El ático era hermoso, lleno de luz gracias a los grandes ventanales. La sala con sus sillones de piel marrón tenía una moderna chimenea que le daba el toque justo de calidez junto con los libreros y la enorme pantalla plana. La cocina era de un blanco impoluto, llena de luminosidad y elegancia. Las encimeras y el desayunador eran adornadas con mármol negro que le proporcionaba el acento exacto de sofisticación.

Contaba con tres recámaras, la de Maricela daba a una terraza en la cual había un juego de jardín que servía de desayunador cuando los días eran buenos. Tenía infinidad de plantas en distintas tonalidades y tamaños; junto con sillones de mimbre, era el lugar idílico para el descanso y la lectura.

La recámara principal era ocupada por Manuel, por lo que lo veía menos que nunca, pues antes, cuando ella ocupaba la única habitación, él tenía el pretexto de entrar por su ropa o cosas personales, ahora ya ni eso.

La tía Lena llegó junto con los padres de Manuel, causando gran revuelo.

Mientras las visitas estuvieron allí, Manuel la trataba con cariño y hasta la abrazaba o le daba suaves besos, pero ella sabía que era fingido, una charada para sus padres, pues no quería que supieran la verdad.

Manuel les cedió a sus padres su recámara, y la tía Lena ocupaba la de visitas, por lo que él dormía con ella, pero no sin antes dejarle en claro que lo que menos le apetecía era su cercanía, por lo que en cuanto los señores Rodríguez se marcharon, se regresó a su habitación para estar lejos de ella.

—¿Estás bien? —La tía Lena estaba preocupada, pues percibía en ella un dejo de tristeza—. Ya hablaste con Manuel y no se lo tomó a bien, ¿es eso lo que te atormenta? No creas que no me he dado cuenta de que las cosas andan mal entre los dos, la tensión es tal que impregna el ambiente.

—Ay, tía. —Comenzó a sollozar—. No, no he hablado con él de lo de Javier, es que en el hospital... —Entre hipidos le contó todo lo acontecido desde que había ingresado al nosocomio—. Entonces Manuel cree que me deshice de mi bebé de forma intencional, piensa que soy una asesina y una cualquiera. No quiere escucharme, me mantiene vigilada porque teme que haga lo mismo con su hijo.

—¿Cómo puede creer semejante barbaridad? —La tía Lena estaba indignada—. Pero me va a escuchar...

—¡No! Por favor, tía, deja las cosas como están, démosle tiempo, estoy segura de que cuando asimile todo esto y vea que en verdad no tengo intención de hacer nada en contra del bebé, recapacitará.

—No lo sé...

—Por favor, tía, te lo suplico, ya no soy una niña, déjame arreglar esto por mí misma.

—Está bien, haré lo que me pides, aunque no estoy de acuerdo.

La tía Lena se dedicó a cuidarla y mimarla durante las dos semanas que estuvo allí. Por desgracia, había surgido un problema en el pueblo y tuvo que regresar a su casa, no sin antes advertirle que en cuanto todo se solucionara regresaría para seguir a su lado.

—Gracias por todo, tía. Arregla tus asuntos, no tengas prisa en volver, te aseguro que estaré bien. —La despidió con lágrimas en los ojos.

Esa tarde estaba más inquieta de lo normal, no sabía a qué atribuir esa extraña sensación de opresión que le anegaba el pecho. Estaba en la terraza cuando la señora Blanca le pasó el teléfono inalámbrico.

—Tiene una llamada, es la señorita Irina.

—Gracias, Blanca, puede retirarse. —Tomó el aparato y enseguida respondió—. ¿Sí, Irina?

—*Perdón que te moleste, pero estuvo aquí un tal licenciado Valles, dejó un citatorio para ti.*

—¡Por fin! —exclamo esperanzada—. ¿Es para la junta de avenencia?

—*No, es para la lectura de un testamento.*

—¿Qué?

—*Sí, de un tal don Javier Montalbán, y dijo el licenciado que es imprescindible tu presencia, que tienes que asistir. ¿Era tu exsuegro? ¿El papá de Javier, tu ex?*

Maricela estaba conmocionada, no podía asimilar lo que estaba escuchando. ¿Don Javier había muerto? ¿Para qué la requería su abogado?

—*Mary, ¿estás ahí?*

—Sí, es solo que aún no logro reponerme de lo que has dicho. No puedo creer que don Javier esté muerto, lo último que supe de él es que estaba recuperándose favorablemente.

—*Te llevo el citatorio mañana porque hoy tengo mucha tarea, ¿te parece bien?*

—¿Para cuándo es?

—*Para pasado mañana.*

—Está bien, gracias, Irina.

—*Al contrario, gracias a ti. Espero que el doctor te deje volver pronto a casa, me siento muy sola, a veces Joe se queda conmigo, pero no es lo mismo, te extraño, amiga*

—Lo sé, yo también te extraño, pero mientras el ginecólogo no me dé permiso, tengo que seguir en reposo. Mañana por la tarde tengo la cita con él, espero que me tenga buenas noticias y ya me deje hacer mi vida normal.

—*Ojalá, ya quiero que regreses, aunque en cuanto te cases con tu Manuel ojos bonitos, me quedará sola, es mejor que me vaya haciendo a la idea y comience a buscar una compañera de piso.*

—No te adelantes a los hechos, mi boda con Manuel todavía no es un hecho y como dice el dicho: «Del plato a la boca, se cae la sopa».

—¿Qué? ¿Acaso tienen problemas?

—No, olvida lo que dije, pero sí espera para lo de la compañera de piso hasta que yo te confirme, ¿de acuerdo?

—*Está bien, te veo mañana.*

Manuel la había acompañado a todas y cada una de sus citas con el especialista, y aquella no era la excepción, él estaba al tanto de todo, de que guardara el debido reposo, que se tomara los vitamínicos, el ácido fólico, etc.

—Todo está perfecto, el bebé está muy bien, así que ya no veo la necesidad de mantenerla en cama. Puede hacer su vida normal, pero sin excederse, recuerde que en el embarazo nada está escrito y es importante cuidarse. Aquí le anoté mis indicaciones y sugerencias, cualquier cosa que necesiten, me llaman, si no, los veo dentro de cuatro semanas.

—Gracias, doctor, no sabe lo feliz que me hace la noticia, estaba comenzado a volverme loca con tanta inactividad —comentó Maricela sin disimular su alegría.

—Sí, pero no exagere, recuerde que no hay que bajar la guardia. —Sonrió el galeno antes de que se marcharan.

Manuel, como de costumbre, se mantuvo callado el trayecto de vuelta, Maricela estaba harta, creía que con el tiempo él cambiaría su actitud, pero pareciera ser todo lo contrario, cada vez era más frío y desapegado.

—Manuel, voy a regresarme a mi casa, como ya escuchaste al doctor, ya no es necesario...

—Me importa un pepino, tú te quedas en mi apartamento hasta que yo lo diga. Fin de la discusión.

—Pero...

—Pero nada, creí que había sido muy claro al decirte que no te dejaré sola hasta cerciorarme de que no puedes hacerle daño a mi hijo.

—¡Ya basta! ¡Este bebé también es mío y lo amo! ¿Cómo puedes creer siquiera que podría hacer algo que pudiera dañarlo?

—¿De verdad quieres que te conteste? —La miró burlón.

—Piensa lo que quieras. El día que sepas la verdad te vas a dar de topes en la pared y te vas a arrepentir de la forma en que me has tratado.

—No vas a tener que esperar tanto, ya te dije que arrepentido estoy desde hace tiempo.

Maricela optó por no decir más, su corazón estaba desgarrado de dolor y sentía ganas de llorar, entonces pensó en su bebé, ese ser inocente no se merecía lo que estaba pasando, por él o ella tenía que ser fuerte.

La cita con el licenciado Valles era al mediodía, aún tenía tiempo de regresarle la llamada a la licenciada Alicia, que le había hablado el día anterior mientras estuvo con el médico.

—*Mary, qué bueno que me llamas, te tengo excelentes noticias.* —Hizo una pausa,

causando más incertidumbre en Maricela—. *El juez ha fallado a nuestro favor en el caso en contra de los señores Hernández, y la cantidad de dinero que te ha concedido te dejará sin habla.*

—¿De verdad? ¡Eso es maravilloso! —Pensó en que con lo ganado podía marcharse lejos de Manuel y así evitar que este le quitara a su bebé—. ¿Cuándo puedo disponer del dinero?

—*En un par de días en lo que se formalizan los trámites, en cuanto a tu divorcio, también es cosa de días.*

—Gracias, Alicia. En verdad no sabes cómo te agradezco todo lo que has hecho por mí. Este dinero llega justo en el momento preciso.

—*Al contrario, Mary. La satisfacción personal de haberle ganado al equipo de abogados de esos retrógrados es más que una recompensa, y si a eso le sumamos la comisión que me toca, pues creo que la agradecida soy yo.*

Maricela se preparó para ir al despacho del abogado de la familia Montalbán; la incertidumbre la invadía, ¿a qué se enfrentaría esta vez? ¿Qué le esperaba respecto a esa gente?

—Voy a salir, Blanca, y no sé cuánto tiempo me tarde.

—Pero el señor Manuel dijo que usted no podía salir... —replicó la mujer afligida.

—Me importa poco lo que él diga, así que haga como quiera. —Sin esperar respuesta tomó su bolso y se marchó.

Estaba segura de que la señora Blanca llamaría a Manuel de inmediato para darle la queja, pero no le importaba. Estaba harta de la situación, pensó en que la noticia que le había dado la licenciada Alicia no podía haber llegado en mejor momento. Ese dinero era la respuesta a todas sus suplicas, así podría mantenerse un tiempo, o si la abogada no exageraba, quizá hasta iniciar una nueva vida y un nuevo negocio en otro lugar.

—Señorita, hemos llegado a la dirección que me indicó. —El taxista, al verla tan inmersa en sus pensamientos, optó por hablarle.

—Lo siento, estaba algo distraída. —Apenada, pagó la carrera y dejó una buena propina.

Nerviosa, cruzó el vestíbulo del lujoso edificio y se dirigió a los elevadores para subir a la planta del despacho Valles & Becerril.

—Buenos días, señorita, soy Maricela González, tengo cita con el licenciado Valles.

La mujer consultó su agenda y sonrió.

—Claro, la están esperando, por favor, sígame.

Maricela sentía la boca seca a causa de la aprensión que la embargaba, su corazón latía desbocado y tenía el estómago encogido por los nervios.

La mujer la condujo por un estrecho pasillo y al final abrió unas puertas dobles de madera labrada.

—La señorita González está aquí —anunció y se hizo a un lado para que pasara.

Maricela entró con la frente en alto, no le sorprendió encontrarse con la esposa e hijo de don Javier Montalbán, lo que si le tomó por sorpresa fue que la mandara llamar justo a ella.

—Pase, tome asiento, por favor. Ahora sí estamos todos completos, ya puedo comenzar con la lectura del testamento de don Javier Montalbán Rentería —dijo el licenciado.

—¿Qué hace esa mujer aquí? —Ana Lilia Montalbán no se preocupó por disimular su descontento.

—La señorita González, al igual que ustedes, forma parte activa del testamento, por lo tanto es su derecho y obligación estar aquí.

—Eso no es posible. ¿Está diciéndome que mi marido le dejó algo a esta arribista?

—Mamá, cálmate. El licenciado necesita comenzar y tú lo estas obstruyendo.

—Javier decidió intervenir, entonces se acercó a Maricela y tomó asiento a su lado—.

¿Cómo has estado, bonita? Quisiera hablar contigo cuando esto termine, podríamos ir a un café —sugirió.

—No sé si sea conveniente, yo...

—Luego se ponen de acuerdo, estamos entorpeciendo la labor del licenciado

—comentó Johana.

Maricela ni siquiera había reparado en ella hasta que habló, el pánico se apoderó de todo su ser. Se preguntó qué tanto sabría Johana de sus asuntos. Aunque aquello ya no tenía caso, era obvio que después de estar allí se enteraría de todo. El licenciado tendría que justificar su presencia. ¿Iría corriendo a decírselo a Manuel? Era lo más probable.

—Basta de palabrerías, proceda, por favor, licenciado —dijo Ana Lilia con su habitual altanería.

CAPÍTULO XVI

Manuel estaba que echaba humo de la rabia que sentía, la señora Blanca lo había llamado para decirle que Maricela había salido. Sin perder tiempo, se presentó en su apartamento y de inmediato corrió al cuarto de ella para revisar sus cosas. Se calmó un poco al comprobar que no se había llevado nada, todo estaba intacto, señal de que pensaba regresar.

Por un instante, la posibilidad de que se hubiera marchado lo puso al borde del infarto. Sí, aún estaba muy resentido, pero no podía evitar amarla y desearla como un loco.

Sabía que la situación entre ellos era insostenible, aun así, no se sentía capaz de tomar una decisión definitiva, mucho menos dejarla ir.

Se sentó en la cama y entonces un papel que salía del cajón de la mesita de noche llamó su atención. Al menos ya sabía a donde se había ido su mujer, de lo que no tenía conocimiento era para qué la requerían en la lectura del testamento de don Javier Montalbán, el tío de Johana.

Decidido a no quedarse con la duda y salió en busca de respuestas.

—¿Qué significa esto? Es una broma, ¿verdad? —La rabia e indignación estaban presentes en la voz de la respetable señora Montalbán, que se había puesto de pie precipitadamente—. No esperará que acepte esa sarta de tonterías, es obvio que mi marido no estaba en sus cinco sentidos cuando redactó semejante atrocidad.

—El testamento es totalmente valido y legal, el médico estaba presente cuando su marido dictó y especificó cada una de las cláusulas. Esta era su última voluntad, por lo tanto tiene que acatarla.

—¡Me niego rotundamente! ¿Cómo pretende que acepte que mi marido me dejó sin nada para beneficiar a esta mujerzuela? —Señaló con dedo acusador.

—Esa era la voluntad del señor Montalbán.

—Tiene que haber alguna manera. —Lo pensó un momento—. Ya sé, voy a impugnar el testamento.

—Hágalo, es su derecho, señora, pero su marido, previniendo esa reacción suya, le dejó este sobre. —Lo extendió hacia ella.

Sin perder oportunidad, Ana Lilia se lo arrebató y leyó. Conforme avanzaba en la lectura, su rostro palidecía aún más.

—Esto no es posible. —Se dejó caer sobre el sofá, al borde del desmayo.

Javier se puso de pie, tomó el sobre de las frías manos de su madre y leyó esperando descubrir aquello capaz de dejar a su madre en tal estado de choque.

Él también palideció.

—¿Qué pasó?, ¿por qué esas caras? —Johana no entendía nada, necesitaba que alguien le explicara qué estaba sucediendo. ¿Por qué su tío había dejado a su tía en la calle? ¿Por qué Javier solo había heredado un puesto directivo en las empresas? Y lo más inquietante, ¿por qué había nombrado a Maricela como su heredera más importante?

—Lo siento, señora Montalbán, pero don Javier quiso asegurarse de que se cumpliera lo estipulado por él y sabía que usted no lo haría, así que optó por tomar medidas drásticas —se lamentó el licenciado, apenado por la pobre viuda.

—¿De qué viviremos? ¿Acaso pensó en eso?

—Sí, durante los próximos cinco años, Javier no podrá tomar posesión de las

acciones, estas serán administradas por el consejo, pero cuando el plazo termine, recuperará no solo el control de la empresa, sino también sus respectivas ganancias. Mientras tanto, señora mía, tendrán que arreglárselas con su sueldo de directivo y nada más.

—Esto no está pasando. —Ana Lilia se llevó la mano a la frente en un dramático gesto teatral—. ¿Cómo se enteró de todo?

—Contrató un investigador privado —respondió el licenciado—. El señor Montalbán era un hombre de recursos y nunca se conformaba con una versión de los hechos, siempre quería tener las dos caras de la moneda a la vista antes de tomar cualquier decisión.

El hombre levantó el auricular y pidió a su secretaria alcohol y algodón para la señora Ana Lilia.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Quieres que llame al médico? —ofreció Javier, consciente de la fuerte impresión que su madre acababa de recibir.

—No. No le voy a dar el gusto a esta ramera de verme destruida. —Se enderezó mirando a Maricela con todo el odio que sentía por ella—. Ni creas que vas a salirte con la tuya, antes te mato.

—No gaste saliva, señora, yo no quiero nada, si el licenciado lo permite, en este momento firmo una renuncia a la herencia y le devuelvo todo —se defendió.

—Eso no es posible, señorita González, don Javier fue muy claro, si usted no acepta el dinero y las propiedades, estas pasarán a instituciones de caridad —aclaró el licenciado.

—Entonces vaya empezando con el papeleo y deles un «enhorabuena» a esas instituciones porque recibirán una gran donación. Incluso sugiérales que le hagan una estatua y un homenaje póstumo a tan bondadoso benefactor. «Al generoso y caritativo don Javier Montalbán».

—¿Estás loca? —la cuestionó Javier incrédulo.

—¿Por qué? ¿Por no dejarme comprar? —se defendió, sintiendo como la rabia comenzaba a bullir dentro de ella.

—Te he pedido perdón, me he humillado ante ti más de lo que debería, te he dado el tiempo que me pediste, mi padre te dejó esto en un gesto de aceptación y protección, ¿y tú no puedes dejar de lado tu maldito orgullo? ¿Qué más quieres?

—Yo lo único que deseo es que firmes esto. —Sacó los papeles del divorcio.

—¿Qué es eso? ¿Las escrituras de mi casa? ¿Acaso no conoces los límites? ¿No fue suficiente con lo que nos robaste ya, maldita zorra? —se burló Ana Lilia al borde de la histeria.

—¿Qué es esto? —repitió Javier conteniendo su furia y estrujando los papeles.

—¿No me digas que no sabes leer? Porque aquí dice muy claro: «Convenio de divorcio», y como verás, no te estoy pidiendo nada, solo mi libertad.

—Ya te dije que no habrá tal cosa. Mary, yo te quiero, estamos casados. Deja de luchar contra mí y acepta que tu destino soy yo. Hasta mi padre estaba de acuerdo, ¿acaso piensas que te nombró su heredera solo porque sí?

—Tu padre, al igual que todos ustedes, pensó que me podría comprar con su dinero, pero se equivocó. Renuncio a esa malita herencia, ¡yo solo quiero mi libertad!

—No seas tonta, ahora eres una mujer rica, mi esposa, una verdadera Montalbán. —La tomó en brazos y la besó por la fuerza.

—No, déjame Javier, que no entiendes... —Forcejeaba.

—¡Deja a mi mujer en paz! —rugió Manuel desde la puerta, ya había presenciado demasiado sin intervenir.

—¿Quién es este tipo?

—¿Quién demonios eres tú?

Las preguntas fueron hechas por ambos hombres al mismo tiempo.

—El padre de su hijo.

—Su esposo.

Ambas respuestas fueron dichas de igual manera, y los dos se quedaron perplejos.

—¿De qué demonios está hablando este tipo, Mary? ¿Cuál hijo? —Javier la fulminó con la mirada.

—¿Cuándo pensabas decirme que estás casada, querida? —Manuel tenía los puños apretados aguantando la rabia que bullía en su sangre.

—¿En verdad estás embarazada de este tipo? Pero tú dijiste que... —Javier lo ignoró deliberadamente para centrarse en ella.

—Sé lo que dije y no mentí. Ni yo misma podía creerlo cuando el médico me lo dijo, pero es verdad; estoy esperando un hijo de Manuel, por eso es mejor que aceptes el divorcio cuanto antes.

Javier, lleno de incredulidad, se pasó la mano por el cabello.

—Esto es una maldita broma, ¿verdad? Acabamos de leer el testamento de mi padre, te nombró su mayor heredera y ahora me dices que estás embarazada de otro. ¿Quieres castigarme por lo que te hicimos?

—No. Simplemente sucedió. En cuanto a lo de la herencia de tu padre, le agradezco su buena intención, pero no voy a aceptarla. Sé que te resulta difícil de creer, pero nunca ha sido mi propósito lastimarte, como ya te lo dije, tú no representas nada en mi vida. Por una mala jugada del destino estamos casados, pero ambos sabemos que el nuestro no es un matrimonio de verdad, nunca lo ha sido ni lo será.

—Mary, yo te quiero, estoy dispuesto a todo, incluso a aceptar a tu hijo...

—No, Manuel nunca lo permitirá, ni yo tampoco.

—Pero yo te amo, Mary, eres mi esposa, podemos empezar de cero, juntos. —Javier intentó tomarla de las manos, pero ella se apartó.

—Me olvidarás, ya lo hiciste una vez.

—No, a pesar de todo, nunca pude.

—Es una lástima porque no voy a volver contigo. Haz feliz a tu madre y cástate con doña perfecta. Creo que aún sigue soltera, ¿no?

—¿Amas a ese tipo? —Furioso, Javier señaló a Manuel tras reconocerlo—. ¿Tiras todo a la borda por ese don Nadie? ¿Por el hijo de un capataz y un ama de llaves?

—Yo...

—Vaya sorpresita con la chica buena, ¿eh? —se burló Johana—. Casada con uno y embarazada de otro... mira que resultaste toda una cajita de sorpresas, Mary.

—¡Cállate, Johana! —espetó Manuel, furioso por su interrupción, pues él sí deseaba escuchar la respuesta a la pregunta lanzada por Javier.

Maricela empezó a marearse, solo quería desaparecer cuanto antes, huir de esos dos hombres que la desquiciaban por completo. Analizó sus posibilidades de escape, Manuel y Javier estaban distraídos midiéndose uno al otro como dos gallos de pelea, el licenciado atendía a la viuda y Johana estaba lo suficientemente lejos de ella para poder detenerla.

Sin perder tiempo ni decir palabra, corrió sin rumbo fijo hasta cerciorarse de que nadie la seguía.

Una vez a solas, pensó en un lugar en el cual refugiarse al menos una buena temporada para calmar sus nervios. Lo que menos deseaba era hacer daño a su bebé,

sometida como estaba a tanto estrés.

Después de mucho meditarlo, se dirigió al aeropuerto y no paró hasta estar ante el apartamento número siete del edificio 33 de la Avenue Park, en Nueva York.

—¿Mary? ¿Qué haces aquí? —Bárbara no podía creer que la amiga de Cinthya estuviera parada en su puerta.

Era verdad que Maricela las había visitado un par de veces, pero sus llegadas siempre eran programadas con antelación y no de forma inesperada como en esta ocasión.

—¿Puedo pasar?

—Claro, disculpa mi falta de modales, lo que pasa es que me tomaste por sorpresa.

—Lo sé, pero no sabía a quién más recurrir. —Se derrumbó en el sofá—. Estaba desesperada y no pensé, solo quería... —Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Tranquila, *honey*, ahora estás a salvo. ¿Quieres un té mientras me cuentas todo? —ofreció después de darle un caluroso abrazo.

—Sí, por favor.

Bárbara se dio prisa y en unos minutos estaba de regreso con la bandeja del servicio preparada.

Maricela le contó a detalle todo lo sucedido. Entre sollozo y sollozo vació su alma como no lo había hecho con nadie hasta ahora. Bárbara la escuchaba atenta y la consoló mientras ella seguía con su relato.

—Esta es tu casa, *honey*, puedes quedarte el tiempo que necesites. ¿Quieres que le avise a alguien dónde estás?

—¡No!, no quiero que Manuel me encuentre. Llamaré a mi tía Lena para tranquilizarla, pero no le diré dónde estoy. ¿Me mantendrías el secreto? Por favor.

—Claro, *sweetheart*, ¿dónde está tu equipaje?

—No he traído nada. Como te conté, salí del despacho y aquí me tienes. Pareciera como si el destino hubiera conspirado para ayudarme; por lo de mi despido, he recibido una pequeña fortuna que depositarán en mi cuenta en un par de días, así que podré comprar lo que haga falta. Traía el pasaporte en la bolsa; cuando llegué al aeropuerto no había boletos disponibles, pero a última hora un pasajero canceló, y lo demás es historia.

—Vaya, me has dejado con la boca abierta, *darling*. En verdad que tu vida está para hacer una novela de esas que tanto nos gustan.

—No sé, la mía es puro drama. ¿Dónde están los galanes guapos dispuestos a todo por la mujer que aman? ¿Y qué pasa con los finales felices para las chicas embarazadas? Eso es pura basura —comentó con amargura.

—¡Oye! Tú también vas a depreciar esa joya maravillosa de la literatura —rezongó Bárbara indignada.

—Lo siento, es solo que ya no creo en los finales felices —se excusó.

—De qué te ha servido leer tanto si no lo aprecias, ¿eh? Las novelas románticas han sido despreciadas y devaluadas por infinidad de *pensadores* a lo largo de la historia, pero sucede que estas contienen dentro de sí la sabiduría en estado puro, conocimientos transmitidos de generación en generación, de mujer a mujer. Busca en ellas respuesta a cualquier pregunta y seguro la encontrarás —argumentó Bárbara enojada.

—¿De qué estás hablando?

—Deja de poner atención solo en la parte que Disney nos ha vendido siempre.

—No te entiendo

—Que los cuentos de hadas no existen como tal, el amor a primera vista no es más que un cliché, una fantasía de chicas ingenuas que sueñan con su príncipe azul. El amor hay que trabajarlo y en ocasiones forzarlo un poco, requiere de tácticas de guerra certeras y, sobre todo, de química. ¿Acaso no pusiste atención en clases? De qué te sirvieron tantos años de universidad y maestrías si no sabes ver mensajes escritos entre líneas.

—Sigo sin entenderte.

—Te pondré un ejemplo sencillo; las hadas madrinas pueden sustituirse por unas buenas amigas, ellas se encargarán de proporcionarte el vestuario, el peinado y los accesorios adecuados para la ocasión. ¿No es verdad?

—Sí. —Pensó en la ocasión en que Irina y Joe, la ayudaron para su salida al pub. Si, Bárbara tenía razón, en esa ocasión ellas habían fungido como sus hadas madrinas. Después de todo, la teoría de la pelirroja no sonaba tan descabellada.

—La magia sí existe, pero de otra forma muy distinta a lo que Hollywood nos presenta, está presente en las personas que nos rodean, en todas aquellas almas que en verdad nos quieren. Siempre hay una bruja, obvio, conozco unas cuantas, pero también hay alguien dispuesto a ayudar.

—Aceptémoslo, Bárbara, en mi caso es una historia de terror sin guapo protagonista dispuesto a morir por mí.

—No es verdad, *darling*, en tu novela, no todo está escrito, y tengo el presentimiento que el joven y guapo Manuel Rodríguez aun dará mucho de qué hablar, ya lo verás, solo es cuestión de tiempo.

CAPÍTULO XVII

Manuel estaba desesperado, Maricela no había aparecido en toda la noche, tampoco regresó a su casa y menos a su antiguo apartamento; él estuvo frente a la puerta del edificio y ella nunca llegó.

Llamó a la tía Lena, y ella tampoco sabía nada, solo consiguió preocuparla. Hizo un repaso mental de las amistades de Maricela y comenzó a llamar.

—Nada. —Golpeó el volante, al borde del colapso nervioso—. ¿Qué les pasa a las mujeres? ¿Quién en su sano juicio podría entenderlas?

Minutos más tarde de la hora de entrada, llegó a la oficina de mal humor.

—Claudia, no quiero que me pase llamadas a menos que sea Mary o alguien relacionado con ella, como la tía Lena o Cinthya.

—Está bien, licenciado.

Manuel miraba el reloj cada dos por tres, estaba ansioso por salir para poder seguir con su cacería de brujas. Miró la foto de Maricela que tenía en el celular, se la había tomado mientras ella dormía. Le parecía la criatura más hermosa sobre la tierra. A pesar de todo lo que había descubierto de ella no podía evitar amarla.

Creía odiarla, pero en cuanto se marchó y el pánico a perderla lo embargó, comprendió que pasara lo que pasara, él era hombre de una sola mujer, y esa era Maricela González.

—Qué estúpido soy. —Le habló a la imagen como si pudiera escucharlo—. Creía que con mis besos y caricias te había marcado y resulta que el marcado fui yo.

En cuanto salió, se dirigió nuevamente al antiguo apartamento de Maricela, llamó por varios minutos sin recibir respuesta, entonces se decidió por preguntarle al intendente.

—Disculpe, don Félix, ¿no ha visto a Mary por aquí?

—No, joven, hace semanas que no la veo, creo que se fue a vivir con su novio. —El hombre estaba medio ciego y sin sus anteojos no lo reconoció.

—Y la chica que vive aquí, ¿no sabrá algo al respecto? Llevo varios minutos llamando a su puerta y no responde.

—Ay, joven, es viernes. A esa chica nunca la encontrará en casa por la noche durante el fin de semana.

—Sabe dónde puedo localizarla, ¿algún trabajo?

—No, solo sé que estudia en la universidad, eso es todo, siento no poder serle de ayuda.

—Gracias, ha sido muy amable.

Sin saber qué rumbo tomar, se subió al auto y solo condujo; sin apenas darse cuenta, estaba aparcado cerca del bar donde Maricela bailaba.

—¡Eso es! ¿Cómo no lo pensé antes? —Esperanzado, se bajó del vehículo y entró.

Un chica rubia y larguirucha terminaba su rutina. Tomó asiento en primera fila, sin pensarlo dos veces pagó la cantidad que se le pedía por el reservado en la zona vip.

En cuanto la vio sobre el escenario, la rabia regresó, entonces le puso más atención y algo no le cuadró. Todo parecía indicar que era la misma mujer, a primera vista parecían iguales. Poco a poco comenzó a notar las diferencias, por ejemplo, esta Irina era más esbelta y menos curvilínea, sus piernas más largas y quizá un poco más alta.

Entre más la observaba más se convencía de que esa mujer no era su Mary, si de algo tenía consciencia era de las curvas peligrosas de ella, pues se había desbarrancado en ellas las veces suficientes como para reconocerlas sin fallo.

Se preguntó qué estaba pasando, pidió un par de tragos y buscó con la mirada al dueño del bar para intentar que lo llevara al camerino de la chica como la vez anterior, pero entonces recordó como Mary se había fingido enferma para evitarlo. Decidió que lo mejor era esperarla en la puerta de servicio.

El papel de acosador no le agradaba, pero estaba desesperado y todo valía con tal de encontrar a su mujer y a su hijo.

—Aquí hay gato encerrado y, en definitiva, tengo que descubrir el misterio.

Irina salió con Joe, estaban riendo de algo que la morena comentó cuando Manuel las abordó. La rubia se asustó y al no reconocerlo por las sombras que había en el callejón, quiso rociarlo con gas pimienta.

—Tranquila, chica, soy Manuel, el novio de Mary —aclaró antes de ser atacado por esas dos.

—¡Qué susto nos has dado, Manuelito! —lo reprendió Joe—. ¿Qué te trae por acá, papi?

—Es Mary, está desaparecida desde ayer y estoy desesperado.

—¿Ya la reportaste a la policía? —preguntó Joe preocupada.

—No, me piden que hayan transcurrido al menos cuarenta y ocho horas antes de poder catalogarla como persona extraviada.

—No entiendo, ¿cómo que desapareció? —Irina no podía creerlo.

—Si me aceptan un café o una copa, lo que sea, pero en un lugar apropiado para hablar, les cuento lo que sé, ¿les parece?

Ambas estuvieron de acuerdo y, como estaban cansadas, se dirigieron al apartamento de Irina.

Joe preparó café y Manuel comenzó a relatarles como Maricela había salido del despacho del abogado.

—Y desde entonces no sé de ella —concluyó

—Entonces no está desaparecida, huyó. —Irina estuvo meditando por unos instantes—. ¿Llamaste a su tía Lena?

—Sí, fue la primera, la mujer no sabía nada y solo la dejé con el alma en vilo por la preocupación.

—Supongo que ya contactaste con sus amigas, Cinthya, Lizzy...

—Sí, tampoco saben nada, están igual de preocupadas que yo.

—Siento no poder ayudarte, aquí no ha venido desde que se fue a vivir contigo —confesó Irina.

—Lo sé, supongo que por eso fui a buscarla al bar —admitió cansado.

—¿Al bar? ¿Por qué? —preguntó Joe sin entender.

—¿Cómo que por qué? ¿Ya te olvidaste que allí la recogí el día que volví a verla?

—No, no lo olvido, pero Mary nada tiene que ver con el bar...

—¿Qué quieres decir? Yo la vi, fui testigo...

—¡Oh! —exclamó Joe llevándose una mano al pecho—. Ya entiendo, ¿crees que Mary trabaja allí? ¿Es eso?

—Por supuesto, yo la vi...

—¡Ay, no! Dime que no tuviste problemas con ella por eso —pidió Irina apenada.

—Bueno, yo... digamos que no me lo tomé muy bien que digamos, pero...

—No puedo creerlo. ¿Nunca te dijo nada?, ¿no te explicó por qué ella estaba allí esa

noche?

—La verdad, ella y yo no hemos hablado mucho últimamente más que para discutir —reconoció, avergonzado de su propio comportamiento.

—¡Dios! En qué lío la metí y yo sin saberlo. —Irina tomó aire para evitar que las lágrimas salieran—. Esa noche, Mary tomó mi lugar porque yo se lo pedí. No es verdad, le supliqué que me ayudara...

Irina le contó toda la historia, desde cómo había perdido la beca hasta el gran favor que le hizo Maricela, mismo que por lo visto había pagado con creces.

—Como verás, Mary es inocente, yo soy la que todos los fines de semana salía a trabajar en ese lugar. Por fortuna, eso ya se acabó; el consejo de docentes me ha restituido la beca y ya no tengo que seguir exponiéndome. Bailar con poca ropa para los hombres no es algo de lo que me sienta orgullosa.

—Me alegro por ti, esos lugares no son aptos para una chica como tú. —Manuel estaba desconcertado, enterarse de esa verdad solo consiguió llenar de más preguntas su cabeza y hacerlo sentir culpable por no darle la oportunidad de explicarse.

Con el ánimo por los suelos, regresó a su apartamento. En cuanto la señora Blanca salió a su encuentro, le preguntó si había alguna novedad y no le extrañó que esta negara con la cabeza.

—¿Manuel?

—Sí ¿Quién habla? —El timbre del teléfono lo sacó de su inquieto dormitar en el sillón de su sala de estar.

—*Soy Lena, la tía de Mary, te llamo para decirte que se comunicó conmigo...*

—¿Dónde está? ¿Está todo bien? ¿El bebé?

—*No sé dónde está, no quiso decírmelo por más que le supliqué. Lo que si me contó fue que está bien y el bebé también, que no me preocupe, que está con alguien de confianza y que estará en contacto.*

—¡Dios! No sabe la desesperación en la que vivo desde que me dejó, esa mujer va a matarme, y así tenga que buscarla bajo las piedras, juro que la encontraré.

—*Manuel, no sé, quizá sea mejor así, las cosas entre ustedes no marchaban bien y a veces el amor no es suficiente.*

—Lo dice por usted y don José De Anda, sé que sus padres se odiaban y que el padre de él lo obligó a casarse con la mamá de Dante, pero cuando él enviudó pudieron...

—*No, en ese tiempo yo estaba con alguien y no tuve el valor para luchar por el hombre al que realmente amaba. Entendí que no estábamos destinados a estar juntos.*

—El destino no tiene nada que ver, somos nosotros los que decidimos y, créame, yo no descansaré hasta recuperar a mi mujer y a mi hijo.

—*Ojalá pudiera ayudarte, pero Mary parece empeñada en que no la encuentres, al menos por ahora. ¿Qué pasó entre ustedes que la asustó tanto?*

Manuel lo pensó un instante y como un rayo vino a él el recuerdo de sus palabras hirientes: «Cuando mi hijo nazca, te lo quitaré».

—Creo que cometí la estupidez de amenazarla con quitarle al bebé —reconoció apenado.

—*Ahora entiendo por qué no quiere que sepamos dónde está. Más vale que te des prisa en localizarla, no me gustaría que te perdieras el nacimiento de tu hijo.*

—A mí tampoco, Lena, a mí tampoco.

El tiempo seguía su curso inflexible, Manuel estaba cada vez más sumido en la tristeza y desolación, no sabía qué más hacer para localizar a Maricela, los detectives que

había contratado solo le sacaron el dinero y no le dieron resultados importantes.

Se había dado a la bebida para anestesiar un poco el dolor y se refugiaba en el trabajo para mantenerse cuerdo. De día se sumergía en los asuntos laborales y en las noches el *whisky* le ayudaba a medio dormir.

—¿Manuel? —preguntó Johana, incrédula, al tipo desaliñado que estaba junto a la barra del club nocturno, en nada se parecía a su amigo.

—Sí, ¿quién eres?

—¡Dios! ¿Qué ha pasado contigo? ¡Mírate! —Johana no pudo evitar reprenderlo.

—Yo...

—Es por Maricela González, ¿verdad? —Tomó asiento junto a él.

—En parte, sí. Se ha marchado, me ha dejado y no le importa lo que yo siento. —Se bebió su tequila de un trago.

—La quieres, ¿verdad?

—Sí, a pesar de todo no puedo dejar de quererla. Esa mala mujer me destrozó la vida.

—¿Mala mujer?

—¿Acaso pretendes defenderla? —En los diferentes estados de ánimo provocados por el alcohol, Manuel estaba en ese momento en la etapa de la ira y el resentimiento contra la que se fue y lo dejó. Después vendrían la añoranza, la culpa y el arrepentimiento.

—No. Es solo que... —Lo miró atenta. Se preguntó si Manuel sabría lo que realmente había pasado—. ¿Hablaste con Mary después de que ella se marchó del despacho del abogado? ¿Te contó la verdad?

—¿Qué verdad? Que es una pérdida, una... una...

—¿Sabes? No soporto verte así, no eres ni la sombra del hombre que conocí.

—Suspiró con resignación—. Creo que alguien tiene que arreglar el desaguado que organizaron mi primo y mi tía. Quizá yo no sea la más indicada, pero en vista de que no nadie hay más...

—¿Qué quieres decir?

—Es increíble que sea precisamente yo quien te abra los ojos en cuanto a ella. Me gustas Manuel, siempre ha sido así, pero es obvio que tu corazón tiene dueña y sería muy injusto de mi parte callarme lo que sé.

—Habla entonces —pidió entre hipidos.

—Cuando estábamos en la facultad, a Javier le llamó la atención Mary, desde entonces le gustó, pero le pareció demasiado mojigata y sosa, por lo que pasó de ella. Fue hasta que se reencontraron en una reunión de SAACSA que se animó y la invitó. Comenzaron a salir, y él se obsesionó tanto con ella que empezó a perseguirla. —Soltó el aire, contrariada—. ¡Dios! ¿Por qué es tan difícil confesar algo tan vergonzoso aunque no lo hayas hecho tú?

—No te entiendo.

—Javier sabía que Mary no era como nosotras, como cualquiera. Ella le dijo que estaba reservándose para el matrimonio, por lo que mi primo... —Guardó silencio, avergonzada.

—¿Qué? ¿Qué hizo el imbécil ese?

—Contrató un actor para que se hiciera pasar por juez, su intención era hacerle creer que estaban casados con una boda falsa, pero...

—¿Qué? ¡Maldito desgraciado! ¿Cómo pudo ser tan vil? ¡Robarle su pureza en base a engaños es despreciable! —Hasta el efecto del alcohol había bajado unos cuantos grados

a causa de la impresión.

—Mi tío, no sé bien cómo, se enteró de lo que mi primo pretendía y, adelantándose a sus malas acciones, mandó un juez real. Por desgracia, sufrió el accidente y Manuel y Mary no supieron que en verdad estaban casados hasta que él despertó del coma y se los informó.

—¿Cuándo fue eso?

—¿La boda?

—No, ¿cuando supieron que seguían casados?

—No lo sé bien, cuando yo regresé del extranjero, mi tío ya estaba despierto, creo que eso tendrás que preguntárselo a ella.

—Como sea, la cuestión es que estaba casada y no me lo dijo, eso no quita su engaño ni explica lo demás...

—¿A qué te refieres? Si se puede saber, claro.

—Ella, ella abortó un bebé...

—Ah, te refieres a eso... Bueno, la verdad es que mi tía sí se pasó de la raya, jamás la creí capaz de llegar tan lejos con tal de salirse con la suya.

—¿Qué tiene que ver tu tía con todo esto?

—¡Ay, por Dios! No lo sabes, ¿verdad? —Se tapó la boca, avergonzada—. ¿Qué acaso no te contó nada? ¿Qué rayos le pasa a Maricela? ¿Qué demonios te pasa a ti que no escuchas? ¿Qué clase de pareja son que no pueden sentarse a hablar como la gente civilizada?

CAPÍTULO XVIII

Entre las brumas de su cerebro, Manuel recordó las cientos de ocasiones en las que Maricela quiso hablar con él y que, por orgulloso, él se negó.

—¡Demonios!

—¿Qué?

—Creo que ella lo intentó, pero yo no se lo permití, estaba tan celoso, tan ofuscado que nunca le di oportunidad de explicarse...

—Bueno, al menos reconoces que te equivocaste. Eso, viniendo de un hombre tan orgulloso como tú, ya es ganancia.

—¿Quieres continuar, por favor?, necesito saberlo todo.

—Bueno, no es fácil. —Tomó aire para darse valor—. Cuando Mary descubrió a Javier en la cama con otra, lo corrió de su casa y lo dejó. Varios días después supo que estaba embarazada y lo buscó. Mi tía, en cuanto se enteró, se puso como loca y la echó de su mansión, después pagó a unos tipos para que la secuestraran y la llevaran a una clínica clandestina donde le practicaron un aborto ilegal. Tengo entendido que, cuando Mary despertó, no tenía ni idea de lo que le había pasado, ella...

—¿¡Qué!?! —Manuel se puso pie—. ¡Voy a matar al imbécil de tu primo! —rugió.

—¿Y qué vas a remediar con eso? Hasta donde yo sé, él no estaba enterado de lo que mi tía hizo... Créeme, los dos han tenido suficiente castigo, mi tío dejó sin nada a mi tía Ana Lilia y en cuanto a Javier, el haber perdido a la mujer que ama es más que suficiente tormento.

—Eso no va a evitar que le parta la cara. Además, eso me parece poco castigo para una bruja de la talla de tu tía, ¿porque no la denunció?, eso sí sería un castigo.

—Te equivocas, Manuel, para personas como mi tía, lo peor que podría pasarles es perder su dinero, posición social y prestigio. Mi tío sabía bien lo que hacía cuando la desheredó. Mi tía Ana no pudo evitar el escándalo, ¡imagínate! En todas las reuniones, sus amistades, a las que tanto idolatraba, no tardaron en darle la espalda en cuanto se supo que estaba arruinada y que su marido la había dejado sin nada de forma deliberada. Como nunca se reveló el motivo real, los diarios y revistas del corazón especularon que fue por una infidelidad. Como sea, mi tía salió perdiendo porque quedó desprestigiada a más no poder.

—Voy a romperle todos los huesos a ese maldito.

—Si eso te hace sentir mejor, *hombre de las cavernas*, pues hazlo, pero no solucionarás nada y solo te meterás en problemas. ¿Quieres que tu hijo sea señalado como el bastardo de un ex presidiario?

—No, mi hijo no es ningún bastardo.

—La sociedad es muy cruel, y si les das oportunidad...

—¿Por qué si sabías todo esto no me los dijiste antes? ¿Acaso estabas encubriéndolos? —La señaló molesto.

—Escucha, hombre primitivo, sé que en estos momentos estás lleno de testosterona y necesitas alguien en quien descargar tus frustraciones, pero esa no soy yo, ¿de acuerdo? Así que bájale dos rayitas a tu intensidad.

—Lo siento, tienes razón, es solo que aún no logro asimilar todo lo que me has dicho.

—Te confieso que no hace mucho que lo sé, en realidad me enteré en la lectura del testamento de mi tío. Como comprenderás, me sorprendió que dejara a mi tía prácticamente

en la calle. Obvio que pregunté, por fortuna Javier no tuvo reparo en contarme su historia. Creo que necesitaba desahogarse con alguien y yo era lo único que tenía a la mano.

»A la pobre de mi tía Ana le ha llovido, ¿sabías que sufrió un pre infarto cuando el abogado le notificó que toda la fortuna Montalbán había pasado a instituciones de caridad?

—No. ¿Entonces? ¿Mary de verdad renunció a todo?

—Sí.

—Me parece ilógico que la viuda no impugnara...

—¿Recuerdas el sobre?

—Sí.

—En esa carta, mi tío la amenazaba con que sí movía un solo dedo en contra del testamento, un detective privado haría llegar a no sé quién no sé qué cosas o algo así. Mi tía no puede arriesgarse, así que no le quedó de otra más que resignarse.

—¡Demonios! Maricela nunca va a perdonarme. ¿Tienes idea de todo lo que la he ofendido? Le he dicho cosas horribles, la he tratado... ¡Dios!

—Dale tiempo, ármate de paciencia y demuéstrole con hechos que estás arrepentido de no haberla escuchado, de no darle oportunidad de réplica.

—Ojalá fuera tan fácil como suena. Para empezar, no tengo ni idea de dónde pueda estar. El día de la lectura del testamento de tu tío huyó y desde entonces no sé nada de ella.

—Vaya, eso complica las cosas. ¿En verdad no tienes ni idea?

—Ya la busqué con su compañera de piso, su tía Lena dice que se comunicó con ella para decirle que está bien, pero que no le reveló su paradero, al parecer no quiere que la encuentre.

—¿Ya intentaste localizarla por el móvil?

—Sí, no me contesta, seguramente lo desechó porque marca que está inoperativo.

—Piensa, Manuel, ¿a quién más podría recurrir si estuviera desesperada?

—No lo sé, sus padres están descartados. Cinthya está en el rancho y me consta que tanto Alex como ella no saben dónde está, solo la llamó una vez para tranquilizarla. Dante y Lizzy tampoco sabían nada, se enteraron de su desaparición por Cinthya.

—¿Entonces? ¿No hay alguien más a quién recurrir?

—No, solo la...

—¿Qué?, ¿qué pasa?

—No, no creo que recurriera a la pelirroja, aunque... allí sería el último lugar en el que se me ocurriría buscarla.

—Bueno, en casos como este, hasta la pista más absurda puede resultar acertada.

El timbre sonó una vez y Mary lo dejó pasar, no acostumbraba abrir la puerta y Bárbara casi no recibía visitas, así que quien fuera que llamara bien podría marcharse. Aún faltaban un par de horas para las siete, la hora en la cual llegaba la chica pelirroja.

—Voy, qué terquedad —murmuró enfadada ante tanta insistencia. Se levantó del sofá con pereza, a sus casi siete meses sentía que sus movimientos comenzaban a ser más torpes y lentos.

—¡Ay, por Dios! —Le llevó unos segundos reponerse de la impresión de ver a Manuel frente a ella. Entonces reaccionó, cerró la puerta de golpe y echó el cerrojo.

«¡Diablos! Me encontré».

—Mary, ábreme, por favor, tenemos que hablar.

—No, vete. —Miles de pensamientos pasaron por su mente causándole angustia,

pues aun no podía olvidar la amenaza implícita que pendía sobre su cabeza: «En cuanto mi hijo nazca, te lo quitaré». Las crueles palabras se repitieron en su cabeza una y otra vez, llenándola de pánico.

—Mary, abre la puerta.

—¡No! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste? —gritó con la respiración agitada—. ¡Lárgate, no quiero verte!

—No. No me iré sin ti.

—¿Vienes a llevarme de vuelta a mi prisión, a asegurarte de que no escape de tu yugo?

—Mary, por favor, tenemos que hablar —suplicó.

—No, ¡vete! Ay, uff. —Un dolor punzante le atravesó el vientre—. Ayyy.

—Mary, ¿qué tienes? ¿Estás bien? Abre, por favor.

—No, no puedo, ay...

Manuel comenzó a golpear la puerta hasta que esta cedió, el corazón se le paralizó un momento al verla en el suelo echa un ovillo. Después reaccionó tomándola en brazos.

—Tranquila, bonita, ahora mismo te llevo al hospital. —Bajó las escaleras lo más aprisa que su preciada carga se lo permitía. Nervioso, la subió al auto y entonces arrancó—. ¿Dónde está la clínica más cercana?

—Uff, da vuelta a mano izquierda y sigue derecho en esa avenida, ya te diré donde es el último giro. Ayyy.

—Aguanta, bonita, respira hondo, tienes que tranquilizarte.

—¡Solo tiene seis meses! ¿Cómo quieres que me tranquilice?

—Todo saldrá bien, te lo prometo.

—No prometas cosas que no puedes cumplir. —Lo miró con recelo.

—¡Maldición! ¡Muévete, idiota! ¿Que no ves que llevamos prisa? —Se pasó la mano por el cabello, desesperado, el tráfico no ayudaba y él sabía que cada minuto que pasaba era crucial para la vida de su mujer y su hijo.

—Manuel, me siento mal, Manuel, no puedo respirar, Manuel, yo...

—Mary, despierta, por favor, ¡amor, no!, ¡despierta! —Le palmeó el rostro, pero ella estaba inconsciente.

Desesperado a más no poder, Manuel por fin llegó al hospital, bajó corriendo del auto e irrumpió con Maricela en brazos.

—¡Un médico!, ¡una enfermera, ayúdenos, por favor!

En un instante, un grupo de enfermeras se hizo cargo. Manuel paseaba como loco en la sala de espera aguardando noticias. Estaba desesperado, los minutos pasaban y nadie salía a decirle qué sucedía dentro de la sala de partos.

—Mamá, estoy en Nueva York, es Mary, está de parto. —No sabía a quién más recurrir.

—¿Qué? Pero si aún no es tiempo...

—Lo sé. ¿Qué voy a hacer si ella se muere?, ¿qué? —Comenzó a llorar como si se tratase de un niño pequeño, se deslizó por la pared sintiendo como su cuerpo se quedaba sin fuerzas.

—Tranquilo, tesoro, todo saldrá bien, ahora mismo le pondré una veladora a la virgen de Guadalupe para pedirle que cuide a mi nuera y a mi nieto.

—Avisa a la tía Lena, por favor, ojalá pueda venir cuanto antes. No sé qué más hacer.

—Claro, mi niño, ahorita mismo la llamo. Y tú tranquilo, ya verás como mi

madrecita santa del cielo nos hace el milagro.

—Ojalá, mamá, estoy desesperado, los minutos pasan y nadie sale a decirme nada.

—¿Manuel? ¿Qué pasó? Me dijo el intendente que Mary se puso mal y que la trajiste al hospital. —Bárbara se sorprendió de verlo tan vulnerable, hasta parecía un niño asustado e indefenso.

—Mamá, tengo que dejarte, Bárbara acaba de llegar.

—*Está bien, tesoro, cualquier cosa, aquí estamos al pendiente.*

Cortó la llamada y se puso de pie.

—Yo... no lo sé. Llegué a tu casa, abrió la puerta y de pronto comenzó a sentirse mal... Sucedió todo tan de prisa que aún estoy aturdido.

—¿Qué te han dicho los médicos?

—Nada, nadie me dice nada. —Se pasó la mano por el cabello que ya tenía por demás revuelto—. Estoy volviéndome loco. Si algo le pasa, yo me muero.

—Espero que todo salga bien, Mary había presentado un poco de tensión alta, pero últimamente estaba controlada.

—¿Tensión alta?

—Sí, el medico mencionó la posibilidad de preclamsia.

—¡Dios! Y yo sin saber nada.

—No te culpes, ella así lo decidió.

—Si algo le sucede, nunca me lo perdonaré. Ella se merecía un embarazo tranquilo, una vida feliz, y yo solo le he complicado las cosas.

Bárbara y Manuel tuvieron tiempo de sobra para ponerse al corriente de sus respectivas versiones de la historia.

—¿Así que por fin sabes la verdad y decidiste buscarla?

—Sé que no tengo perdón de Dios, pero mientras tenga vida. lucharé por recuperarla.

—Suerte con ello.

CAPÍTULO XIX

En la sala de partos, Maricela le suplicaba al médico, antes de que la sedara, que le diera prioridad al bebé.

—Por favor, doctor, por encima de todo, incluso de mí, salve a mi hijo —pidió mientras sentía los efectos de la anestesia sobre su cuerpo.

—¿El señor Rodríguez? —preguntó una enfermera de pelo cano.

—Sí, soy yo. —Corrió a su encuentro.

—Su mujer está estable, acaban de pasarla a su habitación. En cuanto al bebé, el pediatra vendrá a hablar con usted.

—Gracias. ¿Puedo verla?

—Aún está sedada, pero no creo que haya problema, venga conmigo.

En cuanto abrió los ojos, lo primero que Maricela vio fue el rostro de Manuel, él estaba sentado a su lado tomándola de la mano.

—Tranquila, bonita, todo estará bien. —La besó con infinita ternura.

—¿Qué pasó? ¿Creí que tu... yo...? —Poco a poco los recuerdos fueron invadiendo su mente—. ¿Mi bebé? ¿Cómo está mi hijo? —Se tocó el vientre en busca de su bebé.

—Él está. —Tragó saliva—. Está en la incubadora. Es un guerrero como su madre, lucha por su vida.

—Quiero verlo. ¿Cómo es?

—Precioso, tiene tus ojos y mi nariz. —Se le quebró la voz.

—¿Qué dicen los médicos? ¿Sobrevivirá? —Se mordió el labio.

—No lo saben, aún le faltaban muchas semanas... —Optó por ser sincero.

—Por favor, Manuel, díles que me dejen verlo.

—No sé si sea buena idea, aún estás débil, te subió mucho la presión arterial, y eso ocasionó que se adelantara el parto.

—Por favor, no sabemos cuánto tiempo nos quede y quiero verlo con vida —suplicó.

—Está bien, deja ver qué puedo hacer.

Minutos después y montada en una silla de ruedas, Maricela contemplaba a su bebé a través del cristal de cuidados neonatales.

—Tienes razón, es hermoso. —Tomada de la mano de Manuel se sentía fortalecida—. Por favor, miénteme, promete que va a estar bien, necesito oírlo aunque no sea verdad.

—Es un bebé maravilloso, ya verás como saldrá adelante. Tiene la fortaleza de su madre y el temple de su padre. —La miró con los ojos vidriosos y, juntos, tomados de la mano, observaron a su pequeña creación en silencio.

Maricela pasó la noche estable, su tensión arterial estaba dentro de los rangos normales. La tía Lena llegó cerca del mediodía, estuvo cuidando de ella hasta que le dieron de alta. Manuel no se separó de ellas ni un momento, solo para ir a visitar al pequeño bebé.

—¿Cómo lo llamarás? —preguntó Manuel mientras observaban a través del cristal.

—Santiago, por mi abuelo y Benjamín, por tu papá. ¿Estás de acuerdo?

—Santiago Benjamín Rodríguez González. Me gusta —aceptó.

—Entonces, así será. El pequeño Santy. —Maricela tocó el frío cristal como si así pudiera estar más cerca de su bebé.

Maricela fue dada de alta y regresó al apartamento con Bárbara y la tía Lena. Manuel se instaló en una pensión cerca del hospital y todos los días sin falta pasaba por ella

para juntos hacer la visita a su hijo. Durante las primeras semanas solo los dejaban verlo tres veces en el transcurso del día.

Esa mañana, cuando llegaron al hospital, la enfermera les dijo que el doctor quería hablar con ellos, por lo que se encaminaron al consultorio con la incertidumbre de no saber qué noticias les tendría el médico.

—En vista de los avances obtenidos, mañana les permitiremos que accedan al cubículo. Con el equipo apropiado, podrán tocarlo e interactuar con él —informó el doctor Sullivan, el pediatra.

—Eso es maravilloso —expresó Maricela al borde del llanto, las semanas transcurridas habían sido las más difíciles en toda su vida, el no tener la certeza sobre la salud y el bienestar del pequeño Santy los tenía con los sentimientos a flor de piel.

—Gracias, doctor, estamos ansiosos por tocar a nuestro hijo, aunque sea a través de la incubadora —respondió Manuel esperanzado.

Una vez dentro del área de cuidados neonatales, les pidieron que se cambiaran la ropa por una especial para quirófanos y les colocaron los aditamentos necesarios para empezar la visita.

—Tienes que luchar, Santy, papá y mamá esperan ansiosos por ti. Te amamos, hijo —le decía Maricela al pequeño mientras lo acariciaba con los guantes de protección y lo observaba a través del cristal que la separaba de su frágil cuerpecito.

—Tu mamá tiene razón, eres el bebé más amado y esperado de la historia, hijo. Tus abuelos están más que ansiosos por conocerte y tienes muchos tíos y tías postizos al pendiente de ti. —Manuel se colocó junto a su mujer para contemplar a su retoño.

Cuando salieron del área de cuidados neonatales, Maricela era un nudo de emociones, el haber tocado el frágil cuerpecito de Santy lo hacía más real y la sola posibilidad de perderlo le ocasionaba un dolor infinito.

—Es maravilloso poder tocarlo —comentó al borde del llanto mientras caminaban por los pasillos rumbo a la cafetería.

—Mary, tenemos que hablar. Hemos estado posponiendo esa conversación y yo ya no puedo más —dijo Manuel mientras se sentaba a su lado en los sillones de cuero marrón.

—Lo sé, pero ¿no podríamos dejar las cosas así, al menos hasta que Santy esté bien?

—Mary, necesito que me perdones, quiero hacer las cosas bien, darles a ti y a mi hijo lo mejor de mí. Quiero que juntos construyamos un hogar feliz, y eso no es posible mientras sigamos evadiendo la realidad. Sé que me equivoqué, te herí y me siento culpable porque todas esas malas acciones repercutieron en tu salud y en la de mi hijo, eso es algo que jamás me perdonaré, pero mientras tenga vida, juro que lucharé por nosotros.

—Manuel, yo...

—No digas nada todavía, por favor, escúchame. Hablé con Irina, me contó lo que pasó esa noche, sé que no trabajas en ese lugar y que solo lo hiciste esa única vez y porque ella te lo imploró. También estoy enterado de lo que el canalla de Montalbán te hizo...

—¿Cómo te enteraste?

—Johana.

—¿Qué?

—Sí, increíblemente fue ella quien me abrió los ojos.

—Pero no se supone...

—¿Que está enamorada de mí? Ella sabe que soy hombre de una sola mujer y mi corazón hace años que pertenece a Maricela González. Además estoy seguro de que pronto

encontrará a su alma gemela. Es una buena chica.

—No puedo creerlo, entonces le debo a mi rival de amores el que ahora estés aquí.

—Johana nunca ha sido tu rival. —La tomó de las manos—. Mary, ¿aceptas darle una oportunidad a este tonto que no sabe vivir sin ti?

—Manuel, yo... La verdad es que sí tenía miedo de que me quitaras a mi bebé, pero...

—Olvídate de eso, solo estaba fanfarroneando, la realidad es que no estaba dispuesto a dejarte ir, por eso cuando te marchaste y no supe nada de ti, me volví loco. Ahí encontré mi castigo; el no saber de ti y la culpa estaban terminando conmigo, hasta que Johana me encontró en un bar, entonces la luz de la esperanza brilló en medio de toda mi oscuridad.

—Manuel, yo lo siento, no era mi intención, yo solo...

—Lo sé, estabas protegiéndote de mis amenazas absurdas. Te propongo un trato, déjame permanecer a tu lado y demostrarte que soy digno de ti, de tu perdón.

—Está bien, nuestro pequeño Santy nos necesita juntos y unidos, por ahora él es nuestra prioridad, lo demás ya el tiempo dirá.

—Sí. Te prometo que todo saldrá bien, ya verás como en un parpadeo estaremos los tres en casa como lo que somos, una familia.

Los días avanzaban sin novedades aparentes, solo que el pequeño Santy evolucionaba bien.

Una mañana, la enfermera los interceptó camino al área de cuidados neonatales para informarles que el bebé había presentado fiebre durante la noche y que el doctor quería hablar con ellos.

—Antes de que pasen a ver a Santy, el doctor Sullivan quiere hablar con ustedes

—les dijo nada más verlos aparecer.

Temerosos de malas noticias, se encaminaron al consultorio del médico, tomados de la mano.

—Pasen. Le pedí a Lany que los llamara porque les tengo excelentes noticias. —Su sonrisa se amplió—. El pequeño Santy podrá salir de la incubadora por cortos periodos...

—¿Quiere decir que por fin podremos cargarlo? ¿Pero y la fiebre? —preguntó Maricela emocionada.

—Eso fue un indicativo de que el calor está siendo excesivo, por lo cual comenzaremos a sacarlo y las horas en incubadora cada vez serán menos.

—¡Qué maravilla! Por fin. —Se abrazó a Manuel al borde del llanto.

—Sí, hoy tomarán en brazos a su hijo por primera vez. —Sonrió el médico.

Maricela y Manuel observaban ansiosos como la enfermera abría la incubadora y sacaba al pequeño Santy para después depositarlo en los brazos de su madre.

—¡Es hermoso! —exclamó Maricela mientras las lágrimas escapaban de sus ojos. Sin perder tiempo, besó la frente y todo el rostro de su bebé. Contemplar su frágil existencia la hacía sentir más vulnerable que nunca—. Esto es un milagro, por fin estás entre mis brazos, bebé. No sabes cuánto hemos esperado por ti, mi amor.

Se lo tendió a Manuel para que pudiera besarlo. El pequeño, como en signo de reconocimiento, tomó el dedo de su padre con su manita, provocando en el recio hombre las lágrimas por tanto tiempo contenidas.

Las enfermeras no se atrevían ni a respirar por temor a interrumpir tan conmovedora escena. Tres almas unidas no solo por los lazos de sangre, sino por el amor.

EPÍLOGO

—¡Sorpresa! —Se escucharon al mismo tiempo infinidad de voces que aguardaban la llegada de los viajeros.

Manuel no esperaba que, al arribar a su apartamento, este estuviera lleno de personas dispuestas a darles una fiesta de bienvenida.

—Espero que no te moleste que haya invitado a unos cuantos a celebrar el regreso de la familia feliz —comentó Amelia mientras abrazaba a su hijo.

—Confieso que no esperábamos un recibimiento tan cálido, pero ya que están aquí, aprovechemos para presentar a mi hijo.

—¿Cómo estás, hija? ¿Qué tal se porta este bribón? —preguntó Amalia al tiempo que la estrechaba en un cálido abrazo—. Y ahora déjame ver a mi nieto, que hemos esperado mucho por él.

Maricela destapó el rostro del bebé, el cual de inmediato observó atento todo y a todos.

—¡Pero qué criatura tan linda! ¡Mira, Benjamín, se parece a tu papá! —exclamó con voz ahogada por la emoción.

—Es que mi madre siempre ha dicho que soy igual a mi abuelo, así que mi hijo sí se parece a mí —se defendió Manuel.

—Claro, hijo, es igualito a ti, mira, tiene tu nariz.

El pequeño Santy conoció y pasó de brazo en brazo de todos y cada uno de los presentes: Cinthya y Alex, Dante y Lizzy, Don José de Anda y su esposa Laura, Amalia y don Benjamín, la tía Lena...

—Por fin se quedó dormido ese bribón —comentó Manuel a Maricela, ella estaba recargada en la barandilla de la terraza, contemplando la ciudad, mientras él arrullaba al bebé. Los invitados hacía rato que se habían retirado para darles intimidad.

—Manuel, sé que han pasado muchas cosas entre nosotros y...

—Shh. —Silenció sus labios con un dedo—. No digas nada, ahora estamos donde tenemos que estar, en casa. Este es tu hogar, Mary, y si me aceptas, deseo que formalicemos nuestra unión cuanto antes. Sé que por ahora no tengo trabajo, pero estoy seguro de que pronto conseguiré algo. Por nada del mundo cambiaría estos meses en compañía tuya y de mi hijo.

—Bueno, en cuanto a eso del trabajo, con la suma de dinero que me dieron por el despido injustificado y demás en SAACSA y tus ahorros, creo que bien alcanza para abrir el consorcio que deseabas.

—¿Estás ofreciéndote como socia?

—Claro, ¿acaso pensabas que iba a entrar sin tener poder de decisión?

—Eres única, Maricela.

—¿Aún quieres casarte conmigo? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—¿Acaso lo dudas? No hay nada que desee más, un festejo a lo grande con mariachi y un buen tequila. —La abrazó—. Eres la mujer más hermosa y excepcional que existe, me complementas, eres el impulso que me lleva a lo más alto, mi motor, mi motivación...

—¿Pero?

—No hay ningún *pero*. Te amo, Maricela González, así, tal cual eres, no te cambiaría nada.

—¿Aunque no sea una chica buena?

—¡Y quién quiere una chica buena teniéndote a ti!
Fin

Agradecimientos

A mi esposo Orlando, a mis hijas y a todas esas personas que no dejan de creer en mí, que me impulsan a seguir adelante. A mis amigas, a Olga H. Moreno, a Marcela Gutiérrez, que siempre están ahí. A todos aquellos lectores que buscan mi obra, que se toman su tiempo para leerme y poner tan maravillosos comentarios en las diferentes plataformas digitales.

A Lola Gude, a Ilu Vílchez y a todos y todas en Ediciones B, que hacen posible llegar a tan selectos lectores.

Gracias, besos y bendiciones al por mayor.

Si te ha gustado

¿Sólo una chica buena?

te recomendamos comenzar a leer

Te debo un sueño

de Sandra Heys

Selección RNR

SANDRA HEYS

Te debo
un sueño



Romance Actual

PRÓLOGO

Cuatro muchachas en un taller de mecánica era algo extraño. Más extraño aún era que una de ellas acabara de darse una ducha para sacarse la grasa que se le había pegado después de trabajar varias horas en los autos del taller.

Otra cosa muy curiosa era el grupo variopinto que las muchachas constituían. Una,

bajita, muy delgada y delicada. Frágil. Ella, la hermana menor de la niña-mecánico, era estudiante de *ballet*, por lo que la fragilidad era solo apariencia. Era muy fuerte. Su largo cabello rubio caía por su espalda y sus ojos verdes eran el único punto de color en el pálido rostro.

La prima de ellas era más alta que la pequeña, pero no tanto como la mayor. Era delgada, pero su cuerpo tenía ya la forma de una mujer adulta. Llevaba el cabello castaño claro corto, levemente ondulado. Era de risa rápida e ira lenta, sus ojos café siempre se fijaban en todo.

La cuarta muchacha era colorina. Había que mirarla bien para poder decir otras características de ella. No porque fuera un ser anodino y sin gracia. Era porque su pelo rojo llamaba demasiado la atención. Pero si uno lograba despegar los ojos de su cabello, descubriría unos raros ojos verdes. Una nariz recta y pecosa y labios sonrosados y gruesos completaban su rostro de suaves mejillas.

Un hombre alto y rubio se acercó. Dirigió a las muchachas su sonrisa amable y ojos tiernos.

—¿Van al cine, niñas? —Por respuesta recibió dos «sí, papá» y dos «sí, tío Cristian»—. ¿Necesitan un subsidio?

—Son siempre bien recibidos, papá —dijo Isabel, la más alta de las cuatro, con sus grandes ojos color miel abiertos de par en par y una sonrisa tan franca como la de su padre.

—Está bien —aceptó el hombre sacando su billetera del bolsillo trasero del overol—. Espero que sea suficiente —agregó dándole unos billetes a su hija mayor.

Las muchachas reían cuando del fondo apareció el motivo de tanta espera en mitad del taller.

Si un artista quisiera personificar la fuerza de la naturaleza, la pequeña morena de pelo azabache sería una buena alternativa. Caminaba a pasos largos o todo lo largo que le permitían sus cortas piernas, llevaba las manos empuñadas, los labios apretados y los ojos negros encendidos.

La aparición de Adriana había coincidido con la llegada de Catalina, la madre de Pamela y secretaria del taller, por lo que Cristian no notó lo que pasaba.

—¿Vamos? —le preguntó Isabel a la recién llegada.

—Por favor, que quiero poner un mundo de distancia con ese... ese... mecánico grasiento —respondió Adriana ofuscada.

—¿Qué te dijo? —preguntó Lorena mirándola de reojo.

—Nada. Eso es lo peor. Nunca dice nada más que «mmm» o «ahá». Ni siquiera me saluda. Lo único que hace es mover la cabeza. ¿Qué piensa que soy yo?

—Una niña muy insistente —contestó Pamela.

—Vamos mejor —pidió Francisca, a quien el tema con *h* molestaba aún. Porque, ¿qué tenían de interesantes los hombres? Eran todos antipáticos y odiosos.

—Sí, vamos —respondió Adriana, tomando la delantera—. Adiós, tío Cristian, adiós tía Cata. —Se despidió de los adultos con un beso en la mejilla y fue imitada por las amigas.

Casi tres horas después, las muchachas estaban sentadas en un pequeño restaurant y fuente de soda con sendos vasos de bebida y un plato de papas fritas en el medio de la mesa.

—Me encanta Robert Redford —suspiró Isabel—, ni siquiera me importa que sea viejo.

—La semana pasada vimos esta película... ¿Cómo era que se llamaba?... No

importa, pero quedaste enamorada de Mijaíl Baryshnikov —dijo Lorena.

—Sí, me encanta —respondió Isabel.

—Puaj. —Francisca hizo una mueca—. Está bien, el tipo sabe bailar, pero no sé qué se meten los rusos con el *ballet* si todos saben que las mejores academias, los mejores cuerpos de *ballet*, los mejores... lo mejor de todo está en Francia. Los rusos están sobrevalorados.

Las otras se miraron y sonrieron. No entendían por qué Francisca odiaba a los bailarines rusos.

—Algún día —continuó Francisca— voy a ir a Francia a estudiar.

—A mí me encantaría acompañarte, la semana de la moda de París es el mayor encuentro de diseñadores del mundo. —Lorena suspiró mostrando su acuerdo—, y no me vendría nada mal conocer un francés guapo. —Bajó el tono de su voz—. No como los de por acá.

—Pero dicen que son hediondos —dijo Pamela.

—Mientras no sean grasientos —murmuró Adriana molesta, pinchando una papa frita.

—Adri, ¿cuántas veces te he dicho que tienes que relajarte y ser más paciente con Juan? —le preguntó Isabel—. Él es muy tímido. Y tú eres un poco... agresiva. Lo que está bien —agregó Isabel rápidamente al ver la mirada de su amiga— en general, pero a veces hay que cambiar estrategia.

—No, Adri, no es necesario que cambies estrategia. —Francisca intervino inmediatamente al ver la oportunidad de aliarse con alguien en contra de los hombres—. No vale la pena el esfuerzo, mejor concentrarse en la carrera.

—La primera mujer presidente de Chile. —A Adriana le brillaron los ojos al decir esto.

—Eso —concordó Francisca—, y yo, *prima ballerina* del mejor cuerpo de baile del mundo.

—Te apuesto que de las cinco, tú vas a ser la primera en casarte —apuntó Isabel.

—Estás loca, Isabel —le dijo Francisca. Normalmente no era así. Isabel solía ser la más cuerda y tranquila de todas. Hasta que se le metían ideas raras en la cabeza según sus amigas.

—Es más, estoy segura de que tú vas a ser la primera en casarte y en tener hijos —insistió Isabel—. Dimitri suena bien para un sobrino mío.

—¿Y por qué le pondría un nombre ruso a mi hijo, Marisa? —preguntó Francisca molesta.

—Para que combine con el apellido ruso del padre, ¿para qué más? —dijo Isabel, provocando la risa de sus amigas y la ira de su hermana.

—¡No solo me amenazas con que voy a ser la primera en casarse y tener hijos, sino que además te atreves a decir que mi marido va a ser ruso! —gritó Francisca muy molesta—. Todo porque se te metió una idea entre ceja y ceja.

—Yo digo...

—Peor aun cuando sabes que yo odio a los rusos —continuó Francisca, sin dejar que su hermana se defendiera.

—Bueno, yo no le haría asco a ningún ruso alto y guapo —dijo Lorena conciliadora—, y si no fuera por respeto a Adriana, acá presente, tampoco le diría que no a ningún mecánico, por muy grasiento que pueda ser. Mientras sea guapo...

—Y tú vas a ser la primera en perder la virginidad —Isabel interrumpió a su prima

con una sonrisa—. Eso si es que no pasó ya.

—¿Y con quién se supone que pude haber perdido mi virginidad si iba a un colegio de mujeres? —preguntó Lorena algo sonrojada.

Isabel la miró frunciendo el ceño.

—Yo diría que Antonio podría ser una excelente opción —respondió al cabo de unos minutos.

—¿El sobrino de *madame*? —Lorena resopló molesta—. Estás loca, Isabel.

—Gracias, Lore, lo mismo digo yo —intervino Francisca.

—Y yo —agregó Adriana.

—¿Y se puede saber por qué Antonio? —Lorena miró a su prima, dubitativa.

—No es nada feo —dijo Isabel.

—Pero anda siempre sucio, lleno de tierra y nunca le he visto un corte de pelo decente —replicó Lorena. Adriana mostró su acuerdo moviendo la cabeza. Después de todo, Juan siempre vestía esos overoles asquerosos. A la única que podía gustarle tal prenda era a Isabel.

—Será que tiene muchas salidas a terreno —explicó Isabel—, recuerda que estudia geología.

—Ya que te las estás dando de pitonisa, adivina mi futuro —le pidió Adriana.

—Fácil. El día que bajes las revoluciones o Juan se arme por fin de valor, te vas a casar con él.

—¿Y respecto a lo otro?

—Yo diría que vas a ser la última en perder la virginidad, Adri —dijo Isabel sonriendo.

—¿Después de mí? —inquirió Pamela.

—Después de Francisca, que va a ser la más complicada, aparte de Adriana.

—Isabel ya no solo sonreía, sino que se reía abiertamente.

—Entonces, ¿cuál sería el orden? —preguntó Lorena.

Isabel respiró profundo, tratando de calmarse, miró a su alrededor y comenzó a apuntar. Lorena, ella misma, Pamela, Francisca y Adriana.

—¿Y quién va a ser la última en casarse? —Francisca no quería, pero igualmente entró en el juego favorito de su hermana.

—Pamela. Y con hartos empujones —respondió Isabel.

—Yo no pienso casarme —replicó la aludida.

—Por eso digo lo de los empujones —insistió Isabel.

—Bueno, acá viene un rubio para tu colección —dijo Lorena mirando a Jean Michel, nieto mayor del dueño del restaurante, un joven desagradable que molestaba incesantemente a Isabel.

—Puaj —murmuró Isabel, con el joven casi a su lado.

—Hola —saludó el recién llegado mirando a Isabel.

—Ándate, nadie te quiere aquí —replicó Adriana beligerante.

—Nadie está hablando contigo, enana negra y guatona. —El joven miró a Adriana con asco.

—¿Quieres hablar conmigo? —preguntó Isabel poniéndose de pie. En los últimos meses había vuelto a crecer y ahora era más alta que Jean Michel.

—Isabelita, no sé cómo lo haces, pero estás más bella que la última vez que te vi.

—La manera en que se dirigía a Isabel era tan empalagosa que ella hizo una mueca de asco antes de contestar.

—Y tú estás más estúpido que la última vez que te escuché —repuso Isabel—.
Rápido, muchachas, insultos con la letra *e*.
—Engreído —dijo Lorena.
—Esperpento —agregó Adriana.
—Estafilococo —aportó Pamela.
—¿Estafilococo? —preguntó Isabel con una sonrisa ladeada.
—Sí, es una bacteria, pero bacteria no se escribe con *e* —respondió Pamela.
—Y yo tengo otra palabra con *e* para ti: esfúmate —Francisca concluyó por todas.
—Creo que me gusta mucho la letra *e* —declaró Isabel cuando el visitante no grato se retiró.
—Y yo creo que, a pesar de tu aparente debilidad por los hombres rubios, te vas a casar con uno moreno —señaló Lorena.
—Como Antonio Banderas —suspiró Isabel.
—Sí, en Átame. —Lorena juntó sus manos fingiendo que estaba atada a una cama. Las muchachas se rieron de su interpretación.
—¿Vamos? —preguntó Pamela—. Ya van a cerrar el taller.
Las cinco se pusieron de pie e Isabel fue a pagar la cuenta en la caja, alcanzando a sus amigas en la puerta del local.

